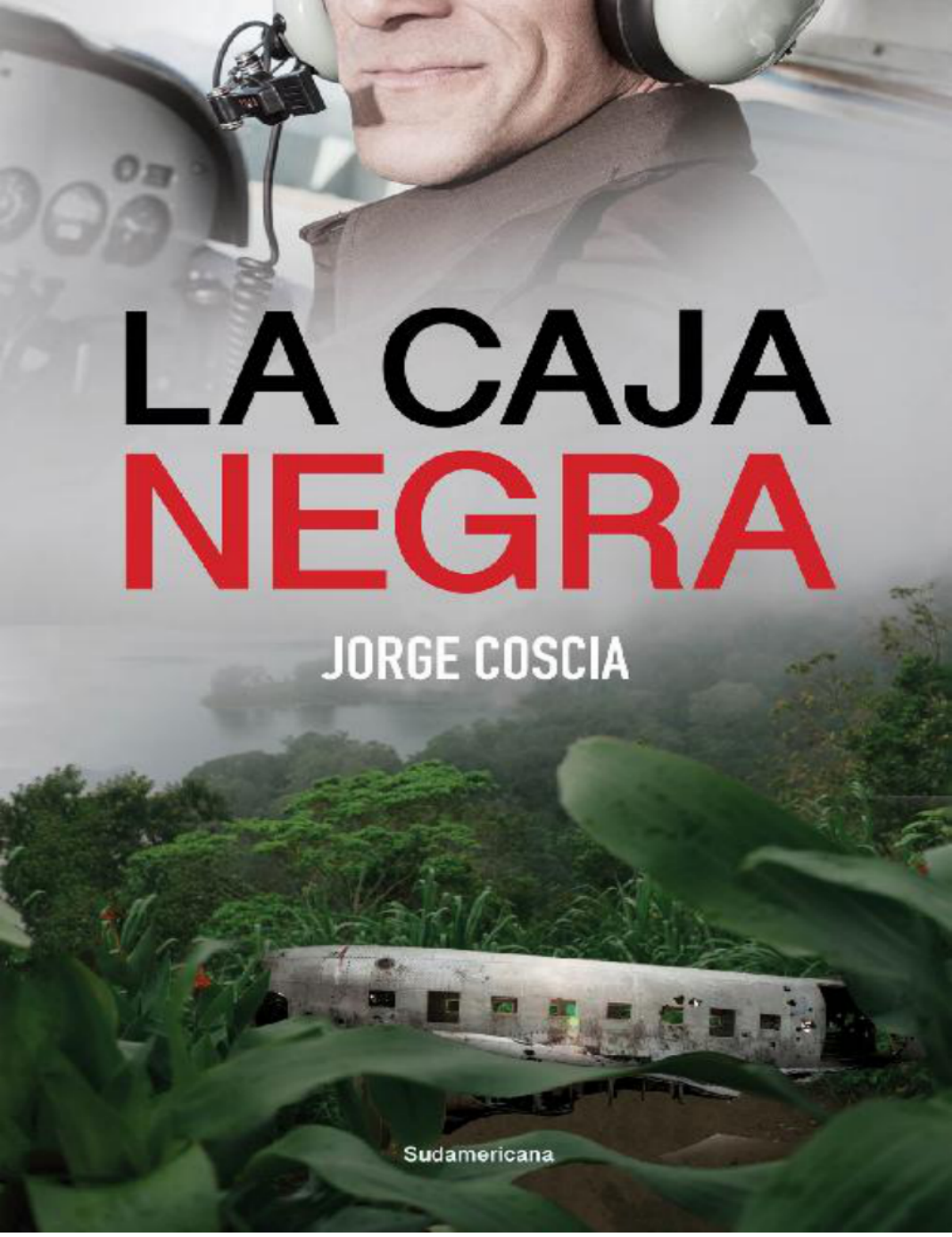

LA CAJA
NEGRA
JORGE COSCIA
Sudamericana

Jorge Coscia

La caja negra

Sudamericana

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

A Paloma

“Todo lo que vemos o imaginamos no es más que un sueño dentro de un sueño”.
Edgar Allan Poe (del poema “A dream within a dream”)

“There are two critical points in every aerial flight: Its beginning and its end”.
Alexander Graham Bell, 1906

“Esta historia la soñé antes de escribirla. Ignoro si he despertado del sueño”.
Jorge Coscia

1

—¡Por Dios! ¡¿Qué está pasando?!

Mientras manipulaba los controles de vuelo, en plena emergencia, Peter Kendall tenía presente lo que había escuchado por primera vez en el viejo modelo sonoro de caja negra de un avión siniestrado.

—¡¿Qué está pasando?!

Había sido un grito desesperado que nunca tendría respuesta.

La simplicidad de la pregunta contrastaba con el drama de un avión que caía en el océano. En la grabación había quedado registrado también lo que sobrevino luego: un impacto descomunal, el estallido de los materiales que componían un avión de línea y, después de un instante de silencio, un efímero coro de quejidos. La voz de aquel comandante muerto solía aparecer tanto en sus sueños como en su vigilia con persistente intensidad.

—¿Qué está pasando? —volvió a escuchar en su cabeza mientras la cabina de comando se sacudía intensamente con una turbulencia discontinua. Su voz y la del copiloto Steve Jones se contraponían en una rutina de referencias técnicas.

—Potencia —pidió Kendall.

—No responde —replicó Jones.

—Turbina dos y tres.

—Negativo.

La ventanilla del comando solo permitía ver una niebla espesa que la máquina rompía a gran velocidad. Una luz roja intermitente se encendió en el tablero. Kendall alcanzó a advertir la mueca de preocupación del copiloto y activó una perilla. De inmediato nuevas lucecitas del comando acentuaron el clima de irrealidad de la cabina mientras los vertiginosos copos de nubes bajas continuaban deshaciéndose sobre el parabrisas frontal. Otra luz comenzó a titilar. La niebla se volvía cada vez más amenazante. El copiloto se ajustó

instintivamente el cinturón de seguridad.

—Estamos en problemas —murmuró Kendall sin dejar de mirar los controles, mientras nuevas chicharras y el ruido de turbinas se sumaron al caos electrónico. La réplica del copiloto le dio la razón:

—Bajamos a seiscientos pies y seguimos.

Una tercera voz se sumó al diálogo:

—*¡Terrain… Terrain…! ¡Pull up! ¡Terrain…Terrain…!*

Era la voz femenina de una grabación programada para advertir a los tripulantes sobre la proximidad de la tierra. Tenía un mensaje claro: se debían potenciar al máximo los motores para evitar el impacto. Su uso en los aviones era obligatorio como parte del llamado "Ground proximity warning system" o sistema de alerta de proximidad del suelo (GPWS), desarrollado por un ingeniero canadiense, que había encontrado en el término "terrain" la conjunción idiomática ideal del significado idéntico de la palabra en los dos idiomas de su país, con un origen común en el término latino "terra".

—*¡Terrain! ¡Terrain! ¡Pull up! ¡Terrain!*

Kendall dio mayor potencia a los motores. Un fuerte ruido estremeció la cabina. El copiloto lo miró e hizo un comentario apenas audible en ese pandemónium de crujidos y chicharras que advertían, con eficiencia lúgubre, lo que ningún comandante ni tripulante de avión de línea había contado jamás: el impacto de su enorme máquina sobre la mar de una tormenta.

Continuó mirando hacia adelante imaginando la presencia del océano encrespado, que se corporizaba en la ventanilla como una lluvia espumosa.

—Todavía no, todavía no… —se repitió.

Empujó vanamente la palanca de comando.

—Allá vamos —fue su sereno comentario, como si se estuviera lanzando desde un trampolín a una pileta.

Súbitamente la cabina dejó de vibrar y las chicharras se transformaron en un único y monótono sonido persistente, en reemplazo del impacto real, dando por finalizado el programa de un accidente ficticio en el simulador de vuelo.

El copiloto se reclinó sobre su asiento, desajustó su cinturón y miró

a Kendall, que permaneció en silencio, con los ojos fijos hacia adelante.

—Si es desagradable acá, imaginate en el océano —comentó Jones.

Se puso de pie y caminó hasta el programador del simulador, que reproducía al detalle las dimensiones, instrumentos y circunstancias de la cabina de comando de un Boeing 777.

Mientras operaba el teclado de la computadora observó a Kendall, que seguía en silencio. Se preguntó si acaso estaba padeciendo el estrés postraumático del falso accidente.

—¡Hey! ¡Volvé a la vida! ¿Dónde estás?

Kendall reaccionó sin poder explicarle que había sentido una intensa sensación, como si el accidente hubiera sido verdadero y la voz de Jones lo hubiera rescatado del desastre. Salió de su mutis y respondió:

—En Tonkín, en el sesenta y nueve, dentro de la cabina de un viejo Skyhawk.

Jones se le acercó y le puso una mano sobre el hombro. Mirando la hora dijo:

—Que yo sepa, estamos en 1998 y son las dos de la tarde de un miércoles invernal en Dallas. ¡Skyhawk! ¿Cómo podíamos volar esos sarcófagos?

Jones caminó hasta la salida del simulador.

—Vamos a comer algo. Estrellarme en el Pacífico Norte siempre me da hambre.

Luego de recoger un disco con el registro audiovisual de la experiencia en el simulador, ambos abandonaron la cabina.

En un amplio galpón de entrenamiento vieron otros dos enormes artefactos como el que habían tripulado, bailando tácitas melodías sobre sus patas hidráulicas, simulando travesías, fallas mecánicas y tormentas. Kendall se detuvo junto a una de las máquinas, que se destacaba por su dinamismo. La contempló en silencio. Sabía que la marcada excitación de los grandes pistones que la sostenían recreaba una emergencia de considerable gravedad. Dentro de ella había algún piloto intentando evitar la chicharra final. Los sistemas de simulación replicaban la cabina de un avión y un plan de vuelo programado

previamente en sus ordenadores. Los pilotos veían también imágenes virtuales idénticas a las reales, ya fueran de un aeropuerto o del lugar de un accidente. Los movimientos de la cabina reproducían las circunstancias de un vuelo real y de eventuales emergencias. Una turbulencia simulada no era muy distinta de la de un avión en vuelo, y una pérdida brusca de altura inquietaba a los pilotos, aun a sabiendas de que estaban más seguros allí que en el living de sus casas. Esto a Kendall no lo conformaba:

—Deberíamos poder sintetizar el pánico, e incluso el dolor.

Jones lo miró extrañado.

—Lo que digo es que de nada sirve simular el choque si no lo sentís.

—No lo veo factible, socio.

—Algún día se hará. Un simulador electroquímico que actúe sobre el cerebro e induzca las emociones de una emergencia.

—¿Hablás en serio? ¿Algo así como cables en el cerebro o tubos inyectados en la médula? Me asustás. Parece una película de David Cronenberg.

—No me interesa la ciencia ficción. Suelen plagiar lo que está por venir.

Al descubrir la mirada preocupada de Jones cambió enseguida de tema:

—¿Pensás que “los tiburones” aceptarán nuestra nueva caja?

—Siempre y cuando no les hables de tus locas ideas de simular la muerte.

2

Kendall disertaba ante los “tiburones” de la Administración Federal de Aviación conocida como la FAA, oficina estatal encargada de la regulación de la actividad aérea del gobierno de los Estados Unidos y, por ello, muy activa en todo el planeta. Su control alcanzaba escala global por la envergadura de las aerolíneas de esa bandera y, en especial, porque más de la mitad de los aviones en uso se fabricaban dentro de sus fronteras.

Kendall era piloto militar y de línea retirado con miles de horas de experiencia en vuelo. También había trabajado en la FAA durante años. Volar le apasionaba tanto como la accidentología, y en especial la fotografía aérea. Hombre un tanto hosco y de pocas amistades, excepto con Steve Jones, su socio y amigo, compañero de servicio en Vietnam e ingeniero en aviónica.

Era un hombre de buen porte y apariencia ruda. Tenía el pelo negro en proceso de calvicie, la piel enrojecida por el sol de Texas y unos ojos celestes y desconfiados detrás de unos Ray-Ban de la Segunda Guerra, única herencia de su padre. Se podía reconocer en él a un norteamericano arquetípico del cine. Su modo de andar y las manos en la cintura acompañando alguna frase elocuente hacían recordar al teniente coronel Bill Kilgore, que Robert Duvall interpreta en *Apocalypse Now*. El parecido se acentuaba cuando usaba, como ese día, un sombrero de *cowboy*, blanco en su caso y menos exagerado que el de Kilgore, con una pequeña insignia de su pasado militar. En ella un águila se posaba con las alas desplegadas sobre el mango de un cuchillo.

Además de los burócratas de la FAA, también escuchaban a Kendall asesores del Congreso llegados de Washington, poco informados de las normas y tecnologías aplicadas a la seguridad aérea. Kendall entendía que su proyecto iba más allá de una proposición meramente

tecnológica. Las regulaciones de vuelo eran una combinación de decisiones administrativas y normas legales. Y estas últimas eran las más difíciles de modificar.

Como muchos oficiales veteranos de Vietnam, Kendall detestaba a los políticos, que a su parecer no dudaban en desatar una guerra pero vacilaban en tomar las drásticas medidas para terminarla exitosamente. Su modelo de estadista era el presidente Truman merced a la bomba de Hiroshima, y su antítesis, el Kennedy de la crisis de los misiles en Cuba. No era —pensaba— cuestión de partidos. Solía criticar tanto al presidente demócrata Carter y sus vacilaciones en la crisis de los rehenes en Irán como al republicano George Bush padre en Irak, incapaz de aplicar el golpe de gracia a Sadam Hussein, quien, se lamentaba Kendall, seguía provocando a Occidente, como si hubiera sido el ganador de esa guerra:

—Qué mierda. Ni Ho Chi Min, que nos jodió bien jodidos, se atrevió a tanta soberbia —solía repetir.

Su valoración estratégica parecía considerar más el tamaño de los testículos presidenciales que su sensatez y las consecuencias para la paz del planeta. Claro que, esa tarde, no se trataba de explicar sus argumentos favoritos de geopolítica militar.Ya no trabajaba para la Fuerza Aérea ni para el Estado, sino para sí mismo, tratando de obtener un jugoso contrato con decenas de aerolíneas, previa bendición de esos rostros falsamente amables que atendían sus argumentos.

Como experto en sistemas de seguridad, respaldaba su conferencia con las imágenes de la reciente grabación audiovisual tomada en la cabina del simulador de vuelo.

—Las pequeñas cámaras de video se ubican en posiciones variables, de acuerdo con las dimensiones de la cabina de comando —explicó.

El rostro de Kendall apareció en la pantalla levemente iluminado por la intermitente alarma de los controles y algo deformado por el registro de la cámara equipada con un lente angular, capaz de abarcar un plano casi completo de la cabina, priorizando al piloto.

Con la experiencia de un realizador de cine mantuvo en el registro del falso accidente un criterio que aseguraba dramatismo. El resultado

conformó una pieza digna de un profesional.

—Se priorizan para el registro de las cámaras las posiciones del piloto y del copiloto. Una tercera posición de cámara registra imágenes en relación con la operación general dentro de la cabina.

En proyección se vieron instantes de la falsa emergencia, hasta que uno de los asesores lo interrumpió.

—¿Qué hay del instrumental?

Kendall sonrió como agradeciendo la pregunta. Señaló enseguida un aparato de color rojo, cuyo lateral desmontado permitía ver un pequeño recipiente blindado parecido a una computadora. En la carcaza se leía: *Cockpit Voice Recorder-Do Not Open*. Dando un leve golpe con los nudillos al artefacto, explicó:

—Como sabrán, las cajas negras comunes registran las voces y sonidos de la cabina de comando, lo que en situaciones extremas nos permite descubrir errores de procedimiento por parte de una tripulación. Muchas grabaciones de ese tipo revelaron la responsabilidad del "factor humano" en el accidente. La prueba aparece siempre y cuando se verbalice el error. Por ejemplo, una mención sobre la altitud, la velocidad de aproximación o, lo más frecuente, el registro de conversaciones inadecuadas de los pilotos. Los que volamos no solemos pensar en que vamos a ser escuchados. —Colocando los brazos en jarra, agregó—: Y de serlo, es probable que no estemos en este mundo para avergonzarnos de lo dicho.

Algunas sonrisas parecieron celebrar su humor negro.

Tomó otro dispositivo, parecido al anterior. Se leía en letras negras: *Flight Data Recorder*.

—En cambio, este otro instrumento, que también llamamos vulgarmente caja negra, solo registra de manera digital el sistema electrónico del avión.

—¿O sea que hay dos cajas negras? —preguntó un diputado.

—Exacto: una para las voces de cabina y otra para registrar la performance de vuelo del avión. La primera es la grabadora de voces, la segunda la llamamos grabadora de vuelo, en una simplificación de su complejo sistema, capaz de registrar mínimas deficiencias electrónicas en el funcionamiento del avión, y parámetros como

altura, temperatura, presión de aceite, falla de motores, entre la infinidad de problemas posibles. Los dos sistemas se colocan en la parte trasera, porque es la que suele quedar menos deteriorada tras un impacto con el suelo o el mar.

Hizo un breve silencio y miró confiado a su interlocutor:

—Este último sistema, el FDR, sigue siendo el más eficaz para saber qué anduvo mal en la máquina y sus circuitos. Es imposible reemplazarlo.

En un gesto involuntario acarició el sombrero, depositado sobre la mesa de conferencias.

En la pantalla se vio el rostro de Kendall mientras la voz de mujer repetía su letanía fatídica: *Terrain… terrain… pull up… terrain…* Como un certero golpe bajo, él esperó que terminara el falso accidente para continuar, como si los artificios sonoros que reproducían una emergencia fueran su mejor argumentación. Recogió una pequeña cámara de video de su mesa de trabajo y la enseñó a los funcionarios.

—Este nuevo sistema reemplazará la vieja grabadora de voces de cabina. Su finalidad es registrar el "instrumento" que más accidentes ha causado en la historia de la aviación.

Señaló su propia imagen en la pantalla:

—El hombre, o para ser más exacto, el piloto.

Con un rápido movimiento giró su sombrero como quien ajusta las manecillas de un reloj.

—A continuación escuchemos una grabadora de voces tradicional. Les advierto que es el registro de un episodio real. Pero estamos entre profesionales —mintió.

Apagó el monitor, activó un reproductor de sonido y de inmediato se escuchó el viejo sistema sonoro de la caja negra de un avión realmente accidentado. En ella una voz humana distorsionada y anónima repitió:

—Le hicimos algo a la altitud.

Otra voz:

—¿Qué?

—Seguimos a dos mil pies, ¿verdad?

Kendall conocía el efecto que las voces de un accidente verdadero

producían en el ánimo de las personas. Utilizaba hábilmente el viejo sistema sonoro que pretendía reemplazar. Entendía con acierto que el diálogo capturado activaba un morboso mecanismo. Como burócratas de vidas previsibles, condenados a folios y escritorios, hubieran pagado fortunas por ver las imágenes de los hechos que en ese momento solo escuchaban. Después de todo, una motivación similar había inspirado su invención: una caja negra audiovisual.

En la grabación, la voz del comandante preguntó:

—¡¿Qué está pasando aquí?!

La trivialidad de esa expresión y la duda acrecentaban el dramatismo que imponía el testimonio de la muerte. Enseguida se hizo silencio, en la cinta y en la sala. Kendall aprovechó para explicar:

—Esta grabación corresponde a la caja negra del vuelo 401 de Eastern Airlines. Era un magnífico avión Lockeed L-1011-1 Tristar, procedente de Nueva York, que intentaba aterrizar en Miami a las 11:32 la noche del 29 de diciembre de 1972. Terminó aterrizando en los pantanos de Everglades, Florida, sitio adecuado para los caimanes, pero muy poco preparado para recibir un avión de pasajeros. El piloto desactivó el vuelo automático. Al golpear con el codo la palanca de comando, involuntariamente desenganchó el sistema y el avión comenzó a descender mientras el copiloto y el ingeniero de vuelo estaban muy ocupados controlando visualmente en el llamado “hoyo del infierno” el tren de aterrizaje.

Jones activó un proyector que mostró el corte longitudinal de la cabina de un avión, ilustrando de ese modo la explicación de su socio Kendall.

Este es el *Hell hole*. Se conoce así un sitio muy incómodo y casi inaccesible. Es un pequeño espacio ubicado debajo de la cabina de vuelo de algunos aviones de línea. Se accede a él a través de una pequeña puerta trampa situada en el piso del cockpit. Dentro del “hoyo” hay un visor que permite controlar directamente el tren de aterrizaje. La señal del sistema indicaba una falla en el descenso de las ruedas. En esos casos, lo más probable era que no funcionara la luz de advertencia. En la grabación de voces quedó registrado el correcto procedimiento de intentar cambiar las lámparas. Entonces los

controles y sensores no eran totalmente digitales. Como las luces no funcionaban, optaron por el chequeo visual yendo al agujero en cuestión. Lo que ocurrió después fue un infierno de verdad. En esas desafortunadas maniobras se produjo el desenganche del piloto automático. Y la tarea de controlar las luces y verificar el tren distrajo a la tripulación de la advertencia más crítica: el indicador de altura. Incluso no escuchó la señal sonora del descenso, por lo que es evidente que el comandante David Loft, así se llamaba, estaba asistiendo al copiloto. Loft era un veterano aviador con treinta y dos años de experiencia. Incluso en la cabina se encontraba un oficial técnico de la línea aérea. Cuatro expertos y ninguno advirtió lo que se avecinaba. Cuesta creerlo, pero ellos sabían que, cuando un avión vuela automáticamente a treinta mil pies, se está mucho más seguro que a tres mil. El problema es que no había más piloto automático y el descenso fue imperceptible para los sentidos humanos. Como siempre ocurre en un accidente aéreo, una suma de factores determinó la tragedia. Cuando el comandante Loft reparó en que algo andaba mal, solo pudo alcanzar a preguntarse, como escucharon: "¿Qué está pasando aquí?". A la oficina que ustedes representan, en definitiva a los contribuyentes, le cuesta millones de dólares hacerse la misma pregunta en tiempo pretérito.

Hizo un breve silencio y tomó la pequeña cámara de video:

—Este dispositivo audiovisual permitirá dirimir rápidamente la vieja polémica que suele desvelarnos: ¿Qué falló? ¿El hombre o la máquina? Lo que costó dos años descubrir se sabrá en el tiempo que lleva reproducir la imagen grabada en nuestra nueva caja negra.

Comenzó a acomodar sus papeles.

—Mi socio les dará más especificaciones. Estaremos a su disposición para cualquier consulta sobre el tema.

Steve Jones comenzó a entregar un *dossier* con referencias sobre el sistema propuesto. Le guiñó un ojo a su socio, que alcanzó a esbozar una discreta sonrisa mientras acariciaba su sombrero texano.

Kendall tenía cincuenta años de edad y treinta y cinco de piloto, desde que debutó en Abilene al comando de un biplano fumigador, reliquia de la empresa de su padre, quien le había enseñado a volar al

comprender que no podía pagar a otro piloto de reemplazo. Durante sus primeras experiencias aéreas había sufrido dos accidentes de relativa seriedad. En el más grave, un camión embistió su avioneta luego de un aterrizaje en una ruta secundaria. Supo entonces que el lugar más seguro para un aviador no era la tierra.

—Un avión nunca se cae solo. La mayor parte de las veces el piloto lo tira o lo deja caer —solía repetirle su padre. Kendall hijo conocía en carne propia ambas circunstancias, e incluso una tercera en Vietnam por el fuego certero de un lanzacohetes. Había logrado eyectarse y lo pagó con una severa concusión que lo mantuvo internado un par de semanas. A menudo se burlaba del hecho asegurando que eran más peligrosas las borracheras de licencia y más intensos los *black-outs* del mezcal mexicano que le robaba a su padre.

Retornó al frente en la unidad de fotografía aérea. Luego de la guerra, trabajó en dos grandes aerolíneas, aunque para entonces ya se había especializado en el desarrollo de sistemas audiovisuales para control de vuelo y de combate. Sus cámaras se instalaban en los interceptores para detectar la eficacia de los disparos y su resultado en los blancos. Durante la guerra del Golfo había asesorado a la unidad de registro audiovisual que transmitió al mundo una guerra “limpia y quirúrgica”, sin los ominosos cadáveres de Vietnam. Un misil entrando en un búnker para disolverlo en una nube de humo silenciosa era el súmmum de la eficacia militar hecha imagen.

Con la nueva caja negra había invertido el objetivo para filmar el interior de la cabina. Trabajó diez años en la FAA hasta que, harto de revolver restos humeantes de aviones y despojos del pasaje, decidió incrementar sus ganancias e independizarse. Tenía ahora su propia consultora privada y esperaba con ansias probar en una experiencia real el resultado de su ingenio.

3

Mientras un grupo de técnicos trabajaba en el interior de un Boeing 747 realizando controles de rutina y reparaciones en la cabina de pasajeros de primera clase, cerca de allí, en el comando de la nave, Kendall y Jones ponían a punto las cámaras de monitoreo de su sistema. Los rostros se deformaban en la pantalla de prueba cada vez que se acercaban a un lente apenas perceptible. Dos pequeñas cámaras habían sido amuradas en la parte anterior del compartimiento, cerca del soporte de las máscaras de oxígeno. Una tercera registraba, en plano más alto, el resto de la cabina, incluyendo la posición del ingeniero de vuelo.

Los acompañaba en la tarea un piloto de la aerolínea, que controlaba con cierto fastidio la actividad de los expertos en seguridad. Mientras Jones salía del pequeño habitáculo, Kendall activó un botón: una luz indicadora advirtió que las cámaras estaban funcionando. El piloto se sentó a su lado y, mirando en dirección al lente, murmuró:

—Una porquería... No lo tomes a mal, pero a ningún piloto le gustaría ser filmado en ese momento.

—"Ese momento" no es siempre fatal —alegó Kendall con tolerancia de oncólogo.

El piloto miró la cámara como si allí se encontrara el principal estímulo de su memoria:

—¿Te acordás del vuelo 328, caído en el ochenta y uno?

—Sí, lo recuerdo, investigué el caso. El comandante Bishop era un gran tipo —Kendall miró hacia la cámara encendida que monitoreaba al piloto.

—Volamos juntos en Vietnam, los B-52. Recibió un impacto sobre Hanoi —subrayó su relato con un leve asentimiento mientras miraba a Kendall.

—Aun así, trajo el avión de vuelta, sin una queja —el piloto se tornó menos enfático—. Diez años más tarde escuché la voz de Bishop llorando. Llamaba a su madre, imploraba. Todo eso estaba en la caja negra. Y ahora esto…

Advirtió el control de Kendall y remató:

—Ponerle imagen a algo semejante es obsceno.

Kendall no le respondió. No le interesaba pasar de técnico a psicólogo. Los pilotos estaban obligados a obedecer las normativas de seguridad, fuesen estas las internacionales o las de la aerolínea. Para ello no había sindicato que pudiera impedirlo. Por lo demás, no estaba satisfecho con la limitada autorización de la FAA para equipar un número reducido de aviones. Un conflicto inapropiado no haría más que aumentar la resistencia de las tripulaciones a dejarse filmar.

Kendall desactivó la grabación mientras el piloto dejaba la cabina sin saludarlo. Pasó junto a Jones en primera clase y descendió por la escalera que conducía a la salida. Kendall llegó hasta su socio. El monitor de prueba del sistema de cámaras estaba encendido reproduciendo la voz y la imagen del piloto sentado en el puesto de comando: “Una porquería… No lo tomes a mal, pero a ningún piloto le gustaría ser filmado en ese momento”.

Kendall disfrutó al ver lo que entendía como un éxito de su experiencia. Jones señaló hacia el interior del avión.

—Deberíamos colocar cámaras entre los pasajeros. Muchos accidentes empiezan allí o en los baños.

—¡Viejo voyeur! Esperemos que nuestro primer programa salga al aire antes de agrandar la cadena. Por ahora, gracias a esos burócratas de la FAA las chances de ver algún episodio son bastante reducidas.

—Si habláramos de automóviles, tendríamos miles de casos por día.

Jones desactivó el monitor y se quedó mirando la pantalla vacía. Una sensación tan fugaz como inquietante lo conmovió. Miró en dirección a Kendall, que bajaba por la escalerilla, y sintió la necesidad de advertirle algo, pero ignoraba qué. Solo alcanzó a pensar:

—Esto ya lo viví.

Se levantó y siguió el rumbo de su compañero, dejando su *déjà vu* en la clase ejecutiva del Boeing.

4

Como tantos otros fines de semana, Kendall se aburría en su departamento. No había hecho planes ni deseaba hacerlos. El trabajo era su mayor motivación y el ocio solía confrontarlo con una porfiada soledad. Cuanto más le entusiasmaba su trabajo, más le incomodaba el tiempo libre. Por su mente rondaba el inconfesable deseo de apreciar cuanto antes la filmación de un accidente real con la nueva caja negra. Decidió interrumpir toda especulación sobre el tema. El resultado había devenido en un incipiente ardor en el estómago y el agotamiento de sus reservas de Bourbon.

Abrió la heladera, sacó un envase de leche y se lo llevó a la boca. Bebió, y de inmediato escupió el trago. Tiró por la pileta la leche rancia.

—El añejamiento no le sienta a esta mierda —murmuró para sí.

Revisó la heladera y descubrió en el congelador una botella de Smirnoff. Celebró la capacidad del vodka para mantenerse líquido a cuarenta grados bajo cero. Se sentó frente al televisor y operó el control remoto en un ritual de zapping que se correspondía más con su estado anímico que con las muchas opciones de canales. Al fin se detuvo en un predicador televisivo que hacía extrañas anotaciones en un pizarrón:

—Fe = saber, Dios es razón. Aprender para creer y otras conclusiones por el estilo.

El pastor electrónico se parecía a un profesor de Matemática o Física y sus explicaciones apuntaban sin duda a lograr un encuentro entre sus logaritmos y la metafísica cristiana. Kendall lo observó con interés. El pastor saturaba el pizarrón con su álgebra mística. Súbitamente proclamó:

—Los números y sus infinitas combinaciones expresan la omnipresencia de Dios, y el saber es resultado de su voluntad. —

Señaló a Kendall desde la pantalla. La tautología lo hizo reaccionar:

—Payaso...

Sacó un video de la biblioteca, dudó un instante y al final lo puso en la reproductora. En la pantalla apareció el rostro de una mujer.

—No termino de habituarme a tu sistema, pero estoy segura de que así todo quedará más claro. Siempre estás atento a tus registros… —La mujer, de rostro armonioso y algo insípido, hablaba reiterando los silencios como si tratara de hallar las palabras exactas. Miraba al costado como buscando la aprobación de alguien.

Kendall analizó las posibilidades del gesto: ¿Tal vez un amante que la contenía en el doloroso trance? ¿Y quién la filmaba? Era una toma fija muy estable, que denotaba el uso de un trípode para la cámara. Kendall debía reconocer que el método adoptado por su exesposa para abandonarlo, seis meses atrás, era original y honraba su propia profesión.

—Qué ironía, te enterás de que te abandono del mismo modo en que experimentás con tus aviones. Si repetís la grabación una y otra vez, vas a poder analizar mis neuróticas reacciones. Cuando encuentres mi mensaje, yo estaré lejos. Habré volado, para no estrellarme.

Kendall miró el video. Lo había visto ya una docena de veces, otras tantas noches, como obedeciendo a la recomendación de su mujer.

—Me siento demasiado solemne… —se lamentó ella y, cambiando el tono melodramático, agregó—: Te haré llegar el teléfono de mi abogado. Adiós.

Kendall congeló en el momento en que ella volvía a mirar a un costado.

Observó minuciosamente sus ojos. Tenían un cierto brillo. Se dijo, convencido:

—Sí. Allí a su lado hay un hombre. Uno de esos imbéciles que cree que con él todo será distinto. Se imagina el tipo predestinado para rescatarla. Seguramanete, un macho no demasiado alfa. Esa clase de contenciones son mal pagadas por las mujeres. Él deberá rivalizar conmigo mientras se pregunta si es mejor que yo en la cama o si está mejor dotado. Es posible que incluso cometa la torpeza de verbalizar

ante ella sus dudas. Al final asomará algún día otro energúmeno, un irresponsable de esos que cogen muy bien sin contener a nadie y entonces se tranforme definitivamente en cornudo al preguntar: "¿Por qué me hiciste algo así?". Uno se vuelve cornudo por propia decisión cuando hace preguntas como esas. Después de todo, ¿cómo es posible vivir con una mujer con la certeza absoluta de que nos será fiel? Es como volar en un avión que no se pueda caer. ¿Cuál es la gracia? — Volvió a mirar el televisor.

—Buen trabajo —murmuró y aceleró la imagen hasta que apareció su propio rostro, en una vieja filmación residual mientras piloteaba un avión monoplaza. La posición fija de la cámara en la cabina producía el extraño efecto de mantener vertical su cara mientras las maniobras hacían girar el trasfondo de cielo y paisaje terrestre. La gravedad se manifestaba deformando sus músculos faciales. Kendall solía ser su propio conejillo de indias. Y lo hubiera intentado en un avión de línea si las características del proyecto hubieran permitido semejante alternativa. Sabía que su experiencia personal con su invento no podía ir más allá de los ensayos en los simuladores de vuelo. Un mes antes había estado a punto de convencer a un excompañero de combate sobre la posibilidad de tener una experiencia "más completa" con un viejo DC-8 listo para el desguace. La idea era realizar una prueba en un vuelo real llevando la máquina y sus tripulantes a una situación límite. El hombre argumentó que la Administración Federal de Aviación le quitaría la licencia a quien intentase locuras de ese tipo.

El plan era sencillo: un vuelo de rutina sobre zona despoblada, sin pasajeros y con tripulación mínima. Parar un motor y descomprimir la cabina. Una caída precipitada en busca de la mínima altura sería suficiente y, al final, un aterrizaje de emergencia en una pista de pruebas. Luego, bastaría con observar en la nueva caja negra las propias reacciones. Esto siempre y cuando no hubiera contingencias más graves. Kendall fantaseaba con esa posibilidad: un despiste e incluso un "revolcón" en un descampado. En el caso de sobrevivir, sería impagable evaluar las imágenes.

El camarada lo había abandonado sin demasiada explicación. Excusas reiteradas fueron postergando el proyecto de ver un simulacro

en vuelo real. Kendall no hizo reproches. Después de todo, un DC-8 no era un Piper biplaza, y treinta mil pies de altura no equivalían a las patas hidráulicas de un seguro simulador en Dallas.

Volar había sido una quimera, hasta que los hermanos Wright inventaron una máquina más pesada que el aire capaz de vencer la gravedad durante algunos segundos. El pequeño salto marcó el fin de un mito que empezó con la imaginación más primitiva. Otros precursores fueron sorteando los sucesivos límites del desafío de volar.

Kendall admiraba a tres de esos pioneros: Charles Lindbergh, cuyo vuelo sobre el Atlántico aún era un eco de gloria en sus comienzos de niño copiloto de su padre. A Antoine de Saint-Exupéry. La edición de *Tierra de hombres*, su obra autobiográfica, tenía las páginas gastadas de tanto releer las proezas de los pilotos franceses en el Sahara libio o en las laderas heladas de los Andes. Siendo un adolescente, Kendall había encontrado el libro en la raleada biblioteca de su padre. Fantaseaba con ser como los héroes de *Tierra de hombres*, el propio Saint-Exupéry y sus amigos André Prévot o Henri Gillaumet. Su imaginación se había poblado de esos episodios en que los aviadores vivían peligrosamente, en especial después de un accidente, ya fuera en las arenas del desierto, desfalleciendo por el calor y la sed, o al límite de la resistencia y el congelamiento en la Patagonia cordillerana argentina. La obsesión de Kendall de transformarse en aviador se contaminó prematuramente con una suerte de adicción por la fatalidad. La desaparición de Saint-Exupéry en el Mediterráneo coronaba su idea adolescente del ciclo completo de un piloto: volar, soñar y por último morir heroicamente. Eran fantasías juveniles, donde la muerte, como en el final ficticio de una película, era un mero desafío a la inmortalidad.

El tercer piloto digno de la admiración de Kendall era menos famoso.

Se llamaba Aarón Gilbert. Un viejo aviador alcohólico, veterano de guerra, que solía trabajar en la empresa fumigadora de su padre. Había sido fotógrafo aéreo durante la Segunda Guerra Mundial. Kendall escuchaba sus relatos con el máximo interés. El viejo Aarón se entretenía en detalles de exposición, profundidad de campo y

problemas de registro fotográfico en vuelo. Su mayor proeza había sido lograr nítidas tomas de Peenemunde, la base principal de las famosas bombas voladoras V2 alemanas, que asolaban la ciudad de Londres, sin que sus defensas pudieran evitarlo. Eran demasiado veloces y caprichosas en la elección de sus blancos.

A comienzos de 1945 lo habían derribado sobre la costa holandesa, poco antes del final de la guerra. Pudo lanzarse en paracaídas. Lo rescataron, pero alcanzó a ver al resto de sus compañeros caer al mar con el avión en llamas.

—Qué lástima… —había murmurado el joven Kendall.

—Lo fue… —admitió el viejo, que, más que narrar sus historias, las revivía con los recursos del alcohol.

Kendall jamás le había aclarado que consideraba una pena que no hubiera registros del episodio.

Desde entonces nunca lo abandonó la idea de filmar una crisis en el aire.

El viejo Aarón había sido derribado a finales de los años sesenta y para siempre, por sus propios fantasmas, en una batalla saturada de herbicidas y tragos, sobre un campo de maíz en Nuevo México.

5

Las alertas de emergencia sonaron mientras se encendían las luces en el indicador de altura. Kendall trató de salir de la crisis empujando la palanca de potencia, pero apenas pudo moverla. La severa turbulencia que sacudía la cabina le impedía leer el instrumental, aunque sabía que la situación era cada vez más crítica:

—Si no podés ver nada, tu culo es el más infalible instrumental. Usalo más que tu cabeza… —Su padre le sonreía desde el asiento del copiloto—. Tus nalgas saben dónde es arriba y dónde abajo.

El viejo fumigador acompañaba a su hijo en la emergencia del enorme Boeing. Kendall sabía que el avión perdía altura en el abismo de una cortante de viento descendente.

—¡Vamos, cagón, que un piloto puede ser analfabeto pero no cobarde!... Leés demasiado toda esa basura técnica. Esto es más sencillo que pedalear tu bicicleta. ¡Salvo cuando te equivocás! —El padre de Kendall lanzó una risotada mientras el Jumbo daba un brinco y se sacudía lateralmente como si fuera un camión mordiendo la banquina a gran velocidad. El ruido de la chicharra de alarma se volvió más intenso. La voz electrónia prevenía el inminente impacto:

—*¡Terrain, terrain…!*

Kendall se despertó sobresaltado. Comprobó que la chicharra de alarma de su sueño se prolongaba en el teléfono que sonaba a su lado. Se había quedado dormido en el sillón. Miró sin culpa la botella de Smirnoff semivacía. El televisor seguía prendido y la pantalla sin imágenes era la única luz del cuarto. Llegó hasta el teléfono y escuchó:

—Soy Steve, vas a oír una noticia.

—¿Qué sucede?

—Debutamos.

—No es hora para bromas.

—La broma la hizo el destino. Uno de los aviones cayó en el

nordeste de Brasil, cerca de la ciudad de San Salvador de Bahía… —la voz de Jones sonaba jovial.

—¿Brasil? ¿Cómo es posible?

La noticia despabiló a Kendall que operó instintivamente el control remoto de su televisor hasta apagarlo. Quedó a oscuras mientras escuchaba a su socio.

—Equipamos algunas aerolíneas de aviones de segunda mano. En el acuerdo de arrendamiento se puso como condición que estuvieran nuestras camaritas. Son varias empresas de regular performance. En este caso, no te sorprendas tanto. Brasil tiene una de las tasas más altas de accidentes aéreos del mundo. Vos mismo lo evaluaste. ¿Ya lo olvidaste o estás dormido?

—Sí, sí… lo recuerdo —murmuró, mirando de reojo la botella.

—Seguro, ¡ya tenemos nuestro primer…!

A pesar de su entusiasmo, Jones no hallaba la palabra para terminar la frase.

—Nuestro primer caso —lo ayudó Kendall—. ¿Tenemos la caja negra? Debo verla antes que nadie, es lo convenido. Sería terrible que las tomas del accidente cayeran en manos irresponsables. ¡Sudamérica!... ¿Cómo pudimos?

—Tranquilo. Por lo que sé, aún no han encontrado la máquina. Si nos apuramos, podés sumarte a la búsqueda.

—Prepará mi viaje.

Kendall colgó y en simultáneo encendió el televisor. Miró la pantalla y trató de distinguir en ella el rostro del piloto desaparecido.

6

Jones acompañó a Kendall a la sala de embarque en el megaaeropuerto de Dallas-Fort Worth. El enclave ferroviario de los grandes trailers de ganado de finales del siglo XIX, que repartía carne vacuna en todo el Este norteamericano, había devenido en uno de los centros de distribución aérea más importantes del mundo. En sus pistas aterrizaban y decolaban más de dos mil aviones diarios.

Allí, treinta y cinco años antes, un joven Kendall, cadete aeronáutico, había presenciado el despacho del cajón del presidente John Fitzgerald Kennedy. El procedimiento de introducir al magno cadáver en el Air Force One le había parecido contradictorio. Pensó que lo lógico era salir muerto de un avión, como correspondía a la tradición más fatídica de volar. El prolijo ataúd, escoltado por Lyndon Johnson y la flamante viuda Jacqueline Bouvier, ingresando en el fuselaje, contrastaba con la imagen de su amigo Aarón, irreconocible y chamuscado, mientras lo sacaban del comando del viejo Grumann. Alguien había murmurado ese día acerca del modo en que los borrachos ardían más rápido.

En Vietnam, Kendall comprendió al fin que era más factible entrar muerto y en una bolsa a un avión que salir de él con todos los honores de un heroico cadáver. Más de cincuenta mil pasajeros inertes habían sido despachados desde las bases vietnamitas a las norteamericanas, acelerando la primera gran derrota de Estados Unidos en una guerra de proporciones.

El aeropuerto tenía un diseño que impedía las grandes concentraciones humanas. Todo el lugar era como una gran colmena, desde donde salían las abejas de metal hacia todos los rumbos posibles.

Jones reparó en el rostro malhumorado de su socio.

—No te quejes, podría haber sido en Bagdad.

—No siempre entiendo tu humor —reprochó a su amigo, mientras este le entregaba una carpeta.

—Aquí está todo lo que pude averiguar sobre el vuelo siniestrado, vida y obra de la tripulación, en especial del protagonista, el comandante George O'Hosin.

Kendall miró a su amigo, intrigado.

—¿No es brasileño?

—Tenemos suerte. Es norteamericano, y conseguí bastante información sobre él.

Kendall revisó la carpeta. Se detuvo en la foto. Era un hombre de casi cincuenta años, con un rostro armonioso, el pelo lacio y castaño y ojos muy claros.

—Expiloto naval, una buena foja de servicios, casado sin hijos. Hay solo un hecho extraño… —comentó, y se quedó un instante pensativo.

—¿Extraño? —indagó Kendall impaciente.

Jones dio un golpecito con el índice sobre la foto del expediente.

—Que abandonó la compañía Delta para ir al Tercer Mundo como piloto de una "Banana Airlines".

Kendall no pudo evitar sonreír.

—Es una empresa brasileña menor —comentó, leyendo el informe —. El avión es un McDonnell Douglas DC-10, con catorce años de antigüedad. Venían de Nigeria, que si no me equivoco está en África —bromeó, continuando con un ánimo que no parecía relativo al tema.

—Una de las rutas transatlánticas más cortas…. —agregó Kendall.

—¿Quién puede volar y hacer negocios de Nigeria a Bahía?

—Hablás como si solo hubieras piloteado el avión del presidente. ¿Ya olvidaste tus servicios como funebrero, trayendo bolsas de plástico desde Saigón?

Jones se apuró a interrumpirlo.

—¿Por qué pensás que investigo accidentes? Fue entonces cuando comenzó mi sinisestra curiosidad.

Kendall se dispuso a abordar el vuelo.

—¿Tienen el cuerpo?

—El mar lo tiene. —Jones le hizo la seña de OK con el pulgar, mientras su amigo se introducía en la manga que llevaba al avión.

—Suerte y buena pesca.

Kendall se despidió de Jones. Lo embargaba un entusiasmo como pocas veces había sentido desde que ejercía la profesión de investigador aéreo.

Desde la adolescencia, Kendall se había sentido atraído por las causas que determinaban que un avión se estrellase. Una nave aérea se desploma por el mismo principio por el que se derrumba un edificio: el predominio de la fuerza de gravedad sobre la sustentación. Las mismas leyes físicas transforman el aire que pasa debajo del ala de un avión en un elemento tanto o más fiable que el acero. Que un avión se caiga era para Kendall un hecho fascinante. Las causas podían variar: un cable flojo o un perno fisurado, un cumulonimbo o una turbulencia severa. Circunstancias que, solas o combinadas, llevaban una aeronave al abismo. Cuando Kendall manejaba en una carretera, solía considerar la burda ignorancia de los conductores que viajaban a un metro de un posible impacto contra el vehículo que iba en sentido inverso. Para estrellarse, un piloto necesitaba mucho más que el medio segundo que le sobraba a un automovilista para incrustarse en el acoplado de un camión. En Estados Unidos ocurrían más de cuatro millones de accidentes de tránsito por año y morían en ellos unas cuarenta mil personas. Comparativamente, las muertes de la aviación eran ínfimas. Kendall volaba con mayor confianza que un gondolero remando en Venecia. Pero los accidentes aéreos igual ocurrían. Los pernos se aflojaban y los cables se soltaban. Los cúmulos aparecían en la ruta de un Clipper con la frecuencia de los chaparrones en una llanura, y las turbulencias sacudían las tripas para recordar que el hombre volaba desde hacía solamente una cienmilésima parte de su experiencia como caminante.

Muchas circunstancias podían conjugarse para lograr el encuentro violento de una máquina con el suelo. La frecuencia se había ido reduciendo a lo largo de la breve pero vertiginosa historia de la aeronavegación. Volar no tenía misterios para un piloto con la escuela de Kendall. Pero sí los tenía un accidente. Por una ironía de su

evolución, la épica de su profesión había quedado relegada a su principio inverso. Caerse era la excepción a la regla. Sesenta años atrás, era la mayor posibilidad para quienes volaban sin radares, sin turbinas, instrumental electrónico, controladores de vuelo, satélites ni cajas negras. Lo testimoniaba la larga serie de "mártires de la aeronáutica" con nombres tan memorables como Amelia Earhart o Jean Mermoz.

En 1998, un accidente de avión de línea era un hecho excepcional en términos de cantidad de vuelos y pasaje transportado. Pero en un accidente aéreo morían muchas más personas que en un episodio en la ruta. Y algo emparentaba los siniestros. De cada diez aviones caídos, ocho solían estar en aproximación o decolaje y, por ello, muchos ocurrían sobre el duro asfalto de las pistas.

Las máquinas y su tecnología habían cambiado bastante más que la naturaleza de sus conductores. Kendall había puesto, literalmente, la mirada en ese punto del problema. La caja negra audiovisual era su herramienta principal, pero aún necesitaba probarla.

Al optar por una aerolínea norteamericana, el vuelo a la ciudad de Bahía requería una escala en Río de Janeiro. Allí Kendall tomó un vuelo de Varig, la línea de bandera brasileña. Miró por la ventanilla el paisaje único de esa ciudad y sus alrededores, donde la foresta tropical competía con el mar tanto como las favelas con los modernos edificios. El avión dio un giro hacia el nordeste y Kendall observó el enorme monumento al Cristo Redentor que coronaba el Corcovado, el morro más alto de la ciudad. El gigantesco Jesús de cemento tenía sus brazos rígidos abiertos en señal de piadosa protección. La figura blanca le semejó a Kendall un avión de los viejos modelos sin los motores de hélice. Se preguntó si acaso no habrían influido en el escultor los adelantos en la ciencia de volar, tan inspiradores en gran parte del siglo XX. Después de todo, Cristo había ascendido a los cielos, como le había enseñado su madre, una católica nieta de irlandeses. Las imágenes de su vuelo celestial que ilustraban la Biblia familiar eran barrocas y repletas de ángeles. Recordó una de ellas, que su madre mantuvo junto a su lecho en su agonía, al lado de una estampa de San Patricio. Había muerto joven cuando Kendall tenía

diez años. Desde entonces no fue más a la iglesia y al padre poco pareció importarle. “Se fue al cielo”, le había dicho Mara Durán, la criada mexicana en el entierro, mientras arrojaba un puñado de tierra sobre el cajón lustrado.

La muchacha, una inmigrante nacida en Juárez, se transformó en concubina de su padre. Peter había encontrado en ella una madre más completa, que le enseñó el español y lo inició en el sexo, con el benévolo auspicio de su progenitor. La joven no era muy bonita, pero cocinaba bien y tenía mucha gracia, salvo cuando incursionaba en sus supersticiones mexicanas sobre San la Muerte y llenaba de velas y esqueletos la pequeña habitación en la que dormía y tenía sexo con su pupilo. En esas instancias, se ponía densa y premonitoria de muertes y hasta Apocalipsis. Vivió con ellos unos años, hasta que un día partió rumbo a El Paso para cruzar a ciudad Juárez con el argumento de visitar a su familia. La última noche antes de partir le confesó a Kendall que estaba embarazada, pero que ignoraba si le daría un hijo o un hermano. Nunca regresó.

La profesión de aviador del padre, la muerte prematura de la madre y la misteriosa desaparición de Mara Durán marcaron ese antagonismo entre el cielo y la tierra y la relación de esta última con la pérdida. Recordó que, a pesar de su escepticismo religioso, papá Kendall solía hacerse la señal de la cruz antes de cada carreteo en las precarias pistas que frecuentaba. Llevaba también en el avión una pata de conejo que le había dado Mara para protegerlo. Por mucho tiempo le funcionó, pero murió de un infarto el día de su cumpleaños número setenta y tres. Para entonces, Kendall estaba en Tailandia disfrutando una licencia y el viejo se había vuelto a casar con la joven hija de un granjero a quien le fumigaba el campo. Era vox pópuli que al hombre le gustaba fumigar algo más que los sembradíos del Medio Oeste.

A mitad de camino entre Río y Bahía, Kendall consultó con interés cada detalle de la carpeta referida al vuelo accidentado. Casi todos los tripulantes eran brasileños, con excepción del piloto O’Hosin y una azafata de Nigeria. Los datos del comandante incluían información personal además de la usual ficha médica, horas de vuelo y antecedentes profesionales. Constaba, tal como le advirtiera Jones, su

desempeño en Vietnam como piloto de combate. Trató de recordarlo entre los muchos conocidos en los años de servicio, pero descartó enseguida esa posibilidad al comparar los sitios donde había revistado O'Hosin con los propios. En la página siguiente descubrió, a modo de información complementaria, datos referidos a Barbara Hansen, esposa del piloto. Ese informe era el comienzo de una investigación que no descartaba las hipótesis más increíbles, como que un piloto quisiera librarse de su esposa, o por el contrario dejarle su seguro de vida suicidándose y arrastrando con él en la experiencia a trescientos pasajeros. En el primer caso era difícil encontrar, en el grabador de voces de cabina, un mensaje del tipo: "Adiós, querida, vos te lo buscaste, vivirás el resto de tus días con el remordimiento…". Tampoco se podía descartar un ataque de locura, desmentido en principio por los controles psicofísicos que avalaban la supuesta cordura de O'Hosin. De cualquier modo, se detuvo en la foto de la mujer.

—Es bonita… —se dijo.

Barbara se presentaba como una típica norteamericana. Pelo rojo genuino muy arreglado y maquillada como si recién hubiera salido del coiffeur en lugar de estar en un Clipper a ocho millas de altura.

—No me favorece demasiado —escuchó.

Kendall levantó la vista y descubrió a la señora O'Hosin en persona de pie junto a su asiento. La miró sorprendido, pero enseguida reaccionó ofreciéndole lugar a su lado.

—Acompáñeme, por favor... ¿Cómo es posible?

A modo de respuesta ofreció su mano, tan cuidada como el resto de su apariencia.

—No es tan casual que nos encontremos en un vuelo a Bahía. Además, no soy de las que se quedan esperando.

Kendall eludió decirle que ya no tenía demasiado para esperar, salvo el cobro del seguro.

Barbara O'Hosin, aunque con más años que en la foto, era muy atractiva. Tenía una mirada penetrante. Le sentaba bien el pelo recogido y tirante coronando un sobrio traje sastre negro de inequívoco luto. Aún no había aceptado la invitación a sentarse y se

percibía cierta tensión en el encuentro.

—Quisiera saber qué tiene que ver la seguridad de un avión con los antecedentes de la esposa de un piloto. Si no es confidencial, claro.

Es del tipo punzante y combativo, pensó Kendall. Consultó de reojo la señal apagada de "Ajuste su cinturón" deseando que una repentina turbulencia devolviera a la viuda a su asiento. Optó por una respuesta profesional.

—Yo no evito accidentes, señora. Menos puedo anticipar que un avión se va a caer. Apenas si puedo darle mis condolencias, y créame que son sinceras. No conocía a su marido, pero ambos fuimos veteranos y pilotos. Sí es posible, en cambio, establecer asociaciones entre el estado psíquico de un comandante y su eficiencia en el trabajo. Suele ser tan importante la pieza de una turbina como un traspié sentimental… En el caso trágico de un accidente con setenta y ocho desaparecidos, quiero decir. La maquinaria menos previsible de un avión es este viejo diseño que nos contiene a los seres humanos. Tiene un millón de años y fue diseñado por Dios o por la evolución para corretear en las praderas, no para volar a treinta y tres mil pies.

Kendall recordó la imagen del Cristo "volador" de Río. Tal vez por eso agregó a Dios acompañando su convicción evolucionista.

La mujer se quedó en silencio. Parecía abatida por los argumentos.

—No lo tome como algo personal —le concedió Kendall. Intuyó en sus ojos la proximidad de un desborde emocional y no estaba preparado para ello. La investigación empezaba del peor modo y, sin proponérselo, se escuchó diciendo:

—Créame que lo siento de verdad, su marido era un excelente profesional.

La reacción de ella fue inmediata. Tomó el vaso de cerveza que reposaba en la mesa plegable y bebió. Kendall alcanzó a sentir el perfume de la mujer. Por primera vez la miró como tal, sintiéndose atraído y desubicado.

—Discúlpeme, pero mi lugar no es muy envidiable. No todos los días se estrella mi marido en el Atlántico.

Sacó un cigarrillo. Kendall le señaló el cartel de "No fumar".

—No pensaba encenderlo. Conozco las reglas, y me calma la

ansiedad tener el tabaco aunque más no sea en la mano. Vuelvo a mi asiento.

Kendall advirtió que estaba saliendo de una tormenta para entrar en otra. Sacó una tarjeta y se la extendió a la viuda.

—Puede ubicarme a través de la aerolínea, y le repito que lo lamento.

La mujer leyó la tarjeta y pasó rápidamente de una sonrisa irónica a una mueca de desagrado. Una considerable turbulencia comenzó a agitar la nave. De inmediato se encendió el aviso "Ajuste su cinturón". Ella se apresuró a retornar a su sitio.

Kendall miró despreocupado la señal y abrió nuevamente la carpeta. La foto de George O'Hosin encabezaba una hoja en donde constaba su renuncia a la Delta Air Lines dos años atrás. Previamente había servido en Pan Am durante nueve años, hasta el cierre definitivo de la mítica pionera de los cielos americanos en 1991. Atlántica, la aerolínea brasileña, no era gran cosa. Tenía tres aviones de fuselaje ancho arrendados además del DC-10, y serios problemas financieros. Había intentado operar circuitos alternativos como la ruta entre el nordeste del Brasil y el centro y sur de África. El fracaso de la empresa se reflejaba en las cifras del avión siniestrado: menos de ochenta pasajeros en una nave que triplicaba en capacidad ese número. Recordó la expresión de Jones: "Una banana Airlines".

Kendall intuyó que el accidente sería fatal también para la empresa, aunque nunca se sabía, seguro mediante, si no terminaría beneficiando a sus dueños, un *pool* de empresarios agrícolas y financieros del nordeste del Brasil. Volvió a mirar la foto y se preguntó qué hacía allí un piloto de primera en lo mejor de su edad. Con una mezcla de sorpresa y curiosidad, reparó que con O'Hosin compartía la misma fecha de nacimiento.

—15 de noviembre de 1948, Topeka, Kansas. —Por un instante creyó leer su propio nombre. "Yo soy de Texas" —se tranquilizó mientras reclinaba el asiento, dispuesto a dormir hasta el final del viaje. El intento no duró demasiado. Una azafata le señaló que ajustara su cinturón debido a la fuerte turbulencia.

—Es por su propia seguridad —le advirtió gentilmente.

7

La voz del comandante anunció el próximo aterrizaje en el aeropuerto Internacional de San Salvador de Bahía, que estrenaba en esos días, según explicó al pasaje, el nuevo nombre de Diputado Luis Eduardo Magalhaes en reemplazo de “Dois de Julho”.

Kendall había tenido un plácido descanso. Solía dormir mejor en los aviones que en su propia cama. Había desayunado y leído alguna información sobre su destino. Era el accidente que mayor interés le despertaba desde su debut investigando un Boeing 707 de carga estrellado en las afueras de Nueva Orleáns. Algunas fotos de Bahía le recordaban el barrio francés de esa ciudad. No se divirtió demasiado con su primer caso. Detestó tanto el calor como el jazz a toda hora. Habían resuelto el caso con una prueba de sangre del piloto alcohólico, quien perdió la licencia y una pierna. Pocos meses después, alguien le contó que el pobre diablo se había ahorcado en el hangar de la empresa de cargas para la que trabajaba. Después vinieron muchos otros siniestros, que fueron transformándolo en investigador estrella y viajero perpetuo. Cada vez que despertaba en un avión, debía recomponer en los primeros segundos el lugar y el motivo del destino. Esa mañana tuvo como *déjà vu* la sensación de estar llegando a Saigón. Bahía, Brasil, Sudamérica, O’Hosin fueron los nombres que se empezaron a ordenar en su cabeza junto con el café negro del desayuno.

Los datos aportados en la ficha sobre su destino no eran demasiados para quien no apreciaba el turismo ni la sociología. Alcanzaban para que Kendall advirtiera que San Salvador de Bahía de Todos los Santos era, desde el nombre mismo, el tipo de ciudad que menos prefería. Sus vuelos a Sudamérica habían sido poco frecuentes y relativos a la profesión. Uno a La Paz, Bolivia, en donde un clipper de Eastern se topó con la cordillera de Los Andes, y ya como contratista privado,

algunos cursos de seguridad para tripulaciones y operadores en Caracas, Bogotá y San Pablo. El informe advertía sobre las características de la ciudad a la que estaba llegando. Dos de ellas le inquietaban sobremanera: el calor y la pobreza. Tal vez no se equivocó al recordar a Saigón, pensó mientras contemplaba el mar y la ciudad considerablemente grande que se distinguía por la ventanilla.

Kendall sintió el leve sacudón que indicaba el descenso del tren de aterrizaje. Allí abajo estaba lo único que le interesaba: la caja negra con las primeras imágenes de un accidente aéreo registradas en la cabina comando de un avión de línea. Por un instante sintió que sería casi imposible recuperarla. El mar parecía confirmarle sus temores, con un azul intenso que se iba aclarando con la proximidad del continente.

—Como los ojos de Barbara Hansen —se dijo.

Entre la gente que aguardaba a los pasajeros, distinguió un cartel con su nombre. Lo sostenía un moreno vestido con un traje de hilo blanco que desentonaba con una llamativa corbata roja. Kendall se identificó levantando la mano. El hombre caminó a su encuentro.

—Soy Gilberto Saunders, encargado de seguridad de Atlántica. Bienvenido a Bahía.

Un asistente de Saunders ayudó a Kendall con el equipaje. Al avanzar tropezó con otro mulato que sostenía un improvisado cartel en papel para identificar a un pasajero. Alcanzó a leer el nombre de la viuda de O'Hosin.

El paisaje de la autopista combinaba una variada gama de carteles publicitarios con una persistente vegetación tropical sobreviviendo al caótico urbanismo: mezcla de restos de arquitectura colonial con esporádicas factorías y caseríos miserables.

—Nada puede ser previsible en un lugar así —pensó Kendall.

—Una verdadera tragedia.

La voz del brasileño lo sacó de su reflexión.

—Sí, siempre lo es.

—Supongo que usted estará más acostumbrado que nosotros. El "Dragón" es nuestro primer siniestro.

El norteamericano lo miró extrañado.

—¿Dragón?

—El vuelo 655 —aclaró—. Dragón es el nombre del avión. Nuestra compañía bautiza a sus aviones con nombres mitológicos.

Kendall no pudo evitar un comentario:

—Raro no fue Ícaro.

Saunders lo miró y su gesto le hizo sospechar que no era un buen chiste. —¿Por qué cambiaron el nombre del aeropuerto?

—El nuevo nombre es el de Luis Eduardo Magalhaes, un joven político que iba camino a ser gobernador del Estado. Murió de un infarto fulminante, en plena campaña, el mes de abril. Y ahora esta otra fatalidad. Son tiempos malos para Bahía.

—Entre los hombres de mar hay una tradición que dice que no es bueno cambiar el nombre de los barcos. Tal vez valga para los aeropuertos.

—¿Usted cree...?

—No, no creo en supersticiones. Solo recordé una muy difundida. Al fin y al cabo, qué son los aviones si no naves voladoras.

Saunders pareció reflexionar sobre el comentario de Kendall.

Este permaneció impasible, mirando por la ventanilla del auto, como si le interesaran los contrastes del camino. Quería evitar familiaridades con el hombre de Atlántica. Su experiencia lo prevenía de conductas que podían confundir una objetiva investigación. Para una aerolínea la tendencia era transferir responsabilidades al fabricante de la máquina. Nunca al piloto ni al mantenimiento. Kendall no trabajaba para ninguna de las dos partes.

A su parecer, Saunders necesariamente debía tener objetivos opuestos a los propios.

—Aún no han encontrado restos importantes del avión. Sí algunos cuerpos y partes de las alas.

—¿Qué hay de O'Hosin? —indagó Kendall.

—¿Lo conocía?

—No personalmente.

—Ah... —murmuró Saunders como desalentado—. No, no se lo encontró, y es improbable, dado el calibre de los daños.

—Su esposa viajó en mi vuelo.

—Lo sé, la compañía pagó su pasaje. Pobre mujer.

—Parece fuerte. Lo superará. No sé, en cambio, si yo soportaré este sitio. Lo siento, pero no me gusta el calor ni el caos de ciertas ciudades —continuó Kendall—. En general, ambas cosas vienen juntas.

—No lastima mi orgullo. Soy tan norteamericano como usted si considera a los negros como tales.

—No soy racista, le aseguro.

Saunders continuó con sus aclaraciones.

—Mi madre era bahiana y mi padre un *wasp* de Detroit. Yo me eduqué en Cambridge. Soy ingeniero aeronáutico a cargo de operaciones de Atlántica. Y a mí sí me gusta San Salvador, mucho más que Chicago. También soy piloto, y espero tener con usted una relación lo más profesional posible, ya que comprendo que no está aquí por propia elección.

Kendall lo miró francamente a los ojos.

—Mientras me dé el cuerpo, estaré en el lugar donde se estrelle uno de los aviones equipados con mis cajas. Es mi trabajo y valoro sus desafíos, aunque no siempre las circunstancias, o, como en este caso, el escenario.

Volvió a mirar hacia el camino mientras agregaba:

—San Salvador puede ser muy exótica e incluso bella si uno es turista. A mí, en cambio, el clima y el caos me remiten a Saigón, una ciudad que ya ni siquiera se llama así y que, le aseguro, no es un buen recuerdo.

Kendall miró a Saunders y le estiró la mano en gesto conciliador.

—Aun así podemos convivir de manera aceptable mientras dure la investigación.

El rostro del negro se distendió aceptando la tregua. El automóvil se introdujo en el casco urbano de San Salvador.

La puerta del ascensor se abrió en el segundo piso del Hotel da Bahía.

Era un edificio de arquitectura racionalista, remodelado para defender sus estrellas en los nuevos tiempos.

Kendall descendió con el botones. Este se adelantó a abrir la habitación. Al llegar a la puerta, algo llamó la atención del investigador. Al final del pasillo y a contraluz de un ventanal, alcanzó a distinguir la silueta de una mujer. Era morena y sus formas se transparentaban bajo un amplio vestido blanco.

Ella salió un poco del contraluz y Kendall vio con claridad el bello rostro de una mulata joven que lo miraba fijamente. Dentro del cuarto, el mozo de equipaje aguardaba a Kendall, sin entender la razón de su retraso. Ella parecía querer decirle algo. Kendall se decidió a llamar al botones.

—¿Qué es lo que ella dice? —le preguntó al joven, que rápidamente salió del cuarto para averiguar qué llamaba la atención del nuevo huésped.

—¿Qué es lo que dice quién? —indagó el muchacho.

Kendall miró hacia el fondo del pasillo y descubrió que la chica ya no estaba. Irritado, despidió al empleado después de darle una propina.

Ya dentro del cuarto, abrió la ventana y miró en dirección al mar de la bahía.

Un avión era inmenso en un hangar, grande en un aeropuerto e insignificante en la inmensidad del oceáno.

Kendall y Saunders inspeccionaban en helicóptero la amplia zona probable del accidente. Cada tanto veían pasar algún avión de la marina brasileña en busca de restos. Abajo, un guardacostas parecía arar el mar con sus maniobras de rastreo. Llevaban tres días de una rutina tediosa bastante familiar para Kendall, que prefería esas aguas claras en lugar del verde impenetrable de una jungla o el laberinto de una cordillera. El mar solía devolver alguna señal, siempre y cuando los alertas de emergencia se dieran a tiempo.

—Es un Jumbo, no deberían tardar tanto en aparecer los primeros rastros —comentó Saunders.

A los aviones grandes, de fuselaje ancho, se los llamaba Jumbos. El origen del nombre se remontaba a un elefante africano, víctima del cientificismo circense del siglo XIX. Jumbo era el nombre de un paquidermo abisinio de enormes proporciones capturado en el África y llevado a Londres, donde se lo había exhibido como trofeo ejemplar del dominio de la civilización por sobre la naturaleza salvaje. Sus empresarios lo habían trasladado a Norteamérica, donde se pagaba muy bien ese tipo de excentricidades. El destino quiso que Jumbo muriera atropellado por una locomotora en Ontario, muy cerca del circo donde se lo exhibía. La tecnología asesinó a Jumbo en un continente donde también se extinguían los búfalos y los pueblos originarios, dando paso a la civilización del tren y del automóvil. Los captores del animal no renunciaron al negocio y embalsamaron a Jumbo, para exhibirlo junto a una hembra a la que llamaron "su viuda". Un siglo después, muchos Jumbos renacerían como gigantescas máquinas voladoras, pero nunca tan grandes como para encontrarlas fácilmente en una naturaleza propensa a la revancha frente a la soberbia humana.

El piloto hizo un vuelo rasante sobre el agua. Varios puntos plateados resaltaban en el mar.

—Lo tenemos —murmuró Kendall.

—Es raro que haya caído aquí —comentó Saunders.

—¿Por qué?

—Cuando abortaron la entrada al aeropuerto, la torre le pidió que escaparan con rumbo trescientos. El avión cayó con rumbo cero sesenta.

—¿Cuáles eran las condiciones climáticas?

—De eso se trata. El peligro era mayor en el rumbo que tomaron contradiciendo a la torre. Es como si hubieran ido directamente hacia la tormenta eléctrica y sus cortantes de viento.

A Kendall no dejó de sorprenderlo la sinceridad de Saunders. Sabía que más de la mitad de esos episodios eran producto de fallas de quien comanda la nave. Pero muchos de los errores de un aviador tenían que ver con regulaciones de la empresa que lo contrata: exceso de horas de vuelo, reducción de controles y otras perlas solían aparecer en cada

accidente. El negocio del transporte aéreo solía llevarse mal con la seguridad.

—Es probable que no funcionara algún sistema —remató Saunders, reubicándose en una opinión más expectable.

El piloto recibió un mensaje radial. El comando de búsqueda informaba tener novedades. De inmediato la nave torció su rumbo hacia San Salvador.

Volando a baja altura sobre la playa, el paisaje parecía deslizarse rápidamente en sus tres franjas de mar, arena y vegetación, en ese orden, hacia el oeste. Allí, un grupo de pescadores recogía sus redes. Algo llamó la atención de Kendall: una mujer caminaba por la orilla del mar con los pies en el agua. Vestía de blanco y era morena como la que vio en el pasillo del hotel.

8

Kendall y Saunders descendieron del helicóptero en un amarradero de la Armada del Brasil.

En la cubierta de un barco guardacostas, su capitán les mostró las piezas del avión recién recuperadas del mar. Eran partes de la cabina de pasajeros y del ala. Cerca de ellos había unos bultos cubiertos por lonas de plástico. Saunders se acercó y levantó una de las lonas. Para su espanto advirtió el cadáver de un pasajero. Se alejó inmediatamente del lugar.

Kendall continuó su conversación con el capitán.

—El rastreo del sonar aún no detectó el fuselaje principal, o alguna otra pieza grande. No es sencillo hacerlo. Aunque la zona no es profunda, es bastante impreciso el sitio exacto de la caída.

Kendall se detuvo junto a un resto de regular tamaño. Reconoció el dibujo de un dragón de lengua fumígena y cola serpenteante.

Caminó por el muelle del amarradero rumbo al auto. El calor empezaba a pegar fuerte. El agua cercana olía a cloaca, y se parecía más a un caldo de petróleo y basura que al celeste mar de la Bahía de Todos los Santos.

—El océano es mezquino —pensó, mientras comparaba mentalmente los pocos rastros del avión brasileño con otras catástrofes que había debido cubrir. Recordó el caluroso comienzo de la primavera de 1977 en el aeropuerto de Los Rodeos, en Tenerife, en donde dos Jumbos, uno de KLM y otro de PAN AM, habían impactado durante el despegue en el accidente más grave de la historia de la aviación. Quinientos ochenta muertos asemejaron en el lugar un campo de batalla, con el fuego como único vencedor. El olor a carne quemada se impregnaba en la ropa y en el ánimo de los rescatistas. Kendall había llegado allí a menos de veinticuatro horas de la tragedia. Trabajando en un equipo mixto de españoles, holandeses y

norteamericanos, pudieron reconstruir claramente el espanto que se presentaba a sus ojos como un rompecabezas.

La mayoría de las víctimas ni siquiera imaginaba que el riesgo estaba a ras de suelo o a apenas siete metros del terreno, altura que de haber alcanzado uno de los clippers hubiera bastado para evitar el drama. El avión de KLM apresuró su despegue y atropelló al de PAN AM en la pista. El avión holandés acababa de cargar cincuenta mil litros de combustible. Golpeó con sus motores a la otra nave y se desintegró entre llamas a ciento cincuenta metros del impacto.

La investigación posterior llenó centenares de páginas. Varios errores se conjugaron en la tragedia. El aeropuerto de Los Rodeos había sido asignado a los aviones en reemplazo del de Gran Canaria por un atentado sin víctimas en la terminal más grande del archipiélago. Las pistas de Tenerife estaban saturadas y no eran las óptimas para aviones de gran porte. La caja negra de voces develó confusión en las instrucciones de la torre al piloto holandés, quien apresuró su salida ignorando que el Boeing de PAN AM se le interponía en la pista de despegue por haber equivocado la salida indicada. Para peor, había niebla. Los vuelos llevaban horas de retraso, propiciando en los pilotos lo que los expertos llamaban el "síndrome de la prisa". En la cadena de fatalidades, un dato no pasó inadvertido: el día del accidente se casaba en Holanda el hijo del comandante del avión de KLM.

De haberse filmado el episodio en una de las nuevas cajas, Kendall imaginaba que hubiera podido leer en los ojos del infeliz la impaciencia por llegar a horario: "Pasaré, puedo hacerlo, es tiempo, nada sucederá".

Los accidentes aéreos solían presentarse rodeados de un espeso misterio. Allí, en la bodega del guardacostas, había restos de personas que algún día se dijeron: "Jamás me ocurrirá a mí". Sin esa confianza, la navegación aérea comercial era imposible.

"Un buen piloto teme a la muerte como cualquier otro ser humano. Pero deberá estar convencido de que morir volando no es el peor de los finales." Las frases del viejo Aarón solían reaparecer en su memoria en instancias como esa.

Kendall se atrevió a establecer una diferencia entre los pilotos y el pasaje. Nunca hubiera pensado en colocar una cámara en la cabina de pasajeros. Ellos volaban para llegar y esa no era la motivación de ningún aviador, ni siquiera el más mediocre. Los pilotos vuelan para volver.

Las cosas habían cambiado con el atentado de Lockerbie. Allí había caído en 1988, por efecto de un explosivo terrorista, otro Jumbo: un Boeing 747, causando la muerte de todos los pasajeros y de once habitantes de la localidad. Tres años antes había ocurrido un hecho semejante con un vuelo de Air India.

Desde entonces la hipótesis terrorista había pasado a encabezar las primeras sospechas de cualquier tragedia aérea de envergadura. No era tan difícil detectar las huellas de una explosión, ya que solían aparecer rápidamente en los restos recuperados.

Cuando empezó a investigar accidentes, Kendall conoció a uno de los principales especialistas de la Oficina Federal de Aviación. Recordó su pared empapelada de nombres famosos que exhibía con inequívoco orgullo; la lista incluía a Carlos Gardel, Glenn Miller, Saint-Exupéry, Dag Hammarskjold (secretario general de la ONU), Yuri Gagarin (el primer astronauta), Ritchie Valens, el presidente panameño Omar Torrijos, otro paraguayo, dos gobernadores de Estado, cantantes de jazz, de rock y de country, escritores, científicos, deportistas, empresarios exitosos, actores y el equipo completo del club de fútbol del Manchester United de 1958. Para pertenecer a esa insólita lista, el único requisito era haber muerto en un accidente de aviación. Solía escuchar en su oficina música de Glenn Miller, Patsy Cline, Stevie Ray Vaughan u Otis Redding, reminiscencias musicales de fatídicos vuelos.

—¿Ves esta lista? Escuchá esa música. Fijate la clase de personajes que salvamos con nuestro trabajo…

Kendall había rechazado de plano semejante argumento. Al margen de que el tipo estaba un poco loco, no eran las víctimas su motivación. Pensaba que podría hacerse una más numerosa con hijos de puta, o una interminable con infelices que jamás subieron a un avión y terminaron sus días con su bicicleta enroscada al cuello en una bocacalle.

Por otra parte, el miedo a volar no tenía demasiado que ver con la posibilidad real de que un avión se cayera con uno adentro. ¿Qué hubiera sucedido con un piloto de línea si lo hubieran puesto en medio de una tormenta dentro de un *drakkar* vikingo? La hipótesis de Kendall era que aprendería muy rápido a gobernarla. A su parecer, un comandante debía tener bien desarrollado el instinto de autocontrol, que sustentaba el de vuelo.

Solía explicar: "Hace dos siglos, nuestros antepasados tendrían vértigo en un automóvil a cincuenta millas por hora. La razón es la misma que tiene un pasajero de avión asustado. Falta de confianza en una situación cuyos principios más elementales no comprende. Con la cabeza o con el estómago, sus primitivos genes le dicen que no debe estar allí. Pero desde que comenzamos a ser el mono más inteligente, algunos de nuestros antepasados, o quién sabe si los genes aún más viejos de un pterodáctilo volador, tomaron el comando. El resto viaja en la cabina de turista".

—Después de todo, caer en medio de una tormenta tiene algo de la vieja épica —le dijo al capitán del guardacostas mientras observaba la carga de cadáveres en los camiones funerarios. El marino pareció no entender y Kendall le dio la espalda mientras emprendía el regreso al Hotel da Bahía.

Necesitaba con urgencia sentir los efectos reparadores del aire acondicionado, un baño y una cerveza bien fría. No podía sino esperar. Su impaciencia le hizo creer que montándose en un helicóptero iba a tener lo que solo la buena fortuna podía darle: la caja negra y su trofeo de imágenes. Por un momento tuvo la sensación de que iba a ser imposible verlas y que todo el invento era un gran disparate.

Apuró el paso para dejar atrás el agobiante lugar, aun al precio de contener a Saunders. En el camino no pudo evitar un encuentro tan inesperado como repentino: era Barbara Hansen. La cercanía de los restos de la tragedia y el no saber muy bien qué decir forzaron una nueva condolencia de Kendall.

—Lo siento, realmente.

La mujer sonrió, impasible, mientras sacaba un cigarrillo, que

exhibió desafiante:

—No son necesarias las condolencias. Puedo entender que mi esposo sea una pieza más en su investigación.

Encendió el cigarrillo y lanzó una larga bocanada de humo.

—De todos modos —agregó—, podríamos llevarnos de manera aceptable.

—De acuerdo, pero insisto en que me crea que lo siento. Yo también soy piloto. Y mi interés no es solo profesional.

De repente se escuchó a Saunders tocando bocina y Kendall supo el motivo de su prisa.

—Podemos acercarla si desea.

—Le agradezco, ya tengo alquilado un coche.

—Como prefiera, adiós.

Kendall la vio alejarse y alcanzó a sentir algo semejante a una erección. Estaba acostumbrado a autocensurar ese tipo de reacción intempestiva. Por lo demás, había mentido. Lo que buscaba, sí, era otra pieza, o al menos su imagen. La mujer, que apenas se había alejado unos pasos, se dio vuelta y le gritó:

—¡Kendall!

Este se detuvo ya cerca de su auto.

—Quisiera verlo… a mi marido. Sé de la caja negra. Quisiera verlo por última vez.

Kendall no esperaba ese reclamo y debió pensar un instante su respuesta.

—Bueno, aún no la hemos encontrado. Tampoco es seguro que la identifiquemos y en este caso… —movió la cabeza como negando.

La mujer bajó la vista y, sin decir más, se alejó por una calle de acceso a la dársena donde la esperaba su vehículo. Otro auto estaba estacionado cerca. Adentro, un hombre miraba la escena de incógnito. Llevaba gafas negras y auriculares. Acompañaba con el pie el ritmo de una música que solo él escuchaba.

Kendall entró en el auto en donde lo esperaba Saunders, descompuesto y ansioso.

9

En una improvisada conferencia de prensa, un funcionario de la aerolínea Atlántica explicaba su versión del accidente a varios periodistas. Se lo notaba nervioso, aunque parecía haber elaborado sus argumentos dándole al relato un tono técnico y aburrido para quienes buscaban datos más estridentes.

—A las cinco y cuarenta y cinco de la madrugada el vuelo 655 informó que abortaba el aterrizaje por problemas de equipos. La torre de control le indicó como opción de escape un rumbo cero sesenta para quinto nivel. El conferencista tenía cierto estilo marcial y a Kendall le pareció muy probable que el funcionario fuera un aviador militar retirado.

—Por razones que desconocemos, el avión no siguió las instrucciones del controlador de vuelo. Salió de radar en rumbo ciento setenta.

Kendall ya conocía ese dato por boca de Saunders, cuya sinceridad parecía ser política oficial de la aerolínea.

—Ese desvío pudo haber sido el agravante de algún problema técnico, ya que en ese rumbo se detectó una importante cortante de viento.

—¿Podría ser más claro? Soy periodista, no aviadora —interrumpió una mujer con voz gruesa de fumadora. Algunos colegas le festejaron la humorada.

El funcionario parecía estar en apuros. Con un gesto solicitó ayuda a Saunders, que intervino de inmediato.

—Gracias a Dios no es aviadora —comentó el moreno, generando otro festejo en la conferencia, que ya parecía un concurso de *stand-up*, dando de ese modo comienzo a un nuevo tramo de la explicación empresarial del accidente. Saunders señaló con un puntero uno de los gráficos.

—Un *windshear* o cortante es una fuerte corriente de aire descendente. Se forma debajo de un cumulonimbo. Una formación de nubes grandes muy densas —aclaró sonriente—. Pueden tener hasta quince kilómetros de altura y se forman como espirales rotatorias. En su interior y cercanías circulan fuertes vientos verticales, ascendentes y descendentes. Es muy posible que el vuelo siniestrado haya entrado en una de esas trampas del clima. Aunque ignoramos las razones.

—¿Por falla humana? —indagó un reportero.

—Nunca o casi nunca un solo factor causa un accidente aéreo —le respondió Saunders. Kendall advirtió, en el meneo de la cabeza del funcionario de Atlántica, una clara señal de asentimiento.

—La fatalidad es siempre el resultado de una conjunción de factores. Sean mecánicos o climáticos —continuó Saunders.

—O humanos —comentó la del vozarrón.

—Y humanos, por supuesto. Un piloto elude un cúmulo grande como un conductor de auto esquiva un poste. Salvo que el poste sea en realidad un baobab en medio de la ruta.

Kendall imaginó en el comentario la huella de usuales lecturas de Saint-Exúpery y su Principito.

—¿Qué hay del piloto? ¿Es cierto que acababa de divorciarse? —embistió otro cronista en confeso amarillismo.

—El comandante O'Hosin era un excelente profesional —respondió parcamente Saunders.

—¿Qué hacía un piloto norteamericano en una aerolínea brasileña? —disparó otro reportero.

—La profesión de piloto no tiene fronteras. Contamos con pilotos norteamericanos o brasileños en todas las aerolíneas.

—Hay rumores de que tuvo tratamiento psiquiátrico después de su destino en la guerra de Vietnam —reparó otro sin dar tregua.

—No hay constancia de ello en sus antecedentes.

En ese momento Kendall hubiera preferido estar combatiendo en Vietnam y no en este sitio de locos. Alguien lo observó salir del cuarto cuando la conferencia se complicaba. Era el mismo hombre que lo había vigilado en el muelle de la Marina.

Mientras se alejaba del lugar, una pregunta lo devolvió a la

conferencia de prensa. Un periodista con acento francés indagaba a Saunders. El hombre estaba sentado en la primera fila.

—¿Qué hay de la caja negra? ¿Podríamos verla?

Saunders interrogó a Kendall con los ojos. Este, que ya había desandado su camino, respondió con dureza.

—¿Qué quiere decir con verla, míster…?

—Girod, de Internacional News —se presentó—. Se sabe que el vuelo 655 tiene un interesantísimo y novedoso sistema audiovisual y esta sería la primera vez que se haya registrado de tal modo semejante episodio, por llamarlo de alguna manera.

—Lo que pudiera haber registrado esta caja negra o cualquier otra, míster Girod, es material estrictamente confidencial. Y esa es la única manera que quienes investigamos el accidente tenemos para llamarlo.

Girod sonrió falsamente complacido por la respuesta de Kendall. Intercambió una sutil mirada con el misterioso hombre de las gafas negras sentado detrás de él.

10

Cuando Kendall atendió el teléfono de su cuarto, tuvo la sorpresa de oír la voz de Barbara O'Hosin. Advirtió cierta inquietud en ella. La invitó a tomar un café en el casco histórico de la ciudad.

Casas de diseño barroco colonial, de colores vivos y de tejas rojas junto a una iglesia del mismo estilo. Las calles de adoquines tenían subidas y pendientes con veredas bien cuidadas como la pintura de las viviendas. A Barbara se la veía relajada y dispuesta a la confidencia.

—George amaba esta ciudad. Cien veces me describió este lugar y ahora me parece tan poca cosa. Lo que llamaba "la magia de Bahía". Nunca la entendí, menos ahora.

Kendall rechazó las ofertas de un vendedor ambulante que exhibía amuletos hechos con caracoles.

—Muchos de nuestros compatriotas aman el exotismo de estas ciudades, seguramente porque no deben vivir en ellas —reflexionó Kendall.

Barbara lo miró y, como resignada, le dijo:

—George pensaba mudarse aquí para siempre.

Kendall sonrió con algo de comprensiva ironía.

—Imagino su disgusto.

Ella se puso seria.

—No pensaba hacerlo conmigo.

Kendall sentía aumentar su interés. Recordó la pregunta del periodista. La hubiera completado aún más: "¿Qué carajo hacía un norteamericano de Kansas empleándose en una aerolínea de segunda y viviendo en una ciudad como esta?". Sabía que había "gringos" para todo. Pero el tiempo de los hippies era lejano pasado y O'Hosin no era un soldado drogón de los años sesenta, sino un expiloto de combate. Tenía más preguntas que las usuales en torno a la vida de un comandante desaparecido en un accidente cuya investigación recién

empezaba. Al mismo tiempo, caminar por las calles del Pelourinho le transmitía cierta calma y la compañía de Barbara no le disgustaba.

Llegaron hasta las primeras tiendas de una feria de artesanías. En medio de la calle, un grupo de hombres y mujeres bailaban al compás de un ritmo africano. Daban giros, desarticulando al mismo tiempo las partes del cuerpo, el tronco superior del inferior, aquel del cuello y este de la cabeza, en movimientos cada vez más frenéticos. Kendall observaba el espectáculo muy de cerca y con creciente interés. El público, turistas en general, se agolpaba para curiosear y fotografiar. De a poco, Barbara quedó separada de su acompañante.

Kendall caminó lentamente hacia el centro del ritual callejero, hasta que fue rodeado por los bailarines. Para su sorpresa, descubrió que una de las muchachas se parecía a la mulata que había visto en el pasillo del hotel.

La tomó del brazo, como si la conociera. Ella le clavó la mirada y pareció desnudarlo con sus enormes ojos verdes. Sin decir palabra salió de su grupo casi corriendo. Kendall fue detrás de ella, abriéndose paso entre la gente. Barbara siguió toda la escena e intentó con dificultad abrirse camino entre los curiosos y los bailarines. Supuso que Kendall perseguía a alguien que le había robado el reloj o la cartera.

La mulata se introdujo en un pasaje angosto del Pelourinho. Dobló por otra calle un poco más ancha que la anterior, con casas semiderruidas y veredas rotas que constrastaban en su decadencia con la cuidada fachada turística del centro histórico. Allí se detuvo, observando a cierta distancia al piloto, agitado por la persecución. Volvió a mirarlo como si todavía estuviera en el trance de la danza y murmuró algunas palabras incomprensibles. Quedaron frente a frente.

—¿Te conozco? —preguntó Kendall exhausto.

No advirtió que un camión entraba por la estrecha calle a toda velocidad.

—¿Qué decís…? —insistió Kendall.

—Oxum… —murmuró ella, mientras el camión se acercaba. Sonrió y estiró la mano en una actitud que invitaba a Kendall a seguirla.

—Oxum —repitió sonriendo.

Saliendo de su propio trance, Kendall oyó el motor del camión, que estaba a punto de embestirlos. Alcanzó a empujar a la joven a un costado y saltó él mismo antes de ser aplastado. Inevitablemente, su cabeza se golpeó contra un muro de ladrillos. El camión salió escapando por el fondo de la calle.

11

Kendall volvió en sí en la camilla de una guardia de hospital. Lo primero que vio fue el rostro compungido de Saunders.

—Nos asustaste, Kendall.

Miró a su alrededor como preguntándose dónde estaba. Sentía un fuerte dolor de cabeza. Se reclinó en la camilla.

—¿Qué sucedió?

Barbara se acercó mientras Saunders lo ayudaba a sentarse.

—¿No recuerda? —preguntó la mujer. Una enfermera se aproximó con un paño húmedo. Kendall la rechazó.

—¡Deje eso!

La enfermera insistió en atenderlo, pero Kendall saltó de la camilla y se puso de pie.

—Le repito que no es necesario. Ya estoy bien.

—Barbara te encontró en un callejón del Pelourinho y, al parecer, los ladrones escaparon —explicó Saunders mientras lo tomaba de un brazo para ayudarlo.

Kendall miró confundido al negro.

—¿Ladrones? Casi me aplasta un camión. ¿Y la joven?

Aún aturdido, revisó los bolsillos de su pantalón. Saunders le dio su billetera.

—No te falta nada. Todo está en orden. Al menos, de tu cuello para abajo.

—La muchacha negra estaba allí. La misma joven que vi en el hotel —le explicaba Kendall mientras se levantaba con dificultad.

—No puede irse sin una autorización —protestó la enfermera.

Kendall le estiró un billete y, como si sacara una llave maestra, se abrieron las puertas de la guardia. Escuchó a Barbara decirle:

—Estaba solo. No vi a ninguna mujer.

12

En el amanecer del sexto día de la llegada de Kendall a Salvador, un sol rojo se asomó por sobre el mar en la bahía. Un helicóptero volando a baja altura quebró el silencio de un caserío de pescadores. Un anciano negro miró el paso del aparato y enseguida agitó su bastón de caoba amenazándolo como queriendo ahuyentar al intruso de su cielo. Le gritó palabras en la lengua africana de sus antepasados.

Kendall se despertó a la realidad con otra pesadilla: no estaba en la cabina de un DC-10 junto a George O'Hosin, sino en un cuarto del Hotel da Bahía. Un buque de la armada del Brasil activó su sirena y el ruido intenso y agorero llegó hasta la costa fundiéndose con la percusión de una orquesta bahiana, que ponía ritmo a un ritual agonizante. Dentro de un círculo trazado por un centenar de velas que agotaban la última cera de su brillo nocturno, una muchacha negra danzaba con señales de agotamiento y se contorsionaba salpicando con su sudor a otros jóvenes bailarines. La escena se asemejaba a un acto sexual, salvo que los cuerpos no se tocaban. Parecían gozar en la imposibilidad del contacto, hasta que un éxtasis, como un desmayo en cámara lenta, se apoderó de la muchacha.

De haber podido unir alguien la sucesión de hechos e imágenes hubiera descubierto la sincronía de las aspas del helicóptero, el bastón de caoba agitándose hacia el cielo, la mujer y los hombres danzando, el clímax y su ralentada agonía, armonizando todos los movimientos con la sirena del barco y el ritmo de los timbales.

Barbara Hansen no podía dormir. Sentía una excitación indefinible mientras recordaba sin cesar la última noche pasada con su marido, ahora muerto. En el mar la silueta del barco se recortó sobre el cielo rojizo. Su grúa recogió una codiciada pesca: la cola del vuelo 655.

Una hora más tarde, en el puerto, cerca de donde amarraba el guardacostas, Kendall y Saunders se agacharon para eludir las aspas

de un helicóptero de la Armada. Un oficial de la Marina brasileña supervisaba el operativo. Hizo una seña y dos marineros bajaron un baúl metálico, que apoyaron en el pavimento. Los investigadores se quedaron en cuclillas mirando con ansias el bulto, como si cumplieran una promesa ritual. Saunders señaló el baúl.

—La caja. Es tuya, Kendall.

A algunos metros de distancia, mirando la escena en silencio, el norteamericano distinguió a Barbara, en actitud expectante. En cambio, no alcanzó a ver a Girod, el obeso periodista de la conferencia de prensa y a su acompañante, que también observaba la situación desde un auto, a regular distancia de la dársena.

Kendall no esperó más tiempo y abrió el baúl. Sacó un pequeño artefacto de unos cuarenta centímetros. Lo examinó brevemente y lo colocó en una maleta de proporciones, que cerró con una combinación de números.

—Parece estar en orden.

El negro lo miró encogiéndose de hombros:

—¿Cómo sigue?

Kendall esbozó una sonrisa:

—Solo tenemos que mirar.

13

En la oficina de seguridad de la aerolínea, Kendall conectó el disco rígido de la caja negra a una pequeña grabadora de alta definición. Junto a él, Saunders y funcionarios de Atlántica se disponían a observar las imágenes que guardaba el dispositivo. Kendall había armado, en la sala, un pequeño estudio de edición, con un gran monitor, fragmentado en cuatro cuadrantes. Solo tres eran necesarios para las cámaras de la cabina de comando del avión accidentado. Encendió los grabadores y de inmediato activó las imágenes. En los cuadrantes de la pantalla aparecieron sobreimpresos los números sincronizados que indicaban un código de tiempo marcando las horas de registros y sus fracciones en minutos y segundos.

Finalmente, se vieron las imágenes de la cabina y su tripulación: las primeras horas de vuelo pasaron fugaces en cámara rápida, evidenciando la impaciencia del operador por llegar al punto de su máximo interés. Ya tendría oportunidad de analizar los rutinarios diálogos de un vuelo transatlántico. Lo que buscaba era el desenlace. En la pantalla y en sus tres perspectivas, el movimiento de los tripulantes delató una considerable turbulencia. Las voces se escucharon con un tono metálico.

—Tiempo de mierda —comentó el piloto—. Entramos en aproximación final.

George O'Hosin parecía sereno. El copiloto se comunicó con la torre de control de Bahía.

—Salvador de Bahía Torre, Atlántica 655, entramos en aproximación final de pista con turbulencia intensa, lluvia fuerte y sin visibilidad, manteniendo cuarenta grados.

La grabación de la torre era apenas audible.

—Atlántica 655, Bahía Torre, recibido, autorizado para aterrizaje. Pista mojada, visibilidad mil metros, viento del ciento veinte, veinte

nudos con ráfagas de treinta y cinco. Hay reportes de cortantes de viento en la aproximación final. Informe pista a la vista. Diez grados de flaps.

O'Hosin estaba focalizado en los controles mientras el copiloto continuaba con su comunicación. Las indicaciones de flaps referían a los dispositivos móviles situados en la parte inferior trasera de las alas. Kendall podía imaginar cómo se deflectaban en los ángulos indicados por el comandante, cambiando armoniosamente la curvatura del perfil del ala y aumentando su sustentación.

—Diez grados de flaps —indicó O'Hosin.

—Recibido, informaré pista a la vista —comunicó el copiloto mientras ejecutaba la orden.

—Están en problemas. Ya se percibe —comentó Saunders mientras observaba las imágenes. Kendall lo miró de reojo:

—¿No era de esperarse? Igual, hasta el momento, el asesino no aparece. A ese avión no lo tira una tormenta como la que describen.

Con un golpe en el teclado, cubrió la pantalla con un solo plano, el que enfocaba de manera detallada a O'Hosin. Sin esperar comentarios de sus acompañantes Kendall les aclaró:

—Por favor, no nos perdamos lo esencial. Estudiaré oportunamente cada cámara decenas de veces.

O'Hosin siguió con los procedimientos para el descenso.

—Controlá tu marcador. ¿Cómo va el altímetro?

—Cruzando dos mil pies. No me gusta —gruñó el copiloto.

En la pantalla se advirtió un gesto de reprobación de O'Hosin para con su compañero de cabina.

Súbitamente todo parecía sacudirse, producto de una mayor turbulencia.

—¡Mierda! —se escuchó decir al copiloto, cuyo rostro estaba fuera del encuadre elegido por Kendall, que optó por dar prioridad al piloto.

—En el ILS bien el descenso. Bien el rumbo. Sigue el ILS. Tenemos variaciones de la velocidad.

Su actitud revelaba cierta dificultad para descifrar el instrumental por las turbulencias intensificadas.

El lenguaje de cabina era una jerigonza para entendidos. Las siglas

evitaban largas definiciones para definir el sistema de “aproximación a pista por instrumental”, conocido como ILS.

—OK. Haremos el aterrizaje con los tres pilotos automáticos enganchados.

—Tren abajo. Flap veinte.

Kendall imaginó las pesadas ruedas del tren de aterrizaje saliendo del vientre del avión. O’Hosin enumeró las normas de procedimiento al copiloto.

Este replicó con leves movimientos las instrucciones.

—Equipos de aterrizaje instrumental duplicados. Tres pilotos automáticos enganchados.

Conocedor de la operatoria, Kendall alternó con cada uno de los tripulantes la aparición de su imagen en la pantalla. Sabía que en esa primera visión no era posible sacar demasiadas conclusiones. Ya habría tiempo de repetir esas tomas y desmenuzarlas hasta descubrir sus secretos más ocultos.

De pronto sintió un escalofrío cuando se le reveló que esos hombres estaban muertos. La voz de O’Hosin, como desmintiéndolo, le devolvió la concentración en la pantalla.

—Si a doscientos pies no vemos la pista, efectuamos el escape. Mirá afuera —indicó al copiloto.

—Flaps completos. Lista de chequeo de aterrizaje.

Una tercera voz se sumó al diálogo. Era el ingeniero de vuelo, que repetía las normas para el aterrizaje. Kendall percibió claramente una señal de tensión en el rostro de O’Hosin.

—Vamos… —le escuchó decir.

Los monitores mostraban con claridad los sacudones que generaba la creciente turbulencia.

—Cruzamos… mil… mil quinientos pies a descenso. Parece todo OK —informó el copiloto sin convicción.

—Linda tormenta —soltó O’Hosin, en disonancia con su camarada de vuelo.

—Está empeorando… cruzamos mil trescientos en descenso y…

Repentinamente una luz blanca inundó la cabina, seguida por una explosión.

—¡Puta madre, nos dio un rayo! —exclamó el ingeniero de vuelo. Unos gritos provenientes de la cabina de pasajeros se escucharon en la banda sonora. Por vez primera irrumpían en la grabación los otros protagonistas de la tragedia, ausentes en las imágenes. O'Hosin parecía en calma. Kendall esbozó una sonrisa involuntaria. Reconoció al fin, en el impacto del rayo, uno de los posibles factores desencadenantes del accidente.

—Tenías razón, Saunders.

El moreno no parecía muy feliz por su acierto.

La voz de O'Hosin mantenía en vilo a la reducida audiencia de la oficina de seguridad:

—¡Se nos jodió el radar! ¡Rápido, cambie el equipo dos! —reclamó al ingeniero de vuelo.

—También se desconectaron los ILS. ¡Verifique si algún otro equipo está afectado! —dijo casi gritando el copiloto.

O'Hosin realizó una serie de movimientos que Kendall reconoció como intentos de enganchar nuevamente uno de los pilotos automáticos.

—El equipo dos tampcoco funciona. El rayo arruinó la antena —se quejó el copiloto mientras miraba preocupado lo que Kendall suponía era el altímetro—. Cruzamos mil metros. Estamos descendiendo más rápido —advirtió.

—Creo que el motor tres se paró… —gritó O'Hosin—. Avise a la torre que efectuamos un escape por fallas en los equipos.

Con un decidido movimiento activó la palanca de potencia necesaria para el escape, interrumpiendo el plan de aproximación a la pista.

—¡Flap veinte, tren arriba!

El copiloto pareció efectuar las maniobras indicadas por O'Hosin.

Kendall observó una limitación en su sistema: las cámaras no detallaban la exactitud de los procedimientos. Para eso estaba la otra caja, grabadora de los procesos de vuelo.

—Bahía Torre, Atlántica 655 inicia escape con problemas en equipos. Requerimos instrucciones...

—Recibido, rumbo cero sesenta asciende para cincuenta de nivel e

informe tipo de falla.

—Recibido, informaré —agregó el copiloto.

—¡Tenemos sobretemperatura en el motor dos! —advirtió el ingeniero de vuelo mientras se pasaba la mano por la frente transpirada.

—Luz de recalentamiento encendida —confirmó el copiloto.

—Necesitamos esa potencia, estamos perdiendo altura… —dijo O'Hosin con una sorprendente serenidad.

—¿Y cómo no? Estamos en una cortante de viento... —le contestó el copiloto. Que a diferencia de O'Hosin parecía al borde del pánico.

—¡Atento, comandante… estamos perdiendo altura y velocidad! —gritó—. ¡Cruzamos trescientos pies y seguimos descendiendo!

Una chicharra sonó en la cabina. Era la alarma de incendio. La puerta se abrió y entró una azafata. Estaba muy asustada y se sujetaba de los asientos de comando para no caerse. La puerta abierta dejó oír con claridad los gritos del pasaje.

—¡Por Dios! ¿Qué está pasando?

El lamento de la mujer humanizó el diálogo, signado por la rutina de los pilotos. La voz de alerta de cabina repetía:

—*Sink rate, pull up... pull up* —advirtiendo la pérdida de altura.

—¡Volvé a tu sitio! —le ordenó el copiloto a la azafata.

Se escuchó el llanto de la joven, que salió de inmediato del comando.

—¡Incendio en el motor uno! —gritó el ingeniero.

O'Hosin seguía aferrado a los controles. El aumento de potencia había puesto la turbina, ubicada en la parte trasera del DC-10, al límite de su resistencia. Kendall tensó su mano sobre un imaginario comando. Por un instante, sintió que era el piloto de la nave.

Observaba que, dada la emergencia, el procedimiento que se estaba aplicando era el correcto. El avión estaba siendo literalmente succionado por los vientos descendentes y la única chance era recuperar altura aun al tremendo precio de ir perdiendo uno a uno los tres motores. El comandante se enfrentaba a un dilema: colapso de las turbinas o caída vertiginosa por la succión del *windshear*, gigantesco remolino de aire de los cielos. En esas circunstancias, un piloto tenía

que cumplir con las instrucciones de procedimiento preestablecidas en caso de emergencias.

—¡No toque nada! —exigió George O'Hosin al ingeniero refiriéndose a los motores recalentados, temiendo que los desactive.

—¡Espere a recuperar altura!

—¡Ya no entregan potencia! —exclamó el ingeniero.

En la pantalla, el monitor principal reflejó el pánico del copiloto.

—¡Dios!... ¡Se paró!... ¡Estamos girando a la derecha y casi a pérdida! —dijo, exhausto.

Comenzaron a sonar varias alarmas. Una de ellas advertía lo peor:

—*¡Terrain!... ¡Terrain!... ¡Pull up!... ¡Terrain!*

O'Hosin se aferró al comando manual.

—¡Cien pies! —gritó el copiloto—. ¡Veo el agua!

En las pantallas se distinguían nítidamentelos tres rostros. No había, en cambio, cámara alguna que hubiera registrado lo que veían: el mar que se aproximaba.

En el último instante, el comandante O'Hosin pareció descubrir la cámara que lo había estado monitoreando, como si viera a través del lente a los demudados espectadores de su tragedia.

El copiloto se santiguó y murmuró algo en portugués. El ingeniero lanzó un quejido apenas audible. La imagen se desvaneció.

Como un réquiem al vuelo 655, Kendall desactivó la grabación y el salón quedó en silencio. Todos estaban conmovidos por lo que acababan de ver. Kendall guardó los discos con la grabación en su portafolios. Dos técnicos de la Administración Federal de Aviación norteamerciana llegados el día anterior se habían hecho cargo del equipo. Los miró con cierto recelo, como un niño al que le arrebatan su juguete, pero entendía que su intervención no solo era legal, sino imprescindible para que su proyecto diera un salto cualitativo. La nueva caja negra no tenía aún la aprobación de uso obligatorio, conocida como normativa TSO (Technical Standard Order), que de ser emitida por el ente federal, implicaría miles de aviones civiles equipados con el sistema. El resultado devendría en algo más que el orgullo de haber logrado un invento exitoso: millones de dólares en contratos y derechos de patente.

Algunas veces Kendall había temido que su invento no fuera reconocido o, peor aún, que alguien se le anticipara. Cada día más cámaras vigilaban a los ciudadanos con un afán de control superior a los proclamados argumentos de generar mayor seguridad. Pero una cosa era grabar el salón de un banco o un cruce de avenidas, y otra, poner un sistema con capacidad de registrar durante horas las imágenes de una cabina en los vuelos transcontinentales.

Kendall y su socio consideraban anacrónica la voluntad de aferrarse solamente a la grabación de voces y dejar de lado el potencial de las imágenes. Las cajas negras comunes escondían más de lo que mostraban. Permitían asignar, a los habituales diálogos ajenos a la rutina de vuelo, mayor peso del justificado, inculpando muchas veces a los pilotos sobre las causas de un accidente. Casi todas las grabaciones develaban, en el momento crítico del despegue, comentarios sobre la vida de la tripulación, episodios triviales como un partido de fútbol, o intercambio de bromas misóginas con las auxiliares de a bordo. Después de todo, la cabina era la "oficina" de esos tripulantes. Como aviador y experto en seguridad, Kendall sabía que ello jugaba en favor de los más poderosos actores del negocio: las fábricas de aviones, siempre dispuestas a adjudicar a los pilotos la culpa de un accidente. El registro de imágenes de la cabina bien podría invertir las responsabilidades. Lograr un uso limitado de la caja audiovisual era un avance notable, pero faltaba el paso definitivo y solo la Oficina Federal de Aviación podía otorgarlo.

Saunders salió de su estupor.

—Parece cruel, pero has hecho un buen trabajo. De todos modos, esa caja mete miedo.

Kendall apretó con fuerza su maletín.

—Mi caja no tiró al 655, Saunders, pero tal vez ayudará a salvar al 656.

El negro asintió. Por un instante Kendall creyó ver al viejo Aarón, fotógrafo de altura, en el rincón más oscuro de la habitación. Caminó hacia allí y reparó en que Aarón no era otro que un funcionario brasileño de la Aerolínea. Adivinó en este equívoco un homenaje inconsciente a quien había motivado tempranamente su vocación por

las imágenes aéreas.

El viejo Aarón había sido un eficiente fotógrafo aéreo en la Segunda Guerra. Como tal, había aprendido a auscultar los detalles ínfimos de sus registros. Una línea difusa era el canal de desagüe de una planta de armamento. Un rectángulo gris, demasiado prolijo, el simulacro de una fábrica señuelo para malgastar vidas y bombas.

Era, en definitiva, un fotógrafo sabueso que develaba los secretos escondidos en sus fotos.

En noches de insomnio volvía una y otra vez a sus viejas instantáneas. No solo veía con claridad los blancos que antes le escamoteaban sus fotos aéreas; distinguía más allá de la chapa, del mármol e incluso del acero, una muchedumbre doliente que lo acechaba: niños, viejos, mujeres, prisioneros del Este europeo o de la Francia ocupada hacinados en las ciudades alemanas que los aliados bombardeaban día y noche. Veía cómo esos hombres se contraían debajo de su máquina de fotos para escapar, de ser posible, a su ojo delator. Kendall había sido testigo de las crisis que lo asolaban.

Veo rostros... —le decía, ya borracho—... y me señalan, como yo señalé los objetivos al comando estratégico. —Se refería a ciudades blanco como Dresde o Hamburgo, arrasadas a finales de la guerra, previa inteligencia fotográfica de Aarón.

Kendall estaba convencido de que el delírium de Aarón no era más que la expresión senil de un verdadero creador. Su Dresde había sido Vietnam, donde había seguido los pasos de su maestro cumpliendo la misión de fotógrafo táctico. Allí había marcado sus propios blancos. Algunos, de apariencia tan inofensiva como un pantano, o las islas del Mekong y su jungla verde. En definitiva, la decisión no la tomaba el fotógrafo, sino el comando estratégico. La diferencia entre la tarea fotográfica bélica de Kendall y la del viejo Aarón había residido en la perdurabilidad del efecto destructivo. Si sobre Dresde se habían lanzado bombas de demolición y de fósforo, en Vietnam, Laos y Camboya también, pero además habían regado la foresta con el famoso herbicida defoliante conocido como agente naranja. Las bombas que obsesionaban a Aarón mataban con rapidez. Los tanques de rayas naranjas que contenían los productos de las químicas

norteamericanas seguían mutilando niños veinte años después de lanzadas. Solo en Vietnam se calculaban dos millones de criaturas nacidas con deformaciones, sin contar otro medio millón de muertos en el momento del riego venenoso. Si el Dresde de Aarón se decía que había superado en víctimas a Hiroshima, el agente naranja de Indochina había empequeñecido aquellos blancos de la Segunda Guerra Mundial. Kendall no parecía tener secuelas morales de esa faena. Se había desempeñado como fotógrafo, realizando un trabajo escaso de épica para un piloto de combate. La misma lógica que lo liberaba de la culpa de la caída de un avión funcionaba en su conciencia con las fotos de guerra.

—Las guerras hay que ganarlas, o al menos intentarlo. Y nuestras moralinas pacifistas fueron para los vietnamitas más eficaces que los misiles antiaéreos —repetía cuando rememoraba esos años.

En San Salvador de Bahía se compenetró con el valor intrínseco del genio humano. Treinta y cinco años después de acompañar las horas finales de su maestro Aarón, él mismo había puesto su cámara en la altura máxima: la muerte en una cabina de avión. Y en eso sentía que, como los hermanos Wright y su breve vuelo de doce segundos, como Lindbergh cruzando por primera vez el Atlántico o como Armstrong con su pequeña pirueta en la Luna, en materia de proezas aéreas, también había sido el primero.

Cuando se dispuso a salir, aún absorbido por la magnitud de la tarea, una silueta de mujer lo devolvió al instante: era Barbara O'Hosin. Ambos se miraron en silencio.

14

Kendall y Barbara cenaron en el restaurante más europeo que pudieron encontrar en Bahía, un bistró austríaco ambientado al estilo de los años cincuenta. Las salchichas alemanas asadas untadas con mostaza de Dijón y un aceptable chucrut hicieron olvidar a Kendall que estaba en el nordeste del Brasil. Ayudaron también las paredes abarrotadas de fotos del *star system* de Europa y de Hollywood. En dos afiches de viejas películas, los escotes vertiginosos de Rita Hayworth y de Brigitte Bardot competían entre sí. Cerca de ellas, la recatada Grace Kelly prometía "Atrapar al ladrón". El lugar había sido propuesto por la mujer, que, para sorpresa de Kendall, ordenó el pedido al camarero en un fluido portugués.

—Trabajé varios años para la empresa Ford, en San Pablo. Incluso pasé varios meses en esta ciudad. Colaboré en el desarrollo de un estudio de factibilidad sobre la posibilidad de abrir una planta en el nordeste Salvador, en Camaçarí, a treinta millas de San Salvador. El proyecto ya está en marcha, aunque yo ya no trabajo para la Ford. Abrí mi propia consultora de Relaciones Públicas —explicó Barbara, ahondando con creces en las razones de su dominio del portugués. Se la veía locuaz, sin señal alguna de ser la reciente viuda de un piloto.

—¿Aquí conoció a su marido?

—No, me lo presentó en Los Ángeles una amiga azafata. —Hizo una sonrisa más parecida a una mueca cuando agregó:

—Yo fui quien lo trajo por primera vez a Bahía. Él había dejado de trabajar para Eastern y yo le propuse unas románticas vacaciones en este paraíso —dijo, con inequívoca ironía.

Kendall levantó las cejas en un gesto que motivó aún más a Barbara:

—Al parecer, lo convencí más allá de mi propia conveniencia. Y, dadas las circunstancias, la de George.

—Estos sitios son un paraíso solo cuando uno los visita como turista

y por unos pocos días, alojándose en un hotel con servicio completo que incluya playa privada —comentó Kendall mientras recordaba algunas vacaciones en Tailandia.

La tensión preliminar de ambos comensales se diluyó con dos botellas de vino Riessling.

—Un excelente *Grand Cru* del Valle del Rin —lo calificó la viuda.

—Veo que entiende de vinos.

—Más que George, seguramente. Él solo bebía "jugos de cereales", Borbon o cerveza. Pero no investigué por ese lado, no era alcohólico.

Kendall bebió de su copa.

—Muy buena elección. A los pilotos suele faltarnos cultura gourmet, en especial cuando nos tomamos la profesión demasiado en serio.

—Él se la tomó demasiado en serio ¿no cree? Voló demasiado alto, como Ícaro.

—Tenía mejores alas, pero no suele ser suficiente. Créame que hizo lo que pudo.

—¿Usted ya lo sabe, verdad? —indagó ella con una mirada que Kendall percibió bastante maliciosa. Prefirió no responder.

Después de la cena, dieron unas vueltas en auto. Manejaba Barbara. Al final, ella lo detuvo en el estacionamiento vacío de un balneario. Era una noche de claro de luna, que se reflejaba sobre el mar. La mujer detectó cierta inquietud en Kendall.

—No tema, estamos protegidos —le dijo, mientras extraía una pistola Glock de su cartera—. También es austríaca, como el bistró. Y como mi padre. Él me enseñó a disparar. "Imprescindible para una buena chica que ame la libertad", me explicaba. —Guardó el arma.

—Esperemos no necesitarla —fue el breve comentario de Kendall.

Kendall desentonaba en el tamaño de un vehículo poco apropiado para un norteamericano de un metro ochenta y cinco. Su paciencia había aumentado con la recuperación de la caja negra. Una sensación de tranquilidad lo embargaba y estaba dispuesto incluso a contener a esa mujer. Después de todo, el piloto filmado había llegado hasta su red con una historia previa. Tenía la pieza principal del rompecabezas, pero apenas había empezado a armarlo. Acababa de ver a un colega llegar al final con dignidad, aun cuando las claves que le brindaba el

video eran muy pocas. Lo extraordinario no ocurría con facilidad, sobre todo en la cabina de un clipper, donde las normas inculcadas en horas de entrenamiento y accidentes simulados habían permitido una vez más que un comandante llegara a la muerte recitando el libro de procedimientos para una emergencia. Había obtenido bastante más de lo que usualmente aportaba una grabadora de voces, pero ignoraba sobre O'Hosin casi todo.

Recordó que estaba con la mujer del piloto en cuestión, experta en tiro y tal vez hija de uno de esos refugiados austríacos del nazismo. La idea lo atrajo sobremanera.

—Después de todo, es la mujer de un piloto, y norteamericana —pensó sin poder evitar mirar a través de su blusa liviana y apreciar sus formas, que ofrecían una versión más real que los afiches del restaurante.

Fue entonces cuando ella comenzó a hablar de su marido y de la muerte.

—Siempre quiso lograrlo… —encendió un cigarrillo— ser eterno. Y lo será, en Bahía, con los peces y las algas. Es estúpido e injusto.

—Los pilotos tenemos una suerte de superstición. Consiste en creer que un aviador sabe cuándo será su hora. Tengo confirmada la mitad de esa hipótesis.

—No se lo nota medio muerto.

—Tuve dos accidentes, sin contar los tropiezos del aprendizaje juvenil. Y en ambos supe que viviría. Estoy seguro de que su marido comprendió lo que le esperaba… —Miró a la mujer y reafirmó:

—Sí, él entendió en algún momento que no lo lograría. En un avión que cae, el tiempo es diferente.

—¿Diferente?

—El tiempo de un avión en emergencia suele ser para un piloto más laxo, como si todo ocurriera en cámara lenta. La mente se adecua a lo vertiginoso y lo compensa modificando su percepción.

Barbara le dirigió una enigmática mirada. Kendall prosiguió:

—De alguna manera, en un vuelo, un piloto suele sentir que maneja su destino con más intensidad que en la vida real. Estar encapsulado a treinta mil pies justifica en parte esa idea.

—Tal vez allí encontró lo que buscó siempre —comentó Barbara señalando el mar, mientras con la otra mano abría la guantera del auto. Sacó una petaca de licor. Bebió y abandonó el vehículo.

Kendall la perdió de vista, dudó un instante y al final decidió seguirla. Observó que solo había llegado hasta el guardabarros trasero del auto. Barbara le convidó un trago, que él reconoció como un buen whisky añejado.

—Supongo que merece que brindemos por su memoria con su trago predilecto, a pesar de todo...

La expresión final de Barbara le disparó a Kendall un interrogante, que dejó pasar. La luz lunar resaltaba la armoniosa silueta de la mujer y sus piernas largas debajo de su pollera, tan ligera como su blusa. Sintió otra vez un intenso deseo sin culpa. Después de su derribo en Tonkín, Kendall había tenido una irrefrenable actividad sexual. Las imágenes del vuelo 655 habían disparado sus propios mecanismos y esa atracción creciente hacia la viuda de O'Hosin le parecía tan natural como inapropiada para su rol de investigador. Ella continuó con sus confesiones:

—Antes de venir aquí, me pidió el divorcio. Lo hizo con calma, con convicción. Sin compasión. Me dijo que iba a vivir en Brasil, aquí en Bahía. Yo quise acompañarlo, salvar nuestro matrimonio…

Bebió otro trago.

—Él fue demasiado sincero: "Hay otra mujer. Sos inteligente Barbara. Tenés que aceptarlo".

Miró a Kendall y agregó con cierta ironía:

—Y yo soy inteligente. Barbara Hansen lo ha sido siempre, para entender a un tipo que lo único que quería era eso...

Las nubes ocultaron la luna transformando la playa de estacionamiento en un lugar oscuro. El mar apenas se distinguía, aunque resonaba la rutina de sus rompientes.

—...ser eterno en Bahía —completó.

Se dio vuelta y miró a Kendall como descubriéndolo a su lado por primera vez. Lo tomó con fuerza de la nuca y, acercando su cara, lo

besó con la lengua.

Casi a la salida del playón, la oscuridad ocultaba un automóvil desde el cual dos hombres acechaban a la pareja. Vieron cómo los dos cuerpos se enredaron y se deslizaron con rapidez dentro del vehículo.

Kendall reclinó su asiento y lo hizo retroceder todo lo que el mecanismo permitía. Barbara subió su falda y se montó sobre él.

Ella todavía estaba gozando cuando Kendall empezó a tener reparos sobre lo que estaba haciendo. Su distanciamiento fue tan rápido como el clímax, y le permitió escuchar una música rítmica y lejana que llegaba desde muy abajo en la playa.

La batucada acompañaba un ritual en el que una mulata bailaba semidesnuda sobre la arena. Un viejo moreno degolló una gallina y salpicó a la muchacha con la sangre. Los músicos aumentaron la intensidad de su ritmo mientras ella, manchada de sangre y en trance, se introdujo en el agua salitrosa y espesa de una pequeña marisma. De estar allí, Kendall hubiera reconocido a la joven que había visto en el pasillo del hotel y en el callejón del Pelourinho.

Era una noche clarísima de luna llena. Cerca del ritual, un grupo de pescadores recogía sus redes. Uno de ellos distinguió algo extraño entre los peces y las algas de su trasmallo. Lo examinó con curiosidad. Parecía una gorra militar, deshilachada, de visera negra y tela azul marino. Se la colocó y bromeó con una parodia marcial mientras los otros pescadores festejaban la payasada.

15

Al día siguiente, Kendall se despertó de pésimo humor. Tenía una resaca amplificada por la experiencia con Barbara y por el creciente desarraigo que le producía esa ciudad. Reconoció el familiar síntoma de otros viajes con estadías de final indefinido. Estaba pasando por la etapa crítica, de "cambio de aire", hasta que pudiera desarrollar anticuerpos perfeccionando su sistema de aislación. En las épocas de piloto, su "territorio" era la cabina de un avión. En los últimos años había perdido esa patria voladora en la que el techo de las nubes era el suelo. En San Salvador de Bahía se veía involucrado más de lo habitual. Por lo general, había tenido amoríos circunstanciales e incluso noches con prostitutas del catálogo de hoteles cinco estrellas. Tener sexo con la mujer de un piloto muerto en el avión que investigaba era imprudente. En cuanto al país, siempre le había costado más adaptarse a sitios ubicados al sur del Río Grande o más allá de Europa. Claro que los aviones no elegían dónde caer y él debía ir a recoger los pedazos.

En las ciudades más indeseadas, Kendall había desarrollado una peculiar habilidad para desenvolverse, construyendo la fantasía de no haber abandonado su país de origen. Lo lograba gracias a que los hoteles de lujo y las oficinas de grandes empresas se parecían en todas partes. Las multinacionales habían construido su propio imperio con foros de cristal y acrópolis bien acondicionadas. De ese modo, caminando por el sendero adecuado, El Cairo, Bangkok, Panamá o Dallas se asemejaban. Hasta su llegada a Bahía no había fracasado en su sistema de aislación. La burbuja, se reprochó, hacía agua al dejarse enredar por una bella norteamericana.

En la cafetería del hotel, Saunders vio llegar a su "medio" compatriota. Reconoció de inmediato su mal humor.

—Buenos días. ¿Te encargo una transfusión? —lo provocó.

—Detesto el calor —sintetizó Kendall, para no mencionar todo lo demás.

Bebió un sorbo del jugo helado del desayuno, que por alguna razón llamaban desayuno "americano" cuando era en realidad un despliegue gastronómico que combinaba frutos locales inverosímiles con guiso de charque y *croissants* tan franceses como un coco. En una mesa cercana, un hombre pequeño de traje blanco lo miraba con insistencia. Saunders había llevado al hotel los documentos necesarios para un desayuno de trabajo.

—Tu caja confirmó casi todas las suposiciones que teníamos sobre el accidente. Nuestro informe va a ser el más completo en la historia de las catástrofes aéreas desde el incendio de Hindenburg.

Saunders hacía referencia al primer gran accidente aéreo filmado en la historia. El Hindenburg era un dirigible alemán de pasajeros alcanzado por un rayo en 1937 en Nueva Jersey. Era para esa época el único sistema viable para el transporte transatlántico por aire de pasajeros y el orgullo de la ingeniería nazi. Repleto de doscientos mil metros cúbicos de hidrógeno (gas más liviano que el aire), cantidad necesaria para inflar su esfera de duraluminio, el fuego acabó con la imponente nave plateada en menos de un minuto causando la muerte de treinta y seis personas, un tercio del pasaje y de la tripulación.

Kendall negó con la cabeza. A su parecer la filmación del incendio del Zeppelin Hindenburg no había sido necesaria para develar la causa de la catástrofe, debida a las cargas electrostáticas de la atmósfera. Como en el caso del Titanic, hundido por un iceberg, la conclusión era que el mayor peligro para un pasajero seguía viniendo de la naturaleza, en especial de su producto más sofisticado, el hombre, con su inevitable falibilidad.

Esta sucesión de imágenes catastróficas le confirmaban que estaba realmente en un mal día.

—Tal vez un buen café... —se dijo, pero comprobó que en Brasil lo servían demasiado cargado. Se dispuso a refutar a Saunders con el tema del famoso dirigible.

—En el Zeppelin alemán, la cámara estaba afuera y muy lejos, a pesar de que el "bebé" medía más de doscientos metros. Nunca antes

había existido un artefacto tan grande y obsoleto. Era como un gran perezoso volador que andaba a cien millas por hora, con una canasta debajo, llena de dandis que solo volaban para contarlo en un futuro *vernissage*. Por cada pasajero había dos tripulantes, en especial mozos de servicio. ¿Te imaginás un Jumbo con dos azafatas por pasajero? La filmación fue de inmediato para las noticias que entonces se pasaban en el cine. No aportó a las conclusiones, ni mostró la cara del capitán del Hindenburg, que debía de ser un nazi fanfarrón. Lo nuestro es un trabajo más completo y...

—De todos modos, tu invento no es indiferente al mundo —dijo Saunders, señalando al mirón de la otra mesa.

—En especial a cierta prensa —agregó.

—¿De qué estás hablando?

—El caballero que mira hacia aquí, el del traje blanco, daría una buena suma por tu video, Kendall. Parece ser que filmaste un gran evento y vale mucho.

—¿Qué estás diciendo? Es repugnante... —se indignó.

—No te la tomes conmigo, yo no inventé el periodismo ni la televisión. A mí ya me contactó, y me negué a darle información. Pero parece dispuesto a ir por más.

Kendall se levantó y caminó hasta el hombre, con poca predisposición a la diplomacia. Sin embargo, algo lo detuvo: junto a la conserjería estaba la mulata que había visto en el pasillo y en la plaza del Pelourinho. Ella hablaba con un empleado cuando descubrió a Kendall.

El supuesto periodista se había puesto de pie y a la defensiva, aguardando la embestida del norteamericano. Metió una mano dentro del saco, como en guardia. Saunders, que había saltado de su silla detrás de Kendall, intervino: —¿Qué va a hacer? —sujetó con fuerza el brazo del hombre.

El tipo miró confundido a Kendall, que ya se estaba alejando rumbo al mostrador de la conserjería, donde estaba la misteriosa mulata.

El periodista acomodó su chaqeta y lentamente sacó una tarjeta personal de su bolsillo. Se la entregó a Saunders.

—Quería conversar con míster Kendall —dijo vacilante. Saunders

comprobó que transpiraba profusamente y de cerca su rostro se veía realmente desagradable. Llevaba el pelo largo y grasoso sobre la nuca, compensando con parte de su cabello su avanzada calvicie, con un forzado peinado que desafiaba el viento. Tenía un ojo cerrado y una mueca irreversible en los labios, como si hubiera padecido algún episodio cerebrovascular. No obstante, sus brazos eran gruesos y en sus manos se destacaban unos nudillos más apropiados para un boxeador que para un taquígrafo de prensa. Saunders lo palmeó con familiaridad.

—Bien, pero va a tener que esperar a que el señor Kendall se desocupe.

Viendo con quien estaba Kendall, se apuró a contestar:

—No, no, prefiero… yo lo llamaré. —Y se fue.

Kendall llegó a hasta la joven.

—¿Es usted? —indagó ella. Llevaba un colorido pañuelo de seda alrededor del cuello. A él le sorprendió el tono grave de su voz.

Su tupida melena de bucles negros, junto con la piel morena, resaltaban la presencia de sus ojos claros. Vestía de un modo que acentuaba su silueta, con un toque local en un collar de perlas y coral blanco.

Kendall le ofreció la mano. Olió fascinado su perfume, una fragancia intensa y vegetal, levemente avainillada, muy distinta de los aromas sintéticos de los escaparates del Duty Free. Las notas afrodisíacas le acercaron un recuerdo fugaz que no pudo aferrar. Solo le quedó un resabio de inexplicable angustia cuando volvió a escuchar la voz metálica de la joven.

—Soy Carmen Osuna. Disculpe que me presente así, sin avisarle, pero necesito hablarle.

Kendall no reparó en que aún retenía la mano de la mulata.

—Ya nos hemos visto antes. Aunque en circunstancias poco usuales.

Ella no hizo ningún comentario en relación con esas circunstancias. Deslizó suavemente su mano presa cuando vio a Saunders acercarse a ellos.

—Disfrutá tu sábado. Y gracias, señorita, en nombre de la prensa amarilla. Ella pareció ignorarlo.

Kendall tomó del brazo a Saunders.

—Pensé que íbamos a trabajar.

—Llamame. Podemos hacerlo mañana. No voy a misa —dijo sonriendo, y se fue.

—Disculpe, no quise interrumpir su tarea.

—En qué puedo ayudarla.

La joven tardó en responder. Miró a los costados como si estuviera a punto de revelar un secreto. Al fin se decidió.

—Quisiera verlo. A George. George O'Hosin. —Pronunció el nombre con acento brasileño e inequívoca familiaridad. —Sé que está en las imágenes que usted tiene. Solo le pido que me las muestre.

—¿Verlo? ¿Cómo sabe?

—George me lo contó.

—Disculpe, pero no sé quién es usted ni qué relación tuvo con O'Hosin.

—Es mi marido.

—¿Marido? Su esposa, por lo que sé, es norteamericana y está aquí en San Salvador.

—Ella era su mujer. Tal vez no debí decir "marido". Es mi hombre.

—Sea lo que fuere, señorita o señora...

—Osuna, Carmen Osuna.

—Carmen, es imposible. Tiene que entender que es material confidencial, no un álbum de fotos —dijo con un tono de esforzada paciencia.

—Tengo derecho. Soy su mujer.

Kendall sonrió con ironía.

—Todo el mundo quiere ver esa caja negra o está casado con George O'Hosin.

—Yo soy su verdadera mujer. Puedo probarlo.

Kendall notó que, a pesar de su voz que acrecentaba su solvente actitud, Carmen era casi una adolescente. Tal vez no tenía dieciocho años cumplidos.

—Le aseguro que es justo mi reclamo, señor Kendall. Insisto en que puedo probar mis derechos.

Kendall la interrumpió.

—Mire, Carmen, no estamos hablando de una herencia ni de un juicio de divorcio. Ese video no pertenece a George O'Hosin, es un material clasificado.

Ella dejó escapar un breve gesto de furia de sus ojos. Kendall siguió hablando en forma pedagógica pero firme, como honrando la inocencia y en especial la belleza de su interlocutora.

—Espero que puedas entender que se trata de una medida de seguridad. Nadie, excepto los designados por las autoridades, puede mirar ese video, y menos quien no esté involucrado profesionalmente con el hecho.

—Yo estoy involucrada.

—No me refiero a O'Hosin, sino al accidente en el que murieron muchas personas.

La joven le tomó la mano.

—Le suplico. Estoy dispuesta a todo.

Kendall creyó entender lo que "todo" significaba.

Recordó la noche previa con Barbara O'Hosin. ¿En menos de veinticuatro horas otra mujer del piloto se le ofrecía? Se le ocurrió pensar que la agenda telefónica del muerto le hubiera podido asegurar sexo fácil de por vida.

Kendall se imaginó mostrándole la grabación:

—…y este es tu hombre cayendo en el Atlántico. Acá lo vemos activando vanamente la palanca de potencia y ahí su amigo, el ingeniero de vuelo, se caga en los pantalones porque comprende que va a morir.

Todo le parecía absurdo y ella, una desubicada por el dolor que la agobiaba. Pensó que el piloto del vuelo de Atlántica no había dejado solo cadáveres en su paso por Bahía.

—Bueno, no puedo prometerte nada —mintió.

El rostro de la joven se distendió.

—Dejame tu teléfono o algún sitio en donde ubicarte.

En una semana, se dijo, estaría bien lejos del harén del piloto caído.

—Gracias. Sé que es usted sincero y que hará todo lo posible.

Ella anotó su dirección en un pañuelo de hilo blanco. Le dio un fugaz beso en la boca y se fue.

Kendall se quedó mirando sus caderas sublimes y sintió algo de pena por el hombre que jamás volvería a ver lo que él en ese instante, ni percibiría el aroma que escapaba del pañuelo en sus manos, ni todo lo demás que imaginaba se podía experimentar con ella. Se le ocurrió que una muerte pesaba por lo que se perdía al pasar al "otro lado": —Pobre O'Hosin, una tragedia.

Al salir del ascensor rumbo a su habitación, Kendall tropezó con un negro fornido, vestido como empleado de mantenimiento del hotel. El hombre dijo algo como excusándose en su idioma y él le dedicó un *asshole* en el propio.

Cuando entró a su cuarto, descubrió que había sido revuelto. Su valija estaba abierta y sus papeles, esparcidos por el piso. Buscó ansioso su portafolio y sin perder tiempo revisó su interior. Lo arrojó contra la pared al ver que estaba vacío. Se habían llevado las copias que él había hecho de los discos con las imágenes del accidente. Se sentó en la cama apretando los puños y miró hacia la puerta, todavía abierta. Desde el marco lo observaba Barbara. Kendall descubrió que ella exhibía como un trofeo las grabaciones de la caja negra.

—¿Cómo pudiste…?

—Pensaba ponerlas en donde las encontré después de mirarlas. Y, por supuesto, te pido me disculpes. —Miró el cuarto desordenado. —Aunque por lo que veo deberías agradecerme. Los que hicieron esto no creo que pensaran devolverlas.

Kendall arrebató los registros de la mano de Barbara.

—¡Dejá de actuar y de tomarme por imbécil!

—¿No pensarás que soy responsable de este desastre? —comentó la mujer mientras ayudaba a recoger algunas prendas en actitud conciliadora.

Enarboló los discos de manera amenazante:

—Ya habrás comprobado que no es sencillo verlos. Tienen un código de seguridad a prueba de mirones. Además, son copias. Los originales están a buen resguardo, tanto los míos como los de la Administración Federal.

Ella se sentó en la cama y le apoyó la cabeza en el hombro.

—Tengo derecho. Solo quiero una copia —susurró.

Él la miró con recelo. Se puso de pie y tomó el teléfono.

—Quisiera hacer una denuncia. Han querido robarme. Espero...

Colgó mirando a Barbara.

—Si te vas antes de que lleguen, no mencionaré tu participación en este embrollo.

Ella se puso de pie y le dio un beso en el cuello.

—Peter, quiero ser sincera. En esto hay mucho dinero en juego. Más del que imaginás. Y podemos compartirlo.

Kendall la apartó.

—Y yo sospecho que tu esposo es una estrella de televisión, y su viuda, o mejor dicho una de sus viudas, una ambiciosa, a la que no le alcanza con el seguro de vida.

—¿Qué querés decir una de sus viudas? ¡Maldito sea! Él era una basura y no dudó en engañarme con la primera puta que se le cruzó en el camino. ¿Vino a verte? ¿La conocés?

Kendall no respondió.

—¡Quiero ese video! ¡Es lo único que puedo sacarle al muy hijo de puta! ¡Es mi derecho y puedo presionar legalmente!

—¿Quién te lo impide? Vas a tener que litigar contra el Estado norteamericano —respondió Kendall impasible.

—Es mucho dinero, para ambos.

Él la empujó fuera de la habitación.

—Volvé a tu cuarto. Es tu última oportunidad.

Ella alcanzó a meter su pie en la puerta entreabierta.

—¡Me lastimás! —se quejó ante el persistente intento de Kendall de cerrarla.

—No tenés vergüenza —le dijo mientras lograba sacarla de un empujón hacia el pasillo.

—Y vos filmarías a tu madre en el baño. ¡Dejá al menos que ese canalla sirva para algo! —gritó la mujer en vano, en el momento en que el empleado de seguridad llegaba al piso.

16

En las oficinas de la aerolínea, Kendall, acompañado por Saunders, imprimió el archivo enviado por Jones desde Washington.

Con la información obtenida hasta el momento, el norteamericano estableció algunas coordenadas: casi nunca un avión grande se caía por una tormenta, ni siquiera recibiendo el impacto directo de un rayo. Como en casos anteriores, era clave la información registrada en la segunda caja, conocida como "grabadora de vuelo". Tenía entonces los datos de los parámetros electrónicos de su registro enviados a Washington para su evaluación. Kendall sabía que las dos cajas jugaban en equipo: una grababa las voces de cabina, la otra registraba el "sistema nervioso del avión".

En toda investigación era la norma establecer comparaciones con otros accidentes parecidos, como buscando las huellas de un mismo asesino en distintos escenarios de un crimen. Precisamente, el archivo recibido hacía referencia a un caso semejante al del vuelo de Atlántica.

Kendall desplegó los papeles en una mesa de trabajo. Saunders se acercó a la mesa. Eran gráficos con el dibujo lateral de un Boeing 747, el avión más grande de pasajeros hasta ese entonces. Debajo de la página estaban los diagramas de las dos cajas negras.

De ese modo se podían comparar los resultados de las dos cajas, la grabación de las voces de cabina con el registro del sistema electrónico de la nave. Ambas tenían una escala de tiempo que permitía establecer una relación de milésimos de segundos entre lo grabado en las cajas. Detrás de la frialdad de los gráficos se escondía el drama de un accidente real. En el tercer dibujo aparecía sobre el Boeing la inequívoca silueta de un rayo.

Era la primera vez que Saunders veía el boceto de un accidente. Se preguntó si acaso no estaba frente a un ingeniero de la muerte.

—Ese no es nuestro avión —comentó.

—No, claro, es una perla que encontró mi socio. Uno de los cientos de aviones alcanzados por un rayo y, que recuerde, uno de los pocos con un final fatal. La mayoría de las veces no pasa de un susto para el pasaje —explicó mientras exhibía los otros croquis del mismo avión donde se distinguían las consecuencias del impacto del rayo. La imagen mostraba una turbina incendiada y las llamas alcanzando el fuselaje.

Como si mirara una postal navideña, Kendall esbozó una plácida sonrisa.

—Un caso igual al nuestro —comentó Saunders.

—El único parecido hasta ahora es el rayo. Este era un avión iraní que cayó en España en 1976 —explicó Kendall señalando el gráfico que representaba el contorno del relámpago impactando muy cerca de la cabina de comando y una ramificación de su corriente eléctrica que alcanzaba una de las turbinas.

—El rayo prendió el tanque de combustible en el ala izquierda. Pegó cerca de la cabina y fluyó a través del fuselaje para salir por el ala.

Con una lapicera a modo de puntero, siguió sobre la lámina el rastro del fuego.

—Las llamas del ala izquierda se propagaron hacia atrás como si salieran de gigantescos sopletes.

—Eso desprendió la cola —dedujo Saunders.

—Completa, como si el avión fuera un juguete.

—Increíble.

—Casi todos los accidentes lo son. Como resultado de la investigación, la fábrica mejoró el blindaje de los alambres conectados a las bombas de combustible. Desde entonces investigué unos cuantos impactos de rayo semejantes y el sistema de prevención funcionó.

—¿Qué hay del nuestro? —preguntó Saunders.

—Las piezas de fuselaje encontradas no dan señales de fuego. Tu "Dragón" era vegetariano y se desmembró después del impacto con el mar.

Kendall activó una computadora.

—Vení a ver esto.

En la pantalla aparecieron los dos gráficos del dibujo.

—Estos son de nuestro vuelo 655 —aclaró—. El primer gráfico corresponde a una interferencia eléctrica de cuatrocientos ciclos causada por los generadores.

La computadora señaló una variación en la regularidad del gráfico.

—Esta alteración está indicando el paso del rayo por el sistema eléctrico del avión.

Un segundo gráfico apareció en la pantalla de la computadora. Kendall continuó con su explicación.

—Este otro registra el ruido del trueno en nuestro grabador de imágenes y voces de la cabina.

Activó la computadora.

—El primero marca con exactitud el instante del impacto. El segundo, el momento en que se escuchó en la cabina.

En la computadora apareció el perfil tridimensional del avión.

—Todos sabemos que la luz viaja a una velocidad superior al sonido. Estableciendo los milésimos de segundo de diferencia existentes entre la señal eléctrica de la segunda caja y el ruido registrado en la grabadora de sonido podemos descubrir a qué distancia de la cabina de comando impactó el rayo.

Saunders sonrió maravillado. Estaba acostumbrado a revisar turbinas o trenes de aterrizaje y la explicación de Kendall le recordó las de Sherlock Holmes. Aunque en este caso el asesino era la descarga de electrones de una tormenta.

El detective aeronáutico siguió con su argumentación.

—Queda demostrado que el rayo pegó a cuatro pies de la cabina.

La computadora subrayó la conclusión con su dibujo. Sobre el contorno del vuelo 655 aparecía el rayo cayendo cerca de la cabina.

—Ese es un lugar hipotético. Impactó en cualquier punto ubicado a cuatro pies de lo que sería el sarcófago de O'Hosin y su tripulación.

—Curioso… —murmuró Saunders—. Todos sabemos desde niños que primero ves el rayo y luego escuchás el trueno, pero nunca imaginé la aplicación de esa regla para un accidente de avión. ¿Qué sigue?

—Por ahora debemos continuar investigando. Hay muchos

interrogantes en nuestro caso. El avión cayó muy lejos del rumbo que la torre de control indicó para el escape. Tal vez… —murmuró— si en las imágenes hubiera una clave.

Miró su portafolio. Había transferido las grabaciones a un disco que llevaba consigo a todas partes. Los originales ya estaban en manos de su socio en Washington, bien lejos de la prensa sensacionalista y de las viudas del piloto. Recordó el rostro de la joven mulata y se preguntó si acaso no tendría, como Barbara, su propio comprador para el video del accidente. No daba el tipo, aunque sabía que su capacidad deductiva era más exitosa en las catástrofes aéreas que con las mujeres.

—¿Quién puede entenderlas? —pensó.

Imaginó a Carmen Osuna abrazada con Barbara y se vio a sí mismo haciendo el amor con las dos. La fantasía fue tan intensa que alcanzó a sentir el olor de sus cuerpos.

—Una es suficiente —murmuró.

—¿Qué es suficiente? —preguntó Saunders.

Kendall corrigió su lapsus.

—Que es suficiente por hoy, Saunders. Me llevo trabajo al hotel.

El negro lo palmeó amigablemente. Aún se sentía admirado por la pesquisa del investigador.

—Deberías llevarte otra cosa. ¿Qué hay de esa belleza que te hechizó en el hotel?

—¿La conocés? —preguntó Kendall.

—No demasiado.

—¿Y a O'Hosin?

—Compartimos algunos encuentros de rutina en el trabajo. Nada más que eso. Lo usual con los pilotos de la empresa. —Saunders reflexionó un instante—. Me hacés acordar a él, en algunas cosas.

—¿En qué?

—En una oportunidad compartimos un hotel en Recife. Teníamos un par de días de franco y yo le propuse una salida con unas amigas.

Saunders guiñó un ojo y en seguida guardó silencio recordando.

—¿Y qué ocurrió? —se impacientó Kendall.

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Bueno, vos tampoco tenés aquí mucho que contar.

"Me cojo a la mujer de O'Hosin, podría hacerlo también con su amante y voy por más. Cuidá a tu hermana…", hubiera podido decirle, pero se contuvo.

—Se quedó en el hotel —continuó Saunders—. Cuando le propuse la cita me gruñó algo así como que prefería estar en una emergencia a treinta mil pies que en una calle de esa ciudad o cualquier otra de este país.

Kendall quedó sorprendido con la anécdota, tan contradictoria con las decisiones posteriores del piloto.

—Dijo algo más… —comentó Saunders y volvió a callar, para irritación de Kendall, como si se guardara un inconfesable secreto.

—¿Qué más?

—Que esa ciudad, se refería a Recife, le recordaba a Saigón. Por supuesto que ni bien llegaste a Bahía me recordaste a O'Hosin.

Kendall se inquietó. No era nada agradable parecerse a un muerto.

—Espero tener mejor suerte —logró decir.

El negro dejó ver su mejor sonrisa.

—La vas a tener. Sobre todo si seguís los pasos de O'Hosin con esa diosa negra.

—¿Salía con ella?

—Eso parece. Hace más de un año me contó una azafata que iniciaron un romance. Y a partir de ahí, el hombre comenzó a valorar algunas virtudes de San Salvador de Bahía.

—Ella es muy joven.

—No tanto como parece. Mis hermanas de color tienen el don de una juventud indeleble. O'Hosin no violó la ley, al menos no con ella.

—Creo que va a haber una disputa por el seguro de vida de O'Hosin.

Saunders frunció el ceño: —Me temo que esa disputa va a ser complicada.

—¿A qué te referís?

—La Atlántica tenía vencidos sus seguros. No es un secreto que la aerolínea está en problemas, por no decir en quiebra.

—Alguien deberá pagar si fallaron los controles oficiales…

—Sí, pero de cualquier forma va a ser un largo trámite.

—¿Lo sabe Barbara O'Hosin?

—Por lo que sé, fue lo primero que se ocupó de averiguar. Esa mujer es un témpano.

17

Ser testigo de los últimos instantes en la vida de un hombre producía una sensación de irrealidad. Cada vez que activaba el rebobinado de la grabadora, las siluetas repetían un ritual que después de tantas revisiones ya le era familiar en sus más mínimos detalles. Kendall había observado la escena decenas de veces y analizado cada gesto de la tripulación, en especial del piloto, deteniendo siempre las imágenes en el final, como si se pudiera congelar ese instante y evitar lo inevitable. Pretendía encontrar alguna clave que justificara la variación del rumbo del avión.

No obstante, su profesionalismo no impedía cierta conmoción. La identificación con O'Hosin y su trágico destino se volvía una sobrecarga para la tarea. Se imaginaba a sí mismo en ese trance. ¿Cómo habría reaccionado? En un caso así, lo sabía, el miedo se volvía tan abrumador como inconveniente, obstaculizando las decisiones adecuadas. Le apasionaba la etología tanto como la aviónica. De su estudio había aprendido que el Homo sapiens carga con un diseño en el que convive un primitivo cerebro reptiliano con una mente que es el pináculo de la evolución animal. El peligro activa las alarmas más atávicas y estas se disparan en múltiples síntomas: una vorágine que combina aumento de la presión arterial, sudoración, hiperactividad neurológica. El corazón se prepara para la carrera y para llevar el oxígeno necesario a las células. La respiración se agita produciendo hiperventilación, el sudor hace al cuerpo humano resbaladizo e inasible, el sistema nervioso se acelera para tomar con rapidez las elementales decisiones de la defensa. Todo en el organismo se adapta a la vieja necesidad de actuar frente al peligro, pero en este caso no se trataba de la amenaza de una fiera ni de un enemigo en combate, sino de una máquina en medio de una tormenta que no respondía a su comando. No había más probabilidad de salvación que

apelar a la racionalidad y esta, paradójicamente, colapsaba con los recursos que la evolución había brindado al ser humano para sobrevivir. Era normal llegar a tener pánico en el momento final, sudoración, taquicardia, sin descartar pérdida de visión y delirio. El ingeniero de vuelo reflejaba en el video todos esos síntomas. Su quejido era más conmovedor que un grito. Miedo de verdad, angustiante, de quien se sabe sin salida.

Kendall observó en el piloto O'Hosin una reacción bien diferente. Cierta serenidad en su rostro lo inquietaba.

¿Cómo indagar en los complejos mecanismos humanos desatados en un trance semejante? Los simuladores de vuelo no podían convencer al tripulante de un peligro de muerte, y las cámaras de video solo grababan la luz y el sonido que emanaba de esos hombres. Quería atrapar además el alma, como temían muchos salvajes ante el prodigio de su cuerpo retratado en una fotografía. Su sistema captaba sombras, como en la caverna de Platón, tan solo la apariencia de hombres, ocultando lo esencial.

Los rostros de quienes estaban entrenados para el riesgo reflejaban aún menos sus emociones. Kendall se preguntaba si habrían tenido en cuenta la caja negra que los filmaba. O'Hosin pareció mirar hacia el lente en varias oportunidades. ¿Podía sentirse algo parecido al pudor si uno recordaba que estaba siendo filmado en el momento previo a una caída? Tal vez la caja tenía en ello una utilidad secundaria: motivar racionalidad a los tripulantes en casos de emergencia ante la perspectiva de que serían evaluados post mórtem.

A pesar de todas esas reflexiones y de contar con lo que ningún investigador de accidentes había tenido en la historia de la aviación civil, Kendall intuía que solo había examinado una naranja sin poder pelarla. George O'Hosin, el piloto del vuelo 655, no parecía en ese video un hombre en riesgo de morir. Algo lo diferenciaba de sus camaradas. No había perlas de sudor en su frente, ni crispación en su mandíbula, como si no le hubiera preocupado demasiado la situación y hubiera pensado: "Bueno, en fin, tengo que amerizar y luego a casa".

—Negación —dedujo. Se sentía estúpido por no haber sacado esa conclusión antes. O'Hosin no llegó a admitir que iba a morir. Se había

equivocado desde un principio. Los hombres no eran ratones de laboratorio. En esa cabina había tres personas y cada una de ellas activaba su propio mecanismo: uno estaba literalmente muerto de miedo, el otro lloriqueaba como un niño y un tercero simplemente negaba. O'Hosin estaría convencido de que ese no era su momento. Se lo aseguró desde un último estertor de omnipotencia. "Podré con esto". Marchó hacia el mar como quien aterrizaba en algodones, tal vez convencido de que allí abajo lo esperaba para siempre la bellísima Carmen Osuna.

Saunders se acercó para despedirse en el mismo momento en que Kendall consideraba tomar un merecido whisky, que lo ayudara a profundizar sus reflexiones.

—Te dejo con tu show. Para mí es suficiente.

Kendall lo tomó del brazo.

—Hablando de show, decile a tu amigo de la televisión que la próxima vez que desordene mi cuarto lo voy a estrangular con una cinta de video… a él y a su socio.

Saunders pensó un instante antes de responder.

—Mirá, Kendall, yo vendería la grabación y el alma a esa red de televisión. Tu sueldo no dudo que sea mejor que el mío y además mi empleo está a punto de caerse como nuestro avión. Pero digo vender, no robar. Soy de los que van siempre de frente. Por lo demás, esto es Brasil, y en ciertas cosas es muy parecido a Norteamérica: todo está en venta anticipadamente. Esas imágenes no son la excepción a las reglas del libre mercado. Es la noticia del año y valen una fortuna.

El moreno guardó sus papeles en el cajón de su escritorio.

—Esas imágenes no pueden ser usadas para ningún negocio que no sea la seguridad aérea.

—Tus conclusiones no van a variar si el accidente se ve en una cadena de noticias. Tal vez se modifique tu cuenta bancaria y tu carácter podrido.

Kendall, ofendido, le objetó:

—Centenares de pilotos confían en mi sistema. Las tomas de su viaje al infierno no deben ser violadas con la mirada de millones de mediocres televidentes que se distraen con la muerte ajena para

después reírse de su álter ego Homero Simpson…

Kendall volvió la vista a la grabación, que marchaba en sentido inverso al destino de O'Hosin y de su tripulación.

—La televisión ya es una mierda por sí misma. No necesita mostrar a esa tripulación que muere mientras los espectadores mastican sus hamburguesas. Eso no va a suceder —dijo señalando el aparato.

Saunders se despidió con frialdad. Como en el sinfín de la caja negra, la relación había vuelto al punto de partida.

—Linda tormenta… —comentó desde la pantalla O'Hosin.

Kendall congeló la imagen. Reparó que la detención le daba al rostro una apariencia inquietante. Activó una vez más la reproductora.

—Está empeorando, cruzamos mil trescientos pies en descenso —informó una vez más el copiloto.

Kendall aceleró la imagen y llevó la grabación a un punto cercano al desenlace.

—No toque nada, espere recuperar altura.

A partir de ese instante, Kendall conocía de memoria cada párrafo y cada gesto del piloto.

Se levantó y se sirvió el ansiado whisky. La pantalla continuó mostrando las escenas finales del accidente.

—*¡Terrain… terrain…Pull up…terrain!*

—¡Cien pies… veo el agua…! —hasta que la filmación volvió a desvanecerse como prueba del impacto final.

Se sentó y bebió un largo trago sin dejar de mirar la pantalla, como si detrás de su neutra sucesión estuviera la clave de los hechos.

—Un caso más, solo un triste caso más… —murmuró para sí, admitiendo al mismo tiempo que hubiera preferido algo diferente para el debut de su sistema.

De pronto, una imagen de la cabina del vuelo 655 volvió a aparecer en el monitor. Por un instante Kendall creyó haber activado involuntariamente el control remoto, pero enseguida comprendió que estaba viendo algo nuevo, registrado un instante después del impacto sobre el mar. Escenas que inusitadamente se habían escapado a sus muchas revisiones del material. Las tomas mostraban a los tres tripulantes en distintas actitudes, conmocionados por lo que parecía

ser una primera colisión sobre las olas. El copiloto se tomaba la cabeza, el ingeniero se agazapaba como esperando un nuevo y definitivo impacto, y George O'Hosin… sonreía.

Kendall no podía creer lo que veía. La sonrisa aparecía bien marcada en su rostro, algo maliciosa, pero por sobre todo, inaudita en un hombre que se estaba estrellando en el océano. Entonces, la grabación se interrumpió definitivamente.

18

Rebobinó y volvió a reproducir el disco nuevamente. Congeló la imagen y la sonrisa de O'Hosin quedó detenida como gesto incomprensible de quien ya no estaba para explicarlo.

Durante unos minutos, Kendall permaneció en shock en la penumbra de la oficina. "La sonrisa" lo acompañaba inmutable. Analizó los aspectos técnicos. El avión parecía haber rebotado sobre el mar como suelen hacerlo las piedras planas disparadas de manera horizontal y con fuerza sobre el agua. Aturdidos o heridos, los pilotos podrían haber intentado un nuevo y vano despegue con la potencia restante de las turbinas. Pero ¿por qué ese silencio de imagen de casi veinte segundos en la caja negra? Muchos aviones daban varios tumbos sobre la tierra o el agua antes de despedazarse. La cuestión central era que su propio sistema había estado escondiendo su mejor secreto.

Consideró la posibilidad de que el circuito eléctrico fuera afectado por el primer golpe sobre el mar. La caja parecía haber dejado de funcionar varios segundos, hasta retomar su registro en la breve pausa que antecedió al impacto final. Siempre había detenido la cinta en la primera interferencia, excepto cuando hizo las copias que ahora tenía en su poder. Dejó de reprocharse ese error de aficionado solo para visionar, una vez más, la nueva y sorprendente grabación. En la cabina no había daños terminales definitivos. Era probable que el primer impacto hubiera sido cerca del tramo final del fuselaje, con la trompa del avión inclinada hacia arriba. Pero la imagen era contundente: el copiloto parecía aturdido, el ingeniero estaba hecho un ovillo y su cabeza caía entre sus piernas, y O'Hosin, aferrado con fuerza del comando, mirando ostensiblemente la cámara, sonreía.

Kendall intentó razonar. Después de todo, una sonrisa era simplemente una mueca, un acto seguramente involuntario. Los que se

subían a una montaña rusa también sonreían, un hombre asustado bien podía llorar de risa. El primer video de la caja negra de un avión accidentado dejaba ver sus primeras paradojas. Recordó al piloto que había exclamado "¿Qué está ocurriendo?" un segundo antes de estrellarse en los pantanos de Everglade en Florida.

Era una vieja grabación sonora de principios de los setenta. Solo se escuchó su leve duda, casi incrédulo al reparar que había desenganchado involuntariamente el piloto automático mientras controlaba un desperfecto en el indicador de funcionamiento del tren de aterrizaje. El pobre tal vez sonrió en el final, como O'Hosin. Todos hemos visto demasiadas muertes de película. ¿Cómo actuaba verdaderamente un hombre en ese trance? Lo único espectable era el espanto. En todo lo demás, el ser humano es tan imprevisible como para haber intentado hacer volar una máquina más pesada que el aire.

—Es solo una mueca —trató de convencerse—. Una simple sonrisa en un rostro contracturado por lo inevitable. Mira a cámara, sabiendo que lo veremos y valoraremos su integridad ante la muerte. Allí, en ese lente, para él estábamos nosotros y la eternidad.

El teléfono lo sacó de su solitaria reflexión.

—¿Señor Kendall? Supuse que lo encontraría...

El norteamericano reconoció la voz.

—Mire, no es lugar ni momento —se apresuró a aclarar.

—Le suplico, soy Carmen, Carmen Osuna, sé que no me mostrará el video. Solo necesito saber si está —la joven hablaba con calma.

—¿De qué habla?

—La sonrisa. Quiero saber si la vio. Él me lo prometió.

Kendall volvió a mirar incrédulo la imagen congelada del monitor desde donde George O'Hosin seguía sonriendo. Quedó anonadado unos segundos, hasta que el ruido del tono le indicó que había cortado.

—¡Hola!... ¡¿Hola, Carmen?!... —preguntó en vano. Colgó y volvió a mirar hacia la pantalla. La situación entera tenía el tono de una broma de mal gusto. Una conspiración jocosa, como si hubieran querido burlarse de él, un crédulo gringo en ese país imprevisible.

19

El perfume dulzón del pañuelo de hilo blanco le revivió el rostro juvenil. Trató de hacerse entender con el primer taxista disponible en la puerta de la oficina. El chofer mulato devolvió el pañuelo al norteamericano. Con un guiño cómplice le hizo saber que había memorizado la dirección.

—*Tudo bem, tudo bem, Santo Antônio... Santo Antonio Além do Carmo...* —comentó en voz alta para que su voz se impusiera sobre el carraspeo del motor de su auto.

Eran las diez de la noche cuando el vehículo ingresó en el barrio. Aunque alejado de la playa, el viento parecía llevar su aroma salitroso. Se sentía un olor intenso a mar en ese conglomerado de casas viejas pintadas de amarillo, verde, azul o rosa. Ubicado en el corazón de la ciudad antigua, media docena de iglesias marcaban los hitos de un camino tan incierto como la sonrisa de O'Hosin. El camino se hizo ascendente y, por cierto, indescifrable para un hombre acostumbrado a las autopistas de cuatro manos.

Por un momento, Kendall creyó que había atravesado dos veces el mismo sitio. —¿Cómo podía haber tantas iglesias? —se preguntó.

Tomó el hombro del chofer con fuerza y le acercó un billete de cincuenta dólares.

—¡No tengo tiempo que perder! ¡Dejá de pasearme! —le gritó.

Temiendo que no lo entendiera, señaló su reloj con impaciencia.

—¡Vamos, rápido y directo al lugar!

El chofer tomó el billete con velocidad de malabarista y arriesgó una interpretación sobre el motivo de la prisa. Kendall escuchó palabras sueltas como *garota*, *filho da puta*, y vio una mirada codiciosa y falsamente cómplice que lo vigilaba desde el asiento delantero.

En esforzada maniobra, el viejo Fusca aceleró y tomó por un rumbo tan impredecible como ascendente. Kendall anheló que su propina

diera resultado; de lo contrario, tal vez tendría que pelear por su vida en esas calles oscuras tan caprichosas como los desniveles de esa parte de Bahía. En poco tiempo obtuvo la respuesta. Luego de pasar por un enorme edificio blanco con apariencia de prisión o fortaleza, el auto se detuvo junto a una de las casas tradicionales del antiguo San Salvador, de paredes blancas, con dos puertas esmaltadas en colores verde y rosa. El chofer le hizo saber, con una seña ostentosa, que habían llegado. Kendall consultó la anotación en el pañuelo y los números coincidían. Una cerámica empotrada sobre la puerta principal indicaba el número 655. Recién entonces reparó en la coincidencia de la dirección con el número del vuelo siniestrado.

Pagó al taxista y se acercó a la entrada principal. La segunda puerta era de chapa y parecía un agregado tardío a la casa original. No había timbre ni aldaba. Golpeó con el puño varias veces. Nadie contestó, salvo el ladrido de un perro cercano. Insistió vanamente, y decidió entonces acercarse a la puerta lateral que daba a un pasillo sin techo. Se introdujo en él y llegó hasta una tercera entrada que parecía dar a un patio de la casa. Intentó ingresar, pero también permanecía cerrada.

Impaciente, empujó con fuerza hasta que la puerta cedió. Entró al caserón tratando de hacer el menor ruido posible. Atravesó un pequeño patio de antiguas baldosas esmaltadas y encontró una puerta entreabierta. Encendió una luz y descubrió una amplia habitación vacía que dejaba ver recientes huellas de muebles en la pared y el piso. No había polvo ni telarañas, como si el lugar hubiera sido abandonado de prisa.

Ingresó en otra habitación. Allí quedaban algunos muebles viejos de dormitorio. Se acercó a una cómoda y abrió un cajón sin saber exactamente lo que buscaba. Estaba vacío. Enseguida abrió otro y uno más, sin encontrar nada. Revisó también un antiguo ropero esmaltado adornado con un par de querubines en relieve. Un estilo que armonizaba con el barroco colonial de la casa. Del interior se desprendió un fuerte aroma a madera de incienso. También estaba vacío. Al cerrarlo algo cayó de la parte interior de la puerta. Lo levantó con curiosidad como único trofeo de su vana pesquisa: era una

foto de la joven mulata colgada del brazo de O'Hosin en la playa. La guardó en su bolsillo.

Abrió un cajón del ropero y un olor a podredumbre invadió el cuarto. Se apresuró a cerrar el cajón. Volvió a abrirlo intrigado, y encontró los restos putrefactos de una gallina. Otro detalle llamó su atención: debajo del plumaje y la carne hedionda había otra foto. Se tapó la nariz con una mano y se valió de una lapicera barata del hotel que llevaba consigo para apartar los restos. Era la instantánea de una mujer, también en la playa, pero sola. Reconoció el rostro de Barbara Hansen algo más joven. Salió del lugar.

Entró a una habitación sin ventanas y sin luz artificial. Identificó en la penumbra una serie de bocetos y fotos pegados en la pared. No alcanzó a distinguir de qué se trataba. Cerca vio una mesa rústica con velas consumidas y estatuillas de cerámica. Como esperándolo para su uso, encontró una caja de fósforos de madera. Encendió una de las velas y la llevó hasta la pared. Entonces descubrió dibujos de vivos colores formando un collage mural de motivos exóticos. En una poco lograda recreación del cuadro de Rubens, un San Jorge montado en un caballo blanco peleaba contra un dragón.

Junto a la estampa había otra imagen de una mujer negra, vestida con lo que parecía ser un atavío ritual africano. Debajo del San Jorge figuraba una inscripción: Oxossi. Debajo de la mujer otra: Oxum.

Junto al Santo estaba la foto de O'Hosin. Un retrato de cuatro por cuatro de los requeridos para pasaportes lo mostraba con la gorra y el uniforme de comandante. Al lado de la mujer ataviada estaba la foto de Carmen. Kendall siguió con la luz de la vela otras inscripciones y dibujos. Junto al dragón había también una fotografía de Barbara Hansen en lo que parecía ser el álbum familiar más exótico imaginable. Debajo de la esposa de O'Hosin encontró una segunda mujer negra, de apariencia aguerrida y voluptuosa, esgrimiendo una espada de la que brotaba un rayo que impactaba en su propia mano. El dibujo con un arco voltaico de tintes esotéricos tenía, como los otros, una inscripción que lo identificaba: Iansán.

Kendall reparó en la semejanza existente entre los nombres de las ilustraciones y los de los retratados. Oxossi-O'Hosin, Iansán-Hansen,

Oxum-Osuna. Acariciando con el índice la pared llegó hasta la imagen del dragón. Recordó el nombre del avión caído. Volvió a la ilustración de Iansán y observó el rayo cuya recreación parecía completar la cadena de asociaciones entre el mural y el accidente del 655, número además del domicilio en que estaba.

—No se puede creer —se dijo—. Una supersticiosa interpretación armada por alguien que supone que una tormenta tiró el avión. Esa negra o alguien ha inventado esta absurda escenografía. ¿Y la sonrisa?

Sin responderse la pregunta, Kendall se apartó de la pared y fue hasta un pequeño placar de madera empotrado. Abrió y vio los restos descompuestos de un gallo y una foto: la del avión que piloteaba O'Hosin, o un modelo semejante pero con las identificaciones de la aerolínea brasileña. Los gusanos que daban cuenta del ave putrefacta se deslizaban sobre la foto. Asqueado y confundido, abandonó la casa.

20

En las oficinas de la empresa, Kendall relató a Saunders los pormenores de su extraña visita a la casona de Santo Antônio Além do Carmo. Ambos observaban en el video la enigmática sonrisa de O'Hosin.

El norteamericano no había dormido. La cadena de asociaciones del mural encontrado en la dirección que le había dado Carmen Osuna se había prolongado en una cavilación caótica tratando de entender lo sucedido. A la madrugada decidió llamar a Saunders.

El moreno analizó la imagen congelada sin esperar demasiado para dar su diagnóstico.

—Ciertamente, hubo una interrupción del circuito con el primer impacto. Luego volvió la energía unos instantes. Y después: ¡plash!, al agua para siempre.

Kendall se fastidió con los elementales alardes técnicos sobre su propio invento. Esperaba otra respuesta. Saunders vivía en esa ciudad y pensó que bien podía echar algo de luz sobre esas supersticiones y sus coincidencias. Optó, no obstante, por mantener la calma. El investigador estrella de la aviación civil no podía alterarse por un par de fotos y un puñado de gusanos.

—Eso ya lo sé. Además, la caja tiene batería propia. Si no los vimos tragar agua es porque se desintegró el sistema de monitoreo. Toda la cabina puede haberse inundado o estallado con el segundo golpe. Lo que intento explicarme es esa siniestra sonrisa de O'Hosin y las señales en la casa que me indicó la joven, que, para mayor confusión, dice ser su mujer.

Saunders tomó a su interlocutor amigablemente del hombro:

—Peter, han sido muchas emociones en estos días. Tu trabajo principal está hecho. Tenés que ir pensando en volver a tu previsible país antes de que el calor y el desorden de Bahía te arruinen los sesos.

—¿Me tomás por loco? —se indignó Kendall.

Saunders negó con la cabeza. Estaba encantado con la inversión de roles. Kendall padecía la venganza por sus desplantes iniciales.

—En este país, esas brujerías son tan naturales como el "Día de acción de gracias" en el tuyo —argumentó con una solvencia casi humillante.

—No creo que podamos incluir en el informe, un santuario candomblé y sus ritos de magia negra —agregó con ironía.

—¿Candomblé?

—Es la religión afrobrasileña que practica ese tipo de ceremonias. Pero ¿cómo explicárselo a la Administración Federal de Aviación? Pensalo un poco.

Señaló la pantalla de video.

—Sé que son muchas coincidencias. Dragón, los nombres y los restos de rituales. Pero si querés escuchar a alguien que tiene un oído en Washington y otro en San Salvador, hay un mundo que existe cuando realmente creés que existe. Yo tengo anticuerpos. Para mi madre, esas prácticas eran tan naturales como para otros la lectura de la Biblia. Los orixás, las divinidades del candomblé, son para nosotros como Santa Claus. Pero, para vos, esto es un misterio y los misterios enloquecen.

A Kendall le inquietó la idea de estar hablando con alguien que pudiera creer en semejante superstición. ¿O acaso el brasileño intentaba sacarlo de la investigación? Intuyó que Saunders sabía mucho más de lo que admitía.

Kendall le enseñó a Saunders la foto de O'Hosin con Carmen.

—¿Qué hay de nuestro piloto y su sonrisa? —preguntó.

—Él ya había enloquecido —respondió enigmáticamente.

El norteamericano sintió que la vaguedad de Saunders lo confundía tanto como los hechos de la noche anterior.

—Precisamente, ¿y si O'Hosin no hubiera estado totalmente en sus cabales? También cuentan los cables sueltos en la cabeza de un piloto —dijo señalando su propia sien.

Saunders pensó un instante antes de preguntar:

—¿Qué habrías hecho si un avión hubiera desviado su ruta

inexplicablemente para caer cerca del Capitolio y, además, con el piloto noviando con una haitiana del culto vudú?

—Washington no es San Salvador. ¿De qué estás hablando?

—Trato de ayudar. Pregunto qué hubieras hecho en Washington con un caso semejante.

Kendall reconoció que la observación de Saunders era atinada. La sola idea de estar en Washington lo reinstaló en un mundo previsible y lógico.

—Ir a los antecedentes clínicos. Algo que ya hice. El estado psicofísico de O'Hosin era, hasta donde sabemos, normal. Pero igual vería a un experto.

—En cables sueltos —dijo Saunders, tocándose con el índice la cabeza—. ¿Y entonces, por qué no hacerlo aquí también? Además de brujos tenemos psiquiatras, y trabajan para empresas como mi aerolínea. En Brasil también es obligatorio un informe psicofísico periódico de las tripulaciones.

Buscó una tarjeta en su escritorio y se la dio.

El norteamericano leyó: Víctor Goldstein-psiquiatra.

—¿Es europeo?

—Argentino. Además es antropólogo. Un entusiasta de Bahía y sus raíces africanas. ¿Querés una cita con él?

—Hoy mismo, quiero cerrar este caso cuanto antes.

—Entonces tendrás que ir solo. Tengo una reunión con los abogados del seguro. Discutimos la cláusula de la renovación automática. Nuestra última esperanza.

—Podés anticiparles que al avión lo tiró un hechizo —bromeó Kendall más distendido.

—Sí, les encantará. Sugerirán entonces que Dios nos lo pague.

21

El doctor Goldstein no se correspondía con la idea de un judío intelectual. Su tipo era más bien el de un filisteo como Goliat que de la estirpe de David. Había sido muy efusivo al recibir a Kendall, que hubiera preferido un profesional de apariencia más freudiano en lugar de ese hombre con aspecto de veterano olímpico de lucha libre. Su tez enrojecida y propensa al daño solar, junto con una camisa guayabera suelta sobre el pantalón, le daban al psicólogo una apariencia de mercenario de vacaciones en Brasil, bien lejos de la idea expectable de su profesión.

La primera etapa de la conversación giró en torno a vaguedades, como su origen argentino y las razones de su radicación permanente en Bahía.

—Vine de joven, en uno de esos viajes de estudiante, atraído por la lectura de las novelas de Jorge Amado, repletas de una sensualidad ingenua para los tiempos que corren. ¿Lo ha leído? Me enamoré de esta ciudad y de una garota, que era para mí la reencarnación de su Gabriela —Kendall lo miró como si hablara chino.

—Claro, usted seguramente no lo leyó a Amado. Y yo he sido más fiel con San Salvador que con las damas. A poco de recibirme, me mudé al Brasil, donde revalidé mi diploma.

Kendall sabía tan poco del Río de la Plata como de Bahía, y se preguntó si el encuentro podría servirle de algo, o al menos aclararle alguna de sus muchas dudas. Para él mismo, el psicoanálisis era algo así como una superstición neoyorquina, apta para tratamientos de alcohólicos y drogones.

Goldstein trabajaba para la aerolínea y no solo estaba al tanto de aspectos confidenciales de la tripulación, sino también de las circunstancias conocidas por la empresa sobre el accidente. Con cierta discreción, explicó que recordaba haber entrevistado al piloto

desaparecido.

Kendall expuso los aspectos más generales de la relación entre O'Hosin y Carmen Osuna, sin dejar de lado las referencias al extraño mural de la casa abandonada y sus coincidencias.

Goldstein hizo sus primeras consideraciones en un patio cubierto, bien acondicionado, sentado detrás de un escritorio de estructura de caña, como el resto del mobiliario. No había en el lugar ningún diván, propio de un analista. En cambio se destacaba una hamaca colgante de vivos colores. Kendall se preguntó si allí se acomodarían sus pacientes. El clima de esnobismo tropical se reafirmaba en ese ambiente poblado de plantas de enormes hojas, donde además se imponía un fuerte olor a incienso. En una gran pecera sin agua, Kendall distinguió en un macetero una enorme iguana grisácea con una cresta naranja que recorría todo su lomo. Sin mover la cabeza, el lagarto abrió la boca y pareció orientar su mirada hacia él.

—Se dicen muchas cosas sobre el candomblé, como que hacen sacrificios. A Bahía suele llamársela la Roma Negra. Lo cierto es que se trata de una creencia como cualquier otra, con orígenes anteriores al cristianismo y muchas incorporaciones posteriores, encuentros sincréticos entre dioses africanos y santos y no poca influencia musulmana.

No había, según Goldstein, grandes rencores en el candomblé contra el catolicismo, lo que aseguró no era recíproco:

—Mucha gente profesa ambas religiones —explicó el psicólogo.

—Suena como si justificara esa superstición... —comentó el norteamericano, que a esa altura de la charla prefería una opinión más concreta.

Goldstein ignoró su escepticismo.

—Esa superstición, como usted la llama, tiene su origen en los esclavos negros que trajeron sus creencias al Brasil. En especial los yorubas, que venían del África ecuatorial, de la actual Nigeria o Costa de Marfil. Sus dioses se enmascararon con los santos cristianos, como los dioses aztecas o incaicos lo hicieron con la Madre de Cristo en México y Perú. Un Dios es un Dios. Se lo llame Jehová o Inti.

—Tal vez deba consultar a un brujo, no un psiquiatra —dijo,

fastidiado por la tolerancia religiosa del argentino.

La idea no se le esfumó fácilmente de la cabeza, e inluso se interesó cuando Goldstein le mencionó a una deidad conocida.

—El candomblé proviene de culturas que no tenían escritura. No tiene nada parecido a la Biblia o el Corán. Prevalecieron entonces las leyendas, transmitidas de generación en generación por sus sacerdotes, los que llamamos con desprecio occidental brujos o hechiceros. Es una fe politeísta, como casi todas las creencias antiguas. A los dioses se los llama Orixás y, aunque se representan con figura humana, simbolizan energías no muy diferentes de las que en los mitos griegos llevan el nombre de Zeus, Afrodita o Poseidón. En el encuentro forzado de los africanos con el Brasil cristiano, se dio un matrimonio de convivencia y conveniencia entre las partes que aún perdura. Nada distinto de lo que ocurrió en Europa, cuando el cristianismo se apropió de las fechas ancestrales de la Europa primitiva, como el solsticio de invierno para el nacimiento de Cristo o el pino celta para la Navidad. Un ejemplo: Santa Bárbara es la dueña del fuego, se la llama Iansán en el santuario candomblé. Diosa de los vientos. Orgullosa, determinada en sus propósitos y permisiva en el amor...

Kendall no pudo evitar pensar en la viuda de O'Hosin.

—El ser humano, señor Kendall, pareciera buscar simbologías equivalentes para sus viejos temores. Esto hermana a un navegante fenicio con un piloto de jet.

Kendall creyó que por fin el psicoanalista iría al grano. Se equivocaba.

—El candomblé es una creencia sincrética, pero se corresponde con la naturaleza humana y sus zonas más comunes...

—Yo no soy psicólogo, doctor Goldstein, solo investigo un accidente...

Kendall se impacientó —...y, por ello, lo único que me parece pertinente es analizar la posible locura de un piloto, no el "alma humana" en abstracto.

—Y de eso estoy hablando, de su piloto.

Goldstein se puso de pie e hizo sonar una campanilla escondida

entre las hojas carnosas de una de sus plantas tropicales. En pocos segundos llegó una mujer negra, de edad indescifrable, con una bandeja. Sirvió café y también una bebida transparente de una botella sin marca. Goldstein tomó la botella.

—Todas las culturas tienen una bebida alcohólica que define su temperamento. ¿Conoce la cachaza?

Kendall aceptó la invitación enseguida, como temiendo recibir un análisis comparativo con el vodka, el scotch, el sake y sus respectivas raíces culturales.

Mientras hablaba. Goldstein sirvió dos vasos, que venían con rodajas de lima y hielo molido.

—Es poco probable que un hombre con la formación de O'Hosin tuviera un brote de misticismo —comentó Goldstein, desmintiendo las sospechas de su interlocutor. Este lo festejó con un largo trago reconfortante.

—Aunque no lo aseguraría del todo... —continuó—. Como profesional solo saco conclusiones sólidas después de varias sesiones con mi paciente, cosa que en este caso es imposible. —Levantó la copa, mientras revolvía con un palillo de coctel su contenido. —¿No la había probado nunca? La cachaza es un aguardiente de caña fermentada y la caipirinha es el trago más popular de Brasil. Un intento de refrescar el alma con lo que está destinado a quemar el garguero.

El psiquiatra pareció reflexionar sobre su propia metáfora y bebió con deleite.

—¿Qué es lo que piensa, entonces? —indagó Kendall.

—Que mi única manera de ayudarlo, como es habitual en mi oficio, es que usted me diga lo que piensa.

—¿Lo que pienso? —Kendall pareció fastidiado—. Le diré lo que pienso. Tengo a un piloto de línea que sonríe a cámara antes de morir, una muchacha que lo sabía y un montón de asociaciones fonéticas. Lo que me parece probable es que entre todos esos disparates haya alguna relación. Por eso lo vine a ver. Necesito saber qué pudo ocurrir en la cabeza de O'Hosin.

Goldstein soltó un suspiro antes de decir:

—Voy a serle sincero, mi amigo. Yo no creo que una ceremonia candomblé pueda derribar un avión, si es eso lo que vino a preguntarme. Por lo menos, no del modo en que se piensa.

—¿Pero cómo puede entenderse la sonrisa y que la chica lo supiera?

—Desde que vivo aquí, he visto muchas cosas. El ochenta por ciento de la población de Bahía o más cree en los dioses que usted vio en esa casa. De algún modo, esos dioses existen. ¿Ve esta bebida? Es muy agradable, pero media botella puede hacerle ver cosas que ni se imagina. Un ritual candomblé produce un efecto semejante. Lo que en algunos cultos primitivos se veía facilitado por alguna bebida alcohólica en otros lo hacía el hachís, el peyote e incluso el ayuno. En el candomblé el puente con los dioses lo produce el agotamiento. Algo parecido a las danzas de los derviches turcos.

Kendall recordó a Carmen en la calle del Pelourinho. Su mirada era vidriosa, sus movimientos frenéticos al igual que el trance de los otros bailarines.

—El ritual candomblé, como muchos otros de origen remoto, incluye bailar hasta el límite de la resistencia física, lo que lleva a la anoxia.

—Sé de pilotos que padecieron alucinaciones por falta de oxígeno... —comentó Kendall.

—Y ni que hablar de las visiones místicas en monjas de clausura. En mi país, la Argentina, al acto de tener sexo se le suele llamar "verle la cara a Dios", expresión contradictoria. El éxtasis divino ha sido muchas veces producido por la histeria colateral a la represión sexual. Lo mismo ocurre cuando la escasez de oxígeno lleva a la anoxia cerebral. Los que la padecen, después de buscarla en un procedimiento ritual, creen entonces entrar en una dimensión distinta. La altura también produce hipoxia y es probable que no mintieran quienes relataron haber tenido su revelación en las cumbres de las montañas. No es casual que muchas religiones tengan su "Monte Sinaí" o prosperen en las regiones altas, como el Nepal, el Cuzco o el Popocatepetl. Ahora bien, si una azafata o un comisario de vuelo son creyentes y tienen algún ritual cabalístico, por ejemplo, llevar siempre en un viaje un collar de caracoles o una piedra animada a modo de

amuleto, su pérdida u olvido podrían tener alguna consecuencia. Y eso, créame, es tan cierto como inofensivo. Pero no puedo darle un diagnóstico serio en torno a una imagen que no vi y un relato que no escuché.

—¿Por qué dice azafatas o comisarios de vuelo?

—Son los casos más frecuentes que he tratado. Vienen a verme, o deben hacerlo por sugerencia de la empresa cuando están muy alterados. Antes han consultado a un pai, un brujo, pero no quieren perder el empleo y se sientan también en mi sillón.

—Pura sugestión...

—Seguro, pero hay que admitir que la sugestión también enferma e incluso puede matar —la mirada de Goldstein se puso sombría. Su discurso era enigmático. Se sirvió más cachaza sin convidar a su invitado. Kendall le enseñó su vaso vacío.

—Disculpe, soy muy descortés. Me ocurre cuando me involucro con un tema —dijo el argentino mientras le llenaba el vaso.

—¿Ha recibido la consulta de pilotos con crisis místicas?

—No, no tuve casos dignos de mención con pilotos. No creo que se atrevan a consultarme. Se supone que yo debo informar a la empresa. Mi tarea es la de todo analista, detectar lo oculto. Transformar en palabras lo siniestro que se esconde en toda mente humana.

—¿Supone que hay pilotos que siguen esa superstición?

—Es una creencia más, como cualquier otra. Muchos pilotos se hacen la señal de la cruz antes del despegue.

—No me dirá que es lo mismo esa tontería que una ceremonia cristiana.

—Lo es, o que una ceremonia judía... —agregó Goldstein en inequívoca reivindicación—. Tal vez no lo sea para usted. Pero una superstición deja de serlo cuando una parte importante de la sociedad y en especial el Estado la reconoce.

—Pero... ¡brujos y amuletos! —exclamó Kendall.

—Podría decir sacerdotes e íconos, como en otras religiones. El catolicismo creó la Inquisición para quemar tanto brujos como científicos que negaran sus dogmas. Desde mi campo, la ciencia, se debe tener cierta solidaridad con nuestros compañeros de hoguera de

antaño. No voy a explayarme sobre mis antepasados judíos, víctimas preferidas de la Inquisición.

—Sacrificios de animales... —balbuceó Kendall como para sí.

—Ya que los menciona, esa era una tradición milenaria en el antiguo templo de Jerusalén. Se ofrecían corderos al señor para motivar su benevolencia. Y, sin olvidar que Jesús era "paisano" mío, el cristianismo posterior sublimó el viejo canibalismo ritual con la eucaristía: se bebe la sangre de Cristo y se mastica su carne, de manera simbólica, claro. Conocerá además aquello de "cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo". Es indudable que "al de arriba" le encantan los asados, las barbacoas, como ustedes las llaman. No es tan extraño. Mire, para un argentino como yo, la amistad se celebra tirando un costillar de vaca en la parrilla. Nuestros antepasados buscaban de un modo semejante el afecto divino. Somos los mismos de entonces, con otras vestiduras y accesorios.

—Me gustan las barbacoas, pero soy agnóstico. Y aunque no me entusiasman no tengo nada contra las ceremonias de las creencias civilizadas. Pero no es lo mismo masticar una hostia hecha de harina que degollar animales para hacer un daño en un acto de magia negra...

—Bien, si un piloto creyera en esas cosas, no me vendría a ver. Acepto, además, que en ese oficio se suele tener poca predisposición al misticismo. Los aviadores están acostumbrados a confiar en la tecnología y en sus propios recursos, no suelen delegar responsabilidades en fuerzas externas.

—Con excepción de la torre de control.

El analista celebró la ironía de Kendall.

—Es cierto. Me imagino que a la torre de control como a Dios, no se la cuestiona. Claro que, con un accidente así, no debería descartarse ninguna hipótesis. Puede haber siempre situaciones insospechadas —dijo, como guardándose un secreto.

—¿De qué tipo? —se interesó Kendall.

—Sé que O'Hosin combatió en Vietnam.

—Sí, como yo y muchos pilotos que ahora trabajan en aerolíneas privadas. No entiendo qué asociación puede haber entre ese

antecedente y matar gallinas o pinchar retratos.

El psiquiatra se puso de pie. Tomó una pipa de su biblioteca y empezó a cargarla en la primera actitud que lo acercaba a un estereotipo.

—¿Usted es de Texas, verdad? —preguntó de improviso.

—Sí. ¿Pero qué tiene que ver? —respondió Kendall algo sorprendido por el cambio de tema.

Goldstein presionó la carga de la pipa, que casi no se distinguía entre sus enormes manos. Un fuerte aroma a cannabis llegó hasta el norteamericano.

—Entonces tal vez sepa que muchos estados de su país tienen un extraño récord. Son lugares en donde, con cierta periodicidad, hombres con un rifle asesinan a compatriotas en una universidad, un McDonald's o el dormitorio de su casa. En el mejor de los casos, subliman su violencia larvada con una playstation o viendo películas de locos con motosierras persiguiendo chicas del *college*. La saga texana, ¿cómo se llama?...*The Texas chainsaw massacre*... es bastante buena...

Kendall volvió a fastidiarse. Sentía que ese judío sudamericano trataba de menoscabarlo.

—Mire, Goldstein, yo no soy policía ni administro un MacDonald's. Además, estamos en Brasil y, por lo que sé, padece problemas más preocupantes que locos con un rifle...

—En Brasil hay mayor tasa de criminalidad que en Estados Unidos, no lo dudo. Pero es más fácil de explicar. Exclusión, pobreza, hacinamiento en favelas son las fuentes que alimentan el delito. Nada diferente del Bronx. Los asesinatos en el campus de una universidad norteamericana son más complejos para interpretar. Esos criminales suelen parecer tan civilizados como usted y yo. Hasta el día en que algo estalla en su interior y disparan contra todo lo que se mueve a su alrededor. Y es gente que comparte una misma creencia.

—¿A qué se refiere?

—¿Me va a decir que no conoce a la Santísima Trinidad de su cultura?

—Mi país es liberal en materia de creencias religiosas...

—Su país, como gran parte de Occidente, es monoteísta, un solo Dios: el poder y la Trinidad que lo secunda, conformada por las armas, el dinero y los grandes medios de comunicacón.

—Pensé que estábamos hablando de la caída de un avión, no del derrumbe de Occidente.

Goldstein asintió levemente y poniéndose de pie reflexionó:

—A ese avión lo comandaba un piloto norteamericano, no un pai candomblé. A menos que...

—¿En qué piensa...?

—No, solo una hipótesis que, sabrá disculparme, no puedo decírsela, no todavía. Deme un poco de tiempo para elaborarla. Auscultar la mente humana lleva más tiempo que develar un accidente. Y es mucho más complejo aún si esa mente ya no está entre nosotros. Le ruego que me tenga paciencia. A veces mi modo de hablar se demora en asociaciones que parecen arbitrarias...

Kendall bebió un largo trago de cachaza.

—¿No pretenderá que O'Hosin tenía una motivación semejante a la de un loco con un rifle?

—La gente más estructurada es la que más ruido hace al estallar. Un brasileño, en especial en el nordeste, convive con sus temores y sus dioses con más familiaridad que un anglosajón o cualquier occidental europeo con sus propios demonios. El positivismo ha desprotegido al hombre de ciertos viejos enemigos —sentenció, mientras el investigador descubría entre las plantas una estatuilla que hasta ese momento aparentaba ser un adorno más en el abigarrado cuarto. Kendall reconoció en su silueta con ostensibles cuernos a una suerte de demonio local. Para su sorpresa la estatuilla comenzó a moverse. Lo tranquilizó ver que a su lado pasaba la iguana caminando con paciencia de miles de milenios. Se preguntó cómo había salido de la pecera antes de decir:

—Mi caja no muestra más estallido que la sonrisa de ese hombre.

El psicólogo estaba abocado a mejorar el encendido de su pipa.

—¿Y qué es lo que usted cree?... De esa sonrisa, quiero decir...

El humo de la pipa envolvió a Kendall, quien sintió un fuerte *déjà vu* de sus días de estudiante en Austin. Recordó a una muchacha rubia,

desnuda en el asiento trasero de su auto. Su rostro se le mezcló con el de Barbara O'Hosin. Frente a él, el psicoanalista argentino sonreía de un modo que le recordó a la imagen de la caja negra.

22

Bastante decepcionado, Kendall emprendió el regreso al hotel en un vehículo de la aerolínea. Le inquietaba sentir que nunca se había involucrado tanto en un caso. Imaginó a las azafatas y los comisarios de vuelo visitando a Goldstein para contarle que habían sido víctimas de un embrujo. Miró por la ventanilla a los transeúntes, que, de acuerdo con lo dicho por el psiquiatra, practicaban en su gran mayoría esa suerte de vudú brasileño.

El chofer manejaba en silencio y Kendall creyó advertir su discreta mirada por el espejo retrovisor. Tal vez él también era devoto de dioses africanos en esa delirante ciudad.

—Una azafata visitando un analista —se dijo—. Tal vez yo debería consultar un brujo —se le ocurrió de pronto.

La idea lo entusiasmó. Indicó al chofer el nuevo destino.

Descubrió en el camino el mismo número de iglesias que había visto desde el taxi la noche anterior y comprendió que había dilapidado sus cincuenta dólares.

¿Cómo podía diferenciar esos edificios coloniales? Tenían tantos colores como ornatos y santos, desplegados en un barroquismo tercermundista que lo irritaba tanto como la ciudad. Recordó la capilla católica que frecuentaba con su madre en su niñez: un templo modesto, con pocas imágenes. En el tedio de la misa, Kendall ignoraba los sermones, e imaginaba que la nave de esa capilla rural era un avión de transporte militar y que el pasaje estaba pronto a saltar por el fondo del aparato sobre campo enemigo. El cura era, en su alucinación infantil, un hábil piloto que proponía llegar al Paraíso superando en el viaje las turbulencias del pecado. Kendall solía jugar con los crucifijos imaginando que eran aeroplanos. La fantasía le costó más de una reprimenda de su madre, quien le advertía sobre el riesgo de un aterrizaje de emergencia en el infierno.

Recordaba con intensidad sus primeras experiencias aeromísticas, cuando volvió a encontrarse con la mirada del chofer en el espejo retrovisor.

—¿Le gusta nuestra arquitectura religiosa? —indagó el brasileño con algo de orgullo.

—Sí —mintió Kendall.

—En San Salvador hay una iglesia por cada día del año.

Kendall examinó al chofer. Era un mestizo de mirada vivaz.

—¿Qué me puede decir del candomblé? —preguntó como para sorprenderlo.

—Yo soy de Yemanyá... —respondió el negro con soltura.

—¿Yemanyá? —Kendall recordó haber oído ese nombre en boca de Saunders.

—La diosa del mar... madre de todos los orixás —señaló una estampa en el tablero del auto—. Yo soy devoto de ella.

—¿Hay algún templo por aquí cerca?

—Ya le he dicho que hay uno por cada día del calendario. Bahía es muy creyente... —dijo orgulloso el chofer, mezcla de católico y pagano.

—Lo que quisiera conocer es un templo candomblé —insistió Kendall fingiendo curiosidad de turista.

—Hay un *terreiro* cerca, creo...

—¿*Terreiro*?

—Así se llaman los templos candomblé.

—¿Sería posible visitarlo?

—Supongo que sí, pero si le interesa realmente podríamos ir a mi *terreiro* de Pitangueiras. Soy de ese barrio y conozco muy bien al pai.

—No tengo demasiado tiempo y me hablaron de uno por aquí cerca.

El chofer asintió.

—Entiendo, señor. Tiene poco tiempo, claro, claro.

—Si fuera claro para mí —se dijo Kendall.

Kendall llegó con el chofer a una casa como tantas de esa zona de Bahía. Un muro de ladrillos mal revocado y blanqueado con cal rodeaba un terreno con piso de tierra salpicado de arbustos tropicales y palmeras enanas.

El chofer habló con un hombre de mediana edad y le explicó, con profusión de palabras, que el gringo quería conocer el lugar e interiorizarse sobre sus creencias. El hombre aceptó señalando todo lo que lo rodeaba en señal de bienvenida.

Caminaron por un pasillo de cerámica roja y llegaron hasta un amplio salón. Una leve corriente de aire tibio le hizo descubrir a Kendall un par de ventiladores de techo. Algunos fieles estaban sentados en sillones baratos de plástico y conversaban entre ellos, mientras un trío de músicos hacía sonar con más ritmo que intensidad sus instrumentos de percusión.

El sitio le recordó a Kendall alguno de los tugurios que había conocido en Indochina durante la guerra. Evocó un prostíbulo en Bangkok donde media docena de marineros de su país exhibían su destreza sexual con una tailandesa adolescente. Competían entre sí y bromeaban sobre la semejanza del nombre de la ciudad y el sometimiento grupal de la chica. (*Bang* se le dice en slang al sexo brutal de varios hombres con una mujer, y *cok*, al pene.) Kendall nunca olvidó los ojos de la chica, que lo miraba extendiendo una mano e invitándolo a sumarse al evento por “diez dólares, solo diez dólares, vamos”. Amaneció en su hotel sin saber cómo había llegado. Sus manos olían a sexo y en su billetera faltaban mucho más que diez dólares.

En el *terreiro* bahiano, lo que percibió en principio como un mediocre espectáculo, dio comienzo con un grupo de bailarines. Salieron de una habitación contigua con los ojos fijos en el aire, sin reparar en los presentes. De a poco, la danza se tornó más frenética, y los cuerpos parecían temblar de manera compulsiva y con pasos tambaleantes. Uno giró en un pie, y Kendall se preguntó qué clase de cable invisible lo sostenía. Formó con el suelo un ángulo imposible para el equilibrio humano. Enseguida dio un brinco y giró el cuello a uno y a otro lado en movimientos que le recordaron a Kendall los de Linda Blair en *El exorcista*. La gente que no bailaba pareció ir entrando en el clima con un espeso silencio mientras un “prodigio”, que el norteamericano reconoció como un dímer, hizo que la luz bajara en intensidad. Los bailarines llevaban atavíos bien diferenciados.

—Cada uno encarna un dios —le explicó el chofer—. No el dios en sí, sino su espíritu.

El estado de trance aumentó en uno de ellos, un blanco algo obeso que parecía estar más "encarnado" que los otros. Era también menos ágil que el resto y su notorio vientre dilatado se pegaba a la túnica empapada de sudor.

—Cansancio y anoxia —murmuró Kendall—. La situación puede alterar a esas mentes supersticiosas, pero no más que en un recital de rock, donde el público endiosa al cantante que en el escenario se contorsiona o rompe una guitarra.

Uno de los bailarines candomblé destacaba en la dinámica ceremonia. Era negro y a Kendall le resultó una curiosidad que llevara una remera con la bandera británica, que contrastaba con un pollerón de paja y unos pantalones náuticos blancos. Otro tenía puesto un gorro con la publicidad de Marlboro. Ventiladores, marketing y dioses convivían en ese ámbito. Otro hombre fue "tomado" por su divinidad y cayó al suelo. Un tercero se tambaleó con pasos tan inconexos como su conciencia. Las actitudes ilustraron la explicación que una hora antes le había dado el psiquiatra. El lugar empezó a resultarle sofocante. Optó por salir del templete. El chofer lo siguió servicial. Ya en el patio interior, Kendall respiró profundamente, tratando de sacar de su nariz el olor a sudor humano y a encierro. Instintivamente olió sus manos y tanteó su billetera. Todo estaba en orden.

—¿Se siente bien?

Miró hacia quien le había hecho la pregunta. Era un hombre de unos setenta años vestido íntegramente de blanco. Sus rasgos, de un zambo, reflejaban el mestisaje habitual en la región entre negros e indios. El chofer no tardó en reconocerlo y presentarlo como la autoridad del *terreiro*.

—Pai, el señor Kendall quería ver el ritual... —sin esperar mayor explicación, el pai sonrió amigablemente y extendió su mano.

—Encantado, señor Kendall. No es frecuente que nos visiten turistas de su país. Sea usted bienvenido.

—Le agradezco, señor...

—Josué Soares.

—Mis motivaciones no son religiosas. En realidad no soy turista, estoy haciendo una investigación aquí en Salvador y tal vez usted pueda ayudarme. Quisiera hablarle, a solas.

El pai invitó a Kendall a su despacho privado.

El lugar era demasiado formal para ser parte del templo de una religión politeísta. Al menos eso pensó Kendall al descubrir en una de las paredes una gran lámina con algo semejante a un dios africano a modo de almanaque.

El pai completó su presentación, explicando que su jerarquía religiosa correspondía a la de "pai de Santo", una mala traducción de la expresión africana "babalorixá", algo así como oficiante de un dios o ente espiritual. El sacerdote intentó dar una imagen civilizada de su *terreiro* explicando que en el lugar funcionaba una escuela de alfabetización y un taller de manualidades para chicos de la calle.

Falsamente conmovido, Kendall trató de corresponder tanta atención.

—Algo equivalente a la caridad cristiana —comentó.

—¿Por qué no? —aceptó el pai.

—Aunque nosotros no tenemos la riqueza de un Estado como el Vaticano. ¿Es usted presbiteriano?

Kendall recordó fugazmente su iglesia "voladora", los rezos de su madre y los ritos paganos de su nodriza Ada, la mexicana. La imagen de los ventiladores girando lentamente en el techo del templete le produjo un recuerdo que abrevaba en los veranos de su niñez en Texas y retrasó su respuesta.

—No soy creyente. Mi madre era católica. Mi padre solo creía en su avión y en los plaguicidas. Era fumigador —aclaró, omitiendo que lo había superado con el agente naranja en Vietnam.

—Bien. . . —el pai esbozó una sonrisa de satisfacción.

—Entonces puedo confesarle que tengo más afinidad con el catolicismo. Compartimos con el Vaticano, si no la riqueza, una común preocupación por el auge de ciertas sectas. Ellas, con su dogmatismo falsamente evangelizador y extranjerizante, son el rival común. En cambio, nuestros fieles van tanto a misa como vienen a nuestro *terreiro*.

Kendall recordó una vez más las reflexiones del psiquiatra.

—Xangó protege a San Salvador, incluyendo en su salvaguarda a las hermosas iglesias. Aunque esos son templos de un dios distante. Un solo dios y muchos santos —aclaró—. Nuestras deidades, en cambio, nos agracian con su bondad o compadecen con su indiferencia, pero suelen estar más cerca de la naturaleza y de la vida cotidiana.

Kendall miró al dios del almanaque. El pai continuó.

—Su iglesia es la iglesia de un dios prescindente —dijo a modo de remate.

—Ya he dicho que no soy creyente.

—Sigue siendo su iglesia, la lleva puesta como a su corbata, aunque no la perciba.

Kendall sintió de pronto más apretado el nudo de su corbata. El calor era para él lo único omnipotente en ese ámbito. Y el aire acondicionado, el principal enemigo de esa fe, en donde la deshidratación y la anoxia favorecían la posesión de los cuerpos predispuestos por una pandilla de todopoderosos. Buscó en su bolsillo la foto de Carmen y de O'Hosin.

Mientras la contemplaba con solemnidad, el pai murmuró unas palabras incomprensibles, que Kendall no necesitó entender para darse cuenta del fastidio que le había producido la visión de la foto. El pai volvió a hablar con una evidente sobreactuada calma.

—¿Cómo le diré, míster Kendall? Nuestra fe también tiene sus ángeles caídos o, para decirlo menos dramáticamente, sus herejes. Usted acaba de presenciar el ritual en donde nuestros dioses se corporizan en nuestras "hijas de santo" y fieles. Los dioses están allí, pero nuestros iniciados no son los dioses. Ellos solo nos visitan para luego regresar a su morada. Ha sido así desde antes de que nuestros antepasados llegaran a estas tierras.

—Carmen Osuna, ¿era una iniciada?

—Lo era, pertenecía a Oxum.

—¿Pertenecía?

—Sí, pertenecía. Cada persona pertenece a un orixá, o espíritu divino.

Ella era una "hija de santo", para decirlo en sus términos, una

sacerdotisa que servía a Oxum. Kendall recordó la lámina en el mural de la casa abandonada.

Reconoció en la pared de esa oficina una ilustración semejante: una mujer negra semidesnuda llevaba como único atavío collares, brazaletes y pendientes dorados. Como remate, sobre el rostro, una diadema de flecos que caían sobre sus ojos.

—Oxum es la madre del agua dulce. La orixá femenina que actúa sobre el bajo vientre. Sensual y ambiciosa, es la preferida de las tres mujeres del poderoso y justo soberano entre los dioses, Xangó. Su estereotipo es el de las mujeres que se imponen a otras en las rivalidades del amor. Carmen era una digna representante de su orixá Oxum y muy bella, por cierto.

—¿Cuándo dejó de ser parte de su feligresía, señor Soares?

—El día que cometió la herejía de afirmar que ella misma era Oxum.

Kendall se quedó un instante en silencio. Miró la foto del piloto y la autoproclamada diosa.

—¿Sabe algo de él? —preguntó señalando al piloto.

—No, nunca lo vi, parece compatriota suyo.

—Lo era. Es el piloto del avión de Atlántica.

—Una verdadera tragedia para nuestra sufrida comunidad a veces olvidada por todos sus santos.

El viejo pai se despidió, no sin aclarar antes que su *terreiro* era una casa dispuesta a recibirlo las veces que necesitara su servicio.

Kendall y el chofer recorrieron el *terreiro*. Diferentes altares de las deidades afrobrasileñas estaban dispuestas en una habitación del lugar. Había también estatuillas de cerámica pintada y murales que parecían dibujados por niños. El conjunto pretendía ilustrar una leyenda cuyas pautas explicó el chofer, retomando su rol de guía.

—En nuestros “patakíes”, leyendas, en su idioma, San Jorge fue vencido por el dragón.

—Pensé que había sido a la inversa —ironizó Kendall, aunque le pareció razonable que en ese mundo las cosas fueran a la inversa.

—También llamamos Oxossi a San Jorge, que es el nombre original en yoruba —continuó el chofer.

En la pared se distinguía el dibujo de un arquero negro de músculos torneados y cabeza rapada. Lucía un collar larguísimo de caracoles.

—¿Oxossi? —preguntó Kendall.

El chofer asintió.

Oxossi sonaba a O'Hosin, pensó Kendall. Por lo demás, no había muchas semejanzas entre el guerrero mítico del dibujo y el piloto.

—De ese modo fue a dar al reino de Yemanyá, el mar. Oxum, mujer de Oxossi, cuando el dragón venció a su marido, peleó con Iansán para devolverlo a la vida.

—Creí escuchar a su pai decir que Oxum era mujer de Xangó.

—Nuestros orixás no son monógamos. Y Oxum es particularmente sensual y posesiva. De ahí su rivalidad con Iansán.

Por un momento, Kendall se imaginó a Barbara Hansen tomada de los pelos con Carmen Osuna.

El chofer continuó con la saga ilustrada en un mural de colores vivos y primarios. Se detuvo frente a una figura femenina:

—Iansán, diosa de las tempestades y los vientos.

Kendall reconoció la imagen de la mujer con la espada de la que brotaba un rayo.

—Y este es Oxalá —señaló el dibujo de un guerrero negro, calvo y fornido que sostenía una paloma blanca iluminada por la luz que brotaba de su propio entrecejo. La paloma comía de la palma de su mano.

—El pai de todos los orixás. La deidad más poderosa.

Kendall observó el dibujo de dos palomas cercanas que parecían esperar su turno para acceder a la mano divina.

—El padre de la creación y de la raza humana —subrayó el mestizo.

Señaló entonces la foto de un iniciado vestido como el dios. Llevaba en la mano derecha un cetro de metal blanco y un abanico que parecía hecho de cuero y metal.

—La leyenda nos cuenta que Oxalá ayudó a Oxum en su rivalidad con Iansán y con otras orixás —continuó el improvisado Homero bahiano.

—¿Qué hay de Oxossi?

—Es el hijo de Yemanyá y de Oxalá.

—Me refiero a sus características, a su personalidad.

—Es un cazador. Gusta de la vida al aire libre y la conquista. Protector de los fugitivos y los presos. Conoce a todos los pájaros y se mueve con comodidad en los cielos. Su color es el azul —explicó el chofer mientras Kendall se preguntaba si había tenido suerte o todos los choferes de Bahía eran expertos en mitos candomblé.

De vuelta en las oficinas de la aerolínea, Kendall trató de ordenar un poco sus ideas. Había estado siguiendo pistas invisibles, en especial desde que descubriera la sonrisa de O'Hosin. Se sentía solo. ¿A quién podría mencionar la visita al *terreiro*? El propio chofer le había pedido, en el camino de regreso, que no le contara a nadie su rol de guía. Alegó que en la aerolínea prohibían mezclar cuestiones de trabajo con convicciones religiosas o políticas.

El aire acondicionado de la oficina lo devolvió a la civilización. Se dio cuenta de que no se había comunicado con su socio Jones, quien ya debería haber analizado minuciosamente la grabación de la caja negra. Le había despachado dos copias del material sin recibir comentario alguno al respecto. Envió de inmediato un correo a la oficina de la FAA en Washington. Luego de considerar varias alternativas había agregado una frase que le sonó atinada: "Quisiera tu opinión sobre las últimas reacciones de O'Hosin. En particular su sonrisa". Dudó un instante y optó por tachar "sonrisa". Puso "actitud". No lo conformaba. Se imaginó a los expertos de la Oficina Federal de Aviación escuchando sus investigaciones sobre dioses, dragones y centellas confabulados para tirar el vuelo 655. Se burlaría de él hasta el último de los pilotos.

Se decidió por "expresión facial". Agregó: "...como posible reacción contradictoria...". Se sentó en su escritorio, aguardando la comunicación con Jones y con la convicción de que se aproximaba a una resolución final. Los últimos episodios lo habían alterado al punto de olvidar los procedimientos más rutinarios y lógicos. Se relajó pensando que pronto estaría de regreso y podría tomar unas vacaciones.

—Iré a pescar —se dijo—. Nada de cajas negras ni de aviones. Un lugar frío y solitario con más truchas que personas.

Una secretaria interrumpió sus fantasías.

—Es míster Jones al teléfono.

Kendall escuchó la voz familiar de su amigo.

—¿Qué hay de nuevo, camarada?

—Un par de cosas. ¿Y por casa?

Jones tardó en responder, lo cual bastó a Kendall para pensar que algo andaba mal.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí, por supuesto. Sucede que algo pasó con la grabación. Algo muy extraño.

—¿Qué ocurrió? —se impacientó Kendall.

—Todo iba bien hasta el último tramo de la cinta. Está deteriorada por el impacto, es casi imposible distinguir nada en los segundos finales. Además, no comprendo tu pregunta sobre la expresión facial de O'Hosin.

—¿Pero cómo es posible? Yo vi la copia y estaba en perfecto estado. ¡Y precisamente al final de la cinta hay algo inesperado!

Kendall se interrumpió al percibir que estaba a punto de cruzar la raya que lo separaba del ridículo.

—¿Inesperado? —preguntó Jones.

—Hablo de una extraña actitud del piloto sobre el último instante —dijo Kendall, con más impotencia que rabia.

—Aquí hemos analizado cada procedimiento de O'Hosin y su tripulación de comando. Hicieron lo posible por evitar la caída. Con excepción del final, vimos cada detalle: la reacción de la tripulación es la esperable para la emergencia. ¿Qué podríamos esperar? ¿Que se rieran?

Kendall quedó en silencio.

—¿Bueno? ¿Qué estás esperando para regresar? Sabemos bastante sobre el 655 y no está nada mal para ser el primer caso.

Kendall casi no escuchó las últimas palabras de su socio. Estaba absorto mirando a través de una puerta entreabierta la oficina vidriada de Saunders. Allí estaba el hombre que había intentado abordarlo en el hotel. Hablaba con el moreno y gesticulaba en inequívoca actitud demandante.

—¿Estás ahí? —indagó la voz de Jones.

—Sí, Steve. Mejor te vuelvo a llamar más tarde.

¿Cómo podía explicar lo que pasaba por su cabeza?: "Sucede que tengo un problema con unos dioses, en particular con una mujer que es la amante del piloto y sabía que el tipo le iba a mandar una señal de optimismo entre rebote y rebote de su avión en el océano. Además he tomado un curso intensivo de religiones comparadas con un psicólogo judío que parece un campeón de lucha libre tropical, y un "pai de santo" que es como un obispo, pero de una multitud de deidades. En síntesis, todo OK, con excepción del pobre San Jorge, que tiene problemas con su dragón".

—Buscá distracción. Me dijeron que las brasileñas son muy sexis. ¿Cómo te la arreglás con el portugués? Es parecido al español, que dominás como un chicano.

La voz de Jones interrumpió sus inconfesables asociaciones.

—¿Qué decís?

—Que busques una chica para esta noche y vuelvas pronto antes de que dispare a los "genios" de la FAA.

Se despidió de Jones y colgó el teléfono. Se dirigió a la oficina de Saunders y en el umbral comprobó que estaba vacía. Jones tenía razón: era tiempo de dejar San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

23

Kendall reservó su pasaje por teléfono y decidió bajar al bar del hotel pensando en despedirse con lo mejor que, a su parecer, le había aportado esa ciudad: un buen trago de caipirinha. En la conserjería, dos esquelas le reafirmaron su decisión de abandonar Bahía. Por una de ellas se enteró de que Barbara O'Hosin se había marchado: "Lo siento, podríamos haber sido buenos amigos". La segunda nota era más contundente: "Míster Kendall, lo aguardaré hasta las ocho en el hall del hotel. Tengo algo importante que decirle". Acompañaba el mensaje una tarjeta a nombre de Paulo Girod.

Consultó la hora y vio que eran las siete y media. Decidió eludir el encuentro y subió por las escaleras al entrepiso para tomar desde allí el ascensor. Recordó al periodista gordo y calvo que lo había indagado sobre la caja negra en la conferencia de prensa. No era la primera vez que debía enfrentarse con periodistas; en particular, con medios interesados en los aspectos más sórdidos de un accidente aéreo. Se daba cuenta del valor que tenía su registro del vuelo 655 para la prensa amarilla e incluso para la considerada "seria" y optó por el sistema que más resultado le había dado siempre: la evasiva. No tuvo suerte. De algún modo el periodista lo había detectado en el lobby con el tiempo suficiente para abordar el ascensor y encararlo en el entrepiso sin demasiado trámite.

—¿Usted sube o yo bajo, míster Kendall?

El grasoso y rubicundo periodista le estiró una tarjeta idéntica a la que él había arrojado a un cesto un instante antes de que se abriera la puerta del ascensor.

—Soy Paulo Girod, de Noticias Internacionales.

—No conocía su agencia.

—Es una empresa altamente especializada. Trabajamos para terceros, en casos donde es necesaria una atención más sensible.

Kendall sospechaba del sentido que la palabra “sensible” tenía para ese tipo cuyo aliento olía a frituras y ajo.

Llegaron al segundo piso y Kendall se apuró a descender y a respirar, seguido por el periodista.

—Creo que fui claro, señor Girod, no hago comentarios con relación al vuelo 655 ni a nada que tenga que ver con mi oficio.

El sobrepeso no le permitía al otro mantener el ritmo de Kendall rumbo a su habitación. Respiraba con dificultad mientras hablaba.

—Puedo hacerle una propuesta muy interesante... —dijo agitado.

Kendall llegó hasta su cuarto.

—Créame, Kendall, podemos hacer un buen negocio juntos. De lo contrario... —la voz del gordo se volvió amenazante. Lo suficiente para que Kendall interrumpiera su ingreso en la habitación.

—¿De lo contrario qué, señor Girod?

La rechoncha figura pareció desinflarse ante la firme reacción de Kendall.

—No lo tome a mal, lo mío es un trabajo como cualquier otro. En el mundo de hoy, la información es una mercancía más. Y yo soy solo un buen comerciante que la paga generosamente. No creo que un acuerdo entre nosotros perjudique a nadie y le ofrezco la mayor discreción.

Como si las intenciones olieran, Kendall recibió una andanada de las glándulas sudoríficas del voluminoso cuerpo.

—¿Y quién sería el discreto emisario, señor Girod? ¿Tal vez Saunders? ¿O Barbara O’Hosin? Ah... no, ella no. Ya se ha ido, con el corazón destrozado y la cartera vacía. Supongo que la recuerda. No es bueno confiarle un negocio a gente que tiene otras opciones comerciales, como ser, el seguro de un marido accidentado. ¿Sabe quién podría atender sus inquietudes, señor Girod?

—¿Quién? —indagó confundido.

—Oxum.

—¿Oxum? ¿Quién es Oxum?

—¿No es usted brasileño?

—No... soy francés, nacido en Marruecos, pero vivo en San Pablo desde hace mucho. ¿Quién es Oxum? —insistió impaciente.

—Qué poca visión para el negocio, monsieur Girod. ¡Una foto de

Oxum! Eso sería una primicia... —comentó con ironía y cerró la puerta del cuarto en las narices del pringoso reportero freelance.

Kendall remató su cena en el restaurante del hotel bebiendo un par de caipirinhas en el bar junto al lobby. Solo una reunión pendiente con directivos de la aerolínea había alargado su estadía en esa ciudad. No sabía qué hacer esa noche, en que la ansiedad lo desbordaba ante la proximidad de la partida.

Había rechazado una invitación conciliadora de Saunders. El moreno era, a su parecer, un hipócrita o simplemente un hombre indefinido entre dos mundos.

—Tal vez sea sincero —se dijo sin mucha convicción. A punto de partir, tenía una perspectiva distinta, e incluso no le guardaba rencor a Saunders ni a esa ciudad que lo había confundido más que ninguna otra en tan poco tiempo. Sintió lo que él llamaba "el cimbronazo", un efecto semejante al que vivencia un piloto de cazabombardero al soltar la bomba sobre el blanco y recibir la onda expansiva de su explosión. Bahía de Todos los Santos lo había sacudido más de la cuenta.

Ahora se trataba solamente de tomar distancia. Atrás quedaría esa ciudad, con su lastre de iglesias y dioses, de mujeres antagónicas y de un piloto muerto.

No pudo dejar de evocar a la bella morena. Admitió que una noche con ella hubiera sido la despedida perfecta. Aun al precio de que la foto de su pasaporte terminara debajo de los restos putrefactos de una gallina muerta. ¿Quién sabe? —se dijo—. Es posible que el pobre O'Hosin hubiera sonreído para ella como él mismo sonreía al imaginar lo que podría hacer con ese cuerpo. Ella, en cambio, iba a olvidar muy pronto al gringo, que seguramente le había prometido el oro y el moro bajo el efecto afrodisíaco de muchas caipirinhas. Bebió un sorbo y descubrió a su lado la mirada de una mujer rubia y sonriente.

—*Skál*... —arriesgó Kendall deduciendo estar frente a una turista escandinava, y fue correspondido con un gesto de aceptación.

Cuando el sol ya entraba con fuerza a través de la cortina del cuarto, Kendall comprendió que había bebido demasiado y dormido poco. Lamentó de inmediato la presencia de la mujer, que a poco de confraternizar le había hecho saber que no era escandinava ni serían gratuitos sus favores. Esfumado el poder afrodisíaco de la cachaza, solo le quedaba una considerable resaca y esa compañía indeseada. Otro motivo más para alejarse de allí y volver a un previsible mundo de autopistas y Martinis. Descubrió tardíamente que el sonido del teléfono había sido la causa de su prematuro despertar.

—Hola, ¿sí?

—Hola, Kendall, soy Goldstein.

Al norteamericano le costó un instante recomponer la imagen del psicólogo argentino.

—¿Goldstein? —preguntó como para sí mismo.

—Tengo información que le puede interesar.

La mujer se despertó y se acurrucó junto a Kendall como dispuesta a un bonus de su servicio.

—Suficiente... —dijo mirando a la joven—. Disculpe, no era para usted. Yo parto mañana, Goldstein. Si es sobre el accidente, puede hablar con Saunders en la aerolínea.

—Creo que no debería abandonar la investigación sin hablar conmigo.

La muchacha insistía con sus arrumacos y caricias. Kendall optó por levantarse. Revisó su billetera y comprobó que no faltaba más de lo razonable. Sacó cien dólares y los dejó sobre la almohada.

Kendall no intentó averiguarlo y optó por levantarse bruscamente de la cama.

—De acuerdo, Goldstein.

—Paso a buscarlo por el hotel en una hora.

Desde la cama, la mujer lo convocaba a un replay con un tono de voz que le recordó por un instante la voz levemente áspera de Carmen Osuna.

24

Goldstein conducía su automóvil descapotable con rumbo desconocido y audacia ilimitada. Hablaba a los gritos, para compensar el ruido del congestionado tránsito bahiano. Llevaba puesta una colorida guayabera con motivos tropicales: cacatúas, bananas, monos y palmeras compartían ese Edén de fondo celeste marino transpirado.

—Las naciones o grupos candomblé son como las sectas protestantes. Cada una elige las reglas de su culto. Naciones como la Nagó y la Keto son originarias de antiguos reinos del África ancestral. Esas identidades y sus creencias son muy anteriores a los países que inventó a su conveniencia el colonialismo europeo, como el Congo, Benín o Angola.

Kendall se preguntó si lo había despertado para repasar una tesis universitaria.

—...y así como hay un candomblé sincretizado con el catolicismo, en Nigeria se practica otro con influencia musulmana. La deidad máxima, Oxalá, es posible que se llame así por un derivado del árabe "in shaa Allaah", que significa "si Dios quisiera". Como residuo de la España mora, en mi país decimos todo el tiempo "ojalá" para expresar el deseo de que algo suceda.

Tocó bocina y aceleró para pasar a un viejo Fusca tan destartalado como lento. El chofer del escarabajo le gritó:

—*Vai tomar no cú!*

—*Por quê não tentar foder, macaco filho da puta?!* —respondió el terapeuta y siguió con su disertación—: Durante mucho tiempo creí que la Iglesia católica basaba su permanencia y su popularidad en una astuta adaptación cristiana de los mitos de las culturas evangelizadas. Usted sabe, la Navidad tan cerca del solsticio de invierno, el pino adorado por los celtas como su símbolo. A veces sospecho que es a la inversa, por lo menos en materia de dioses africanos. Son ellos los que

se mimetizan entre santos y altares, para sobrevivir. Cambiaron de nombre o de ropaje para vencer a la Santa Inquisición, como esos apellidos marranos, con nombres de frutos o cosas, que enmascaran un origen moro o judío —se entusiasmó. —Pero lo esencial está ahí, créame.

—Pensé que usted era un racionalista.

—Lo soy. Pero convencido de que el verdadero racionalismo tiene más preguntas que respuestas. Le voy a contar una historia.

—Yo pensé que ya había empezado a contármela —murmuró Kendall, sin que Goldstein prestara atención a su ironía.

—Un muchacho argentino, de veinte años, tenía un tumor cerebral. Consultó a varios especialistas. Todos coincidieron en que el suyo era un caso terminal, sin esperanza. Su madre era una mujer de recursos y no se conformó con la visión profesional, o científica del caso. Lo cierto es que, entre muchos intentos y ya desesperada, viajó a Bahía. Alguien le había hablado de una mai de santo muy milagrera. Hasta su *terreiro* llegó el enfermo con su madre. Ante ambos, la mai comenzó a jugar búzios...

Kendall lo indagó con la mirada.

—*Jogo de búzios* es un modo de adivinar la suerte con caracoles.

—Qué tontería, no inventé el sistema más avanzado de monitoreo de seguridad aérea para oír hablar de caracoles —rezongó Kendall.

—Sí, yo pensé lo mismo que usted. Una tontería —comentó comprensivo Goldstein y continuó impasible con su historia.

—La mai, como los médicos, pareció confirmar que el chico estaba condenado, pero después de muchas cavilaciones y de jugar búzios profetizó: "Si usted se inicia, tiene alguna posibilidad...". El muchacho estaba muy confundido. Una semana antes no sabía lo que era el candomblé, pero era un desahuciado y optó por lo desconocido. Aceptó iniciarse tal como lo sugería la mai.

—La muerte también es lo desconocido —comentó Kendall, más provocador que filosófico.

El argentino le sonrió, reafirmando su optimismo a toda prueba.

—Sí, muy cierto. Sin embargo, es más común morirse que transformarse en pai de santo, más aún siendo judío.

—¿Judío?

—Sí, paisano mío y paciente de otro analista, compañero de estudios, que lo conectó conmigo para que siguiera su caso en Bahía. Al año de su iniciación, el muchacho estaba curado. Yo vi sus análisis clínicos y comprobé los diagnósticos, antes y después.

—Su historia me parece muy amena, doctor, aunque algo extravagante.

—Lo es, tanto como el hábito de mi paciente de hablar en sueños.

—Eso no es tan extraño —señaló Kendall.

—A propuesta mía, grabó su monólogo nocturno, con palabras incomprensibles. Descubrimos entonces el idioma en que hablaba dormido. Una lengua que ahora domina despierto: el yoruba.

—¿Yoruba?

—El dialecto africano que hablaban los esclavos negros e introdujeron en el Brasil junto con el candomblé.

Kendall permaneció en silencio. Recordó una remota conversación con su exmujer acerca de las bondades del psicoanálisis. “El psicoanalista está allí para escucharte. De modo imparcial, con criterio científico y racional”.

Kendall hubiera querido que ella estuviera allí mientras un profesional de la mente intentaba convencerlo de las bondades de un ritual africano transplantado al Brasil.

—Conmovedora historia. Pero tan creíble como la del fantasma de Canterville —comentó Kendall—. Ahora me gustaría saber por qué me sacó de la cama y adónde vamos.

Tomaron por una autopista más rápida. Kendall juzgó que el único sistema de Goldstein era aterrorizarlo con su estilo imprudente de manejo.

—Después de que usted me visitó hice algunas averiguaciones —comentó sin bajar la velocidad.

—Yo pensé que las haría sobre mi salud mental, dado el carácter de mis indagaciones sobre dioses y brujerías. Al menos eso hubieran hecho en Washington —confesó Kendall mientras se tomaba del cinturón de seguridad.

—Usted ya se habrá dado cuenta de que durante nuestro primer

encuentro fui más cauteloso que ahora —dijo Goldstein.

—No lo dudo... —murmuró Kendall al ver cómo esquivaba un par de autos que se le venían encima.

—Comprendí desde un principio su posición e intuí que había algo irregular en la presencia de O'Hosin en Bahía.

A esta altura de la conversación, Kendall se preguntó si el tipo que manejaba era psicólogo, hechicero o piloto de prueba. En definitiva, la actitud de Goldstein no hacía más que confirmar sus prejuicios sobre el psicoanálisis. Aumentaba su incomodidad de estar con ese loco al volante con rumbo incierto y con una resaca acorde con una bebida que seguramente tenía también espeluznantes raíces africanas.

—¿Qué es lo que consideró irregular?

—En O'Hosin todo ha sido irregular. Quisiera conservar mi empleo con la aerolínea y he sido prudente con usted como lo soy con la gente que no está familiarizada con ciertas tradiciones.

—Sigue sin explicarme adónde vamos... —dijo Kendall, con un tono que no ocultaba su fastidio.

—Hice algunas averiguaciones que pueden serle de interés. Estamos yendo a un *terreiro* en las afueras de la ciudad.

—¿Qué es lo que sabe hasta el momento?

Goldstein pareció dudar antes de hablar.

—Voy a confiar en usted.

—Adelante, doctor.

Goldstein al fin confesó:

—Participo de una experiencia muy singular. Integro un grupo de trabajo e investigación mixto de fieles candomblé y psicoanalistas. Los resultados son increíbles... —se entusiasmó—. Partimos de la hipótesis de que los arquetipos de esa creencia están internalizados en nuestras vivencias. Jung realizó un trabajo sobre los arquetipos. Consideraba que en el inconsciente colectivo cristalizan arquetipos o representaciones comunes. Si bien son muchas y van desde la madre a dios, él las organizó en grupos: ánima, animus, sombra, persona, sí mismo. Los puntos de contacto con los orixás son fascinantes. Hay una relación entre los arquetipos de Jung y los del candomblé. Las ánimas encarnan en las personas, en una alteración del animus que

distorsiona el sí mismo.

—¿Y qué hay de la sombra? —preguntó Kendall.

Goldstein lo miró sorprendido:

—Veo que me sigue atentamente, bien. La sombra era el modo en que Jung definía el inconsciente.

—Muy interesante, pero por favor explíqueme qué tiene que ver todo esto con O'Hosin y el accidente.

—O'Hosin se inició en el rito candomblé... —dijo sin mirarlo.

—¿Cómo?

—O'Hosin es... era pai de santo, o, lo que es lo mismo, sacerdote en el culto de Oxum del rito candomblé —explicó Goldstein, apesadumbrado como si acabara de darle el pésame al norteamericano.

Kendall sintió que la cabeza iba a estallarle como un globo, aunque reconoció la primera evidencia de una anomalía que hacía días intuía.

—¿Desde cuándo?

—Lo ignoro... eso entre otras cosas. Es lo que trataba de explicarle cuando me interrumpió. No es usual que un extranjero se inicie. El proceso lleva tiempo y, además, el candomblé es una creencia libre, y un pai recién iniciado puede a su vez ordenar a otros oficiantes.

—¿Qué otra cosa sabe de O'Hosin?

—Un pai me habló de un extranjero que se inició en un *terreiro* dedicado a Oxum, en las afueras de San Salvador. Allí es adonde vamos.

El auto tomó una salida de la autopista y encaró un camino angosto, flanqueado por casas humildes y calles de tierra.

—Averigüé, además, que O'Hosin estuvo de licencia a principio de año.

Coincide con el período que el iniciado debe tener para llevar el *kelé*, un collar que simboliza la sumisión al orixá. Son cuatro meses de prohibiciones rituales para el candidato. Una cosa es segura, un piloto no puede andar volando con ese collar sin despertar suspicacias.

—¿Ni siquiera en Bahía? —preguntó Kendall.

—¿Todavía tiene ganas de burlarse? Ni siquiera en Bahía... —repitió Goldstein.

—Me alegra saber que se mantengan algunas tradiciones de este siglo.

Un avión es un avión en cualquier sitio, y vuela por la potencia de sus turbinas y el diseño de su fuselaje —recitó Kendall como aferrándose a sus propias supersticiones.

La marcha se hizo más lenta por el precario estado del camino de tierra húmeda y rojiza. Mientras manejaba, Goldstein consultaba un mapa.

Dobló por una calle angosta y empinada que parecía perderse en un morro salpicado de casas cuya precariedad aumentaba con la altura. El auto trepó hasta estabilizarse en un sendero que bordeaba una pendiente. Volvió a ascender una vez más y a encarar una serie de curvas que terminaron por desorientar a Kendall.

Al final, Goldstein detuvo el auto y consultó a un negro viejo, en la puerta de un almacén. Atraídos por el ruido del vehículo, un grupo de niños salieron del tugurio a curiosear.

—*Eh, senhor, você conhece uma casa de Oxum, um terreiro...* —preguntó el analista.

El viejo no le contestó. Sostenía su cerveza como si pretendieran robársela. Uno de los jóvenes se adelantó y señaló en la dirección del auto.

—*Pra lá... pra lá...* —enseguida se arrimó al coche—. *Não tem pra cervejinha?*

Los otros jóvenes tomaron la pregunta como una señal de batalla y se abalanzaron sobre el vehículo. Goldstein no tuvo tiempo de darle ni un centavo al muchacho y aceleró para escapar de la horda. El joven alcanzó a saltar dentro del vehículo con la inequívoca intención de cobrar el honorario de su información. El argentino parecía divertido, mientras el muchacho asumía su oficio de guía con entusiasmo.

—*Pra lá tem que tomar a outra rua... pra lá...* —señaló una y otra vez en una sucesión de indicaciones y maniobras que enseñaron, a los ojos de Kendall, la cara más oculta de Bahía. Las casuchas se amontonaban con el único criterio de aprovechar los espacios planos del morro. Las calles dejaban de ser tales para transformarse en laberínticos senderos peatonales, con el urbanismo que diseña la miseria. Algunas casas

parecían a punto de saltar hacia el barranco y tal vez lo hicieran, tarde o temprano, en un alud de barro provocado por una tormenta.

Goldstein y el pelafustán se hablaban en un portugués incomprensible para Kendall, mientras el auto se internaba cada vez más dentro del morro. Al final, se detuvieron al frente de un terreno con restos de una casa derruida y chamuscada, una edificación distinta y seguramente muy anterior al caos de chapa y madera que rodeaba el solar. Había un olor intenso, como si un incienso gigante hubiera ardido recientemente. El joven dijo algo que Goldstein se apresuró a traducir:

—Dice que el lugar se quemó por un Ebó, una especie de maleficio, como los restos de rituales que encontró en la casona... —explicó.

—¿Y usted qué cree?

El psicólogo miró a Kendall sorprendido:

—Esa pregunta solemos hacerla nosotros. Yo creo en lo que veo, sumado a lo que escucho y también a lo que huelo. Y mi olfato me sugiere que lo que dice el chico podría ser cierto. Aquí hubo un intento de purificación ritual, más que un incendio común y corriente.

Salieron del auto y caminaron por entre las ruinas de la casa sin encontrar más rastros que las huellas de un incendio devastador.

—No creo que podamos averiguar demasiado... comentó el norteamericano, mientras observaba la cara sonriente del muchacho negro que esperaba su recompensa.

Caminaron por las ruinas mientras Goldstein revolvía los bordes del estrago con un palo de escoba chamuscado recogido en el lugar. Algo llamó su atención. Se acercó y recogió de entre los restos un fragmento de vidrio dorado. Kendall observaba a su lado.

—Es el trozo de una copa. Una especie de cáliz. Por el color oro podría corresponder a un ritual dedicado a Oxum.

Durante el viaje de regreso al hotel, los dos hombres no intercambiaron palabras. Contribuyó al mutismo la música que el psicólogo puso en el pasacasete del auto. Un sonido rítmico de instrumentos de percusión que le resultó familiar. El rostro de Carmen Osuna acudió a su mente como en una proyección: ella bailando en la calle del Pelourinho vestida de blanco. Lo abordó de pronto una

certeza: Carmen, la amante del piloto norteamericano, no necesitaba bailar por propinas de turistas, ni ese era un lugar para disfrutar de la danza o de un ritual. La joven estaba allí por él, y sabía quién era y a qué había ido a Bahía. Sintió un escalofrío: lo estaba esperando; ella aguardaba su llegada a San Salvador de Bahía y al Pelourinho.

Ya en el hotel, el psicoanalista se despidió del investigador con un gesto de desilusión.

—Lo lamento, era una buena pista, pero no creo que lo motive para suspender su partida.

—No, se lo aseguro —respondió Kendall.

—Igualmente, ha sido un gusto conocerlo. Supongo que pronto olvidará toda esta cuestión.

"Con el candomblé, Jung y usted incluido", pensó sin decirlo, mientras le daba la mano.

—Valoro sus esfuerzos y espero le dé resultados eso de las ánimas y las sombras —dijo en cambio.

—Los arquetipos, sí —agregó Goldstein, desalentado por el fracaso de la excursión.

Kendall lo observó alejarse en su descapotable desde el pórtico del hotel. Enseguida salió a la calle y detuvo un taxi.

—Al Pelourinho —indicó.

25

En el centro histórico de Bahía, los vendedores ambulantes se disputaban la magra clientela de turistas de una tarde calurosa.

Kendall se acercó a un vendedor que exhibía, sobre una tabla de madera, una variedad de frascos y collares de caracol. El norteamericano le enseñó la foto de Carmen y de O'Hosin. El otro no los reconoció, pero se empecinó en ofrecer su mercancía:

—*É óleo, muito bom para resfriados, dores de cabeça e hemorróidas. Óleo de peixe, cura a tristeza e reduz a febre.*

Dos peces largos y gordos sobrevivían en una palangana como testimonio del origen del aceite curativo.

Una anciana negra arrojó sobre una tela de color amarillo unos caracoles. Repetía el procedimiento una y otra vez mientras hablaba rápido a un cliente interesado en conocer su porvenir. Kendall supuso que ese era el *jogo de búzios* que le mencionara Goldstein. Ni bien el cliente de la adivina pagó y se marchó satisfecho por lo que le deparaba el destino, el norteamericano le enseñó la foto a la mujer.

—*Fica la foto. Você conhece essas... personas?* —indagó.

Trató en vano de hacerse entender con su portuñol, pero la adivina ya estaba indagando el futuro con sus conchas.

—Solo dígame si conoce a esta muchacha... —insistió Kendall.

Los caracoles rodaron una y otra vez, y la anciana mostró una sonrisa desdentada mientras describía el porvenir de la pareja de la foto.

—*Eles terão longa vida, muito amor e very hapiness...* —dijo en su propia jerigonza.

Kendall apoyó su dedo sobre el retrato de O'Hosin.

—¿Larga vida? —preguntó a la mujer.

—*Em que idioma falo? Vida longa, muita saúde... e bom sexo. Eles esperam um filho* —aseveró estirando la mano para recibir su

recompensa por la buena noticia.

Kendall, sin comprender demasiado, puso un billete de diez dólares en el piso y se alejó.

Un grupo de jóvenes danzaba en la proximidad de una iglesia un ritmo semejante al de Carmen el día en que fue atacado en el callejón. Tres negros batían los parches de sus tamborines acompañando el contorneo sensual de una mulata y dos esbeltos jóvenes que desplegaban su destreza de capoeira, una danza de origen africano con pasos de arte marcial. El norteamericano se aproximó rápidamente al lugar y atravesó como una tromba el reducido grupo de turistas que rodeaba el baile. Llegó hasta la chica que estaba ataviada con una diadema de flecos dorados que ocultaban sus facciones. La tomó del brazo.

—Carmen... —le dijo agitado.

Los músicos dejaron de tocar y uno de ellos tomó al norteamericano con fuerza del hombro. Kendall se lo sacó de encima con un empujón que envió al negro al suelo. Otro se arrojó sobre Kendall, quien se defendió de la embestida con un puñetazo. El público, integrado en su mayoría por turistas europeos, no entendía qué papel cumplía ese "gringo" en el espectáculo callejero.

Un turista holandés filmaba entusiasmado la escena, y por su audacia o apariencia fue considerado cómplice de Kendall. Un capoeirista ensayó sus mejores pasos sobre él. Dio un diestro giro de piernas sobre el aire rompiéndole la nariz y la cámara. Kendall tomó a la mulata del brazo nuevamente, mientras la riña se generalizaba con la intervención de dos robustos compañeros del holandés derribado. Se desató una confusión de golpes y una Babel de insultos en lenguas tan dispares como los hombres que se enfrentaban. Kendall apartó los flecos de la diadema que cubría el rostro de la joven y observó que, a pesar del parecido físico, no era Carmen Osuna, ni tan joven ni tan bella. Uno de los músicos se le acercó con una navaja más peligrosa que la capoeira. Alguien le salvó la garganta: era el holandés, que partió lo que quedaba de su filmadora en la cabeza del bailarín. Kendall decidió que era tiempo de apartarse de la pelea, que entraba en su apogeo. No alcanzó a ver cómo uno de los europeos era pateado

en el piso. La policía intervino y los capoeristas escaparon con la misma agilidad con que minutos antes desplegaban su rutina de saltos y de ritmo. La mujer se quedó en el medio de la calle maldiciendo al norteamericano.

San Salvador de Bahía era una ciudad atiborrada de bares al paso. Casi ninguno tenía ventanales de vidrio o paredes, innecesarios para un frío desconocido en esa latitud. Parecían tiendas de feria empotradas en edificios de variada época y diseño. El olor a sudor se mezclaba con el del aceite rancio de los fritos y una humedad en el piso que le recordaba la de los baños de estación de tren de su infancia. En uno de esos bares bebió una cerveza para calmar la sed y la excitación de la pequeña batalla vivida. La tensión le había devuelto cierta vitalidad, que compensaba la incomodidad del calor. Su aspecto había dejado de ser el de un respetable emprendedor norteamericano. Se había quitado el saco y aflojado la corbata, sin llegar por ello a sintonizar del todo con ese entorno.

Un vagabundo anciano y mestizo, de piel oscura y ojos verdes enrojecidos por el alcohol se le acercó.

—*Eh... Tem charuto?*

El norteamericano le dio dos cigarrillos y fuego. El mendigo llevaba unos vaqueros rotos y recortados hasta la rodilla que dejaban ver sus piernas flacas y llagadas. Olía a alcohol y a mugre acumulada por meses.

—*Obrigado* —dijo, y dando una larga pitada explicó—: *Esta cidade, Salvador da Bahia, tem um destino imperial, aqui reinam o sol e a alegria. A Roma preta. É a cidade que tem mais pretos, negros fora da África.*

Su tono era confidencial, como si intentara devolver con la información la gentileza de los cigarrillos.

—*Mas cuidado com as pessoas... sempre vai ter alguém pra te roubar.*

Kendall no entendía la advertencia, pero después de tres cervezas se sentía extasiado en ese tugurio que un día antes hubiera considerado intransitable. El viejo continuó con su disertación:

—*Brasília é a capital do Brasil. O Rio é a capital dos filhos da puta...*

como o imperador João, um filho da puta. O imperador Pedro era bom com as pessoas. Pedro era bom, João filho da puta, na capital dos filhos da puta —explicó con coherencia de historiador callejero.

La calle era una corte de los milagros en donde se combinaban vagabundos, chicos de la calle, putas y turistas. Algunos de estos le recordaban a Goldstein. Tenían apariencia europea y gesticulaban como italianos, aunque su idioma era el castellano, vestían con remeras estampadas y calzaban zapatillas costosas. Una familia entera de ese perfil pasó cerca de Kendall, y este la observó con curiosidad antropológica. No eran europeos, tampoco brasileños, ni americanos del norte. La imagen de Goldstein retornó con la sospecha de que tal vez fueran connacionales argentinos del psiquiatra.

—Bahia começou com um naufrágio. Um buque francês naufragou na costa da Bahia. Os primeiros habitantes eram náufragos. Mal augúrio pra começar.

Kendall pensó en O'Hosin naufragando en ese mar predestinado.

Si todo el ámbito mantenía alguna forma de equilibrio, tal vez era por la presencia de un policía que conversaba con una mulata morena, casi adolescente. Kendall se interesó por la situación y creyó adivinar en los gestos el diálogo obsceno y el deseo intenso del agente seduciéndola. Ella lo escuchaba en silencio. Tal vez, pensó Kendall, trabajaba para él.

—Si el policía se fuera... —calculó Kendall—. Seguramente habría algo así como un estallido o reacción en cadena. Ese jovencito negro arrebataría el bolso del turista parecido a Goldstein, la putita buscaría otro destino para sus saberes amatorios y sus gonococos, y el vagabundo se haría cargo de explicar a algún otro que esa ciudad tenía un destino tan imperial como decadente, de naufragio. Sin embargo, había una suerte de equilibrio, más allá de la representación del orden y el poder del Estado que representaba el policía.

—El turista, el viejo y yo mismo somos parte de este ecosistema de arrebatadores, putas y víctimas —se dijo.

—¿Qué pasaría si de pronto me lanzara a correr y arrebatara la cartera de la puta, o le diera una patada en el culo a alguno de los rateros que merodean a los turistas blancos? ¿Y si insultara al

vagabundo? Eso sí sería un estallido, una alteración del equilibrio y de los roles. Como la sonrisa de O'Hosin.

Todo tuvo sentido durante unos segundos, y era placentero imaginarse un caos sin lógica. Esa ciudad de iglesias eclécticas, putas pobres, santos, niños ladrones y policías rufianes podía hacer sonreír a un muerto del mismo modo que hacía bailar a sus dioses africanos.

La calle transpiraba y hedía como el harapiento historiador. Todos los olores, los ruidos y las visiones se filtraban, como el calor, por el amplio espacio sin ventana que unía el bar con la calle. Entonces Kendall vio pasar a Barbara Hansen. Iba en el asiento trasero de un taxi. La visión sorprendió al norteamericano. ¿La viuda de O'Hosin viajaba en el vehículo? Parecía envejecida por la palidez de su rostro pálido y un rictus que la asemejaba a un fantasma malhumorado.

Dio un salto y salió del bar, para sorpresa del vagabundo. En la calle, confirmó que la mujer era sin lugar a dudas Barbara. Intentó alcanzarla, pero el vehículo arrancó y se alejó. Tomó otro taxi y pidió al chofer que siguiera al de Barbara sin atender el grito del mozo que reclamaba el pago de tres cervezas.

—*Pedro bom, João filho da puta* —insistió el ciruja negro con renovada convicción—. *Sempre vai ter alguém pra te roubar...* —le dijo al indignado mozo del bar.

La persecución se prolongó en los alrededores de la ciudad. El auto de Kendall siguió al de Barbara por un camino secundario, hasta que este se detuvo en un barrio suburbano de cierta categoría.

Ella descendió y tocó un llamador con forma de mano en una finca de estilo colonial con detalles neoclásicos. Kendall se preguntaba el motivo que había postergado la partida de Barbara y la había llevado a ese lugar.

Un negro abrió el portón de la casa y la hizo pasar.

Kendall pagó al taxista y bajó del auto. Caminó hasta la finca y dudó sobre la conveniencia de llamar directamente y preguntarle qué hacía allí. Se decidió por el método más furtivo de escabullirse sin aviso por el portón entreabierto, detrás del cual se desplegaba un parque amplio y frondoso.

Un murallón de regular tamaño separaba la casa de la calle, como

en el *terreiro* que había visitado en Bahía, aunque con mucha más categoría edilicia. Se deslizó a través de dos grandes plantas con hojas como orejas de elefante. No sabía qué podía encontrar más allá de los arbustos que rodeaban la vivienda, pero ya estaba adentro como un ladrón. Desde la vegetación que lo enmascaraba distinguió, en un sendero del jardín, a un viejo negro que atendía con devoción un conjunto de vistosas orquídeas. Alcanzó a escuchar el murmullo del hombre, que parecía hablarles a las plantas.

Se desplazó con cautela y llegó hasta la parte posterior de la casona. Creyó oír una voz familiar. Se acercó hasta la ventana más próxima y miró hacia adentro. Lo ayudaba la exuberancia de una enredadera tan vigorosa como para cubrir las paredes y parte importante de las aberturas. Alcanzó a distinguir a Barbara dentro de un amplio salón sentada en un sillón de mimbre. Hablaba con alguien a quien Kendall no podía distinguir desde su perspectiva. Ella parecía serena, con una expresión sin matices. Súbitamente todo cambió: se puso de pie, comenzó a gesticular y caminar hasta salir del ángulo de visión que permitía la ventana. Kendall intentó seguir la situación mudando de lugar. Barbara continuó hablando, con gestos desmesurados. La curiosidad de Kendall crecía por identificar a la destinataria de la andanada verbal que llegaba hasta el jardín: “puta” era la más delicada de todas. Ya tenía una sospecha cuando vio que Barbara dejaba de hablar y sacaba un revólver de la cartera.

Sin pensarlo demasiado salió de su escondite y buscó el modo más directo de acceder a la casa. Encontró una puerta y entró con ímpetu en una cocina. Una criada negra se asustó y tomó un cuchillo para defenderse del intruso. Kendall la eludió tratando de llegar cuanto antes al lugar en donde Barbara O’Hosin estaba por asesinar a alguien. Ingresó en un pasillo y se llevó por delante a una negrita adolescente semidesnuda que salía de una habitación. La chica gritó y lo insultó desde el piso. Se metió en un cuarto vacío, donde lo alcanzó un fuerte olor a incienso. Volvió al pasillo y continuó su búsqueda en lo que sospechaba era un laberinto de cuartos repleto de mulatas. Pasó por una habitación y por otra hasta que escuchó un disparo. Se orientó por el sonido, y descubrió una puerta de doble hoja que un instante antes

hubiera jurado que no estaba. La embistió y entró en una amplia habitación blanca en donde Barbara O'Hosin apuntaba a Carmen Osuna. Esta permanecía impasible, más atractiva que nunca. Kendall se precipitó sobre Barbara y le sujetó el brazo. La americana se resistió, en el forcejeo el arma cayó y otro tiro sonó sin consecuencias. Un muchacho negro irrumpió y ayudó a contener a la mujer mientras Carmen permanecía imperturbable. En medio de la confusa situación, como en un sueño, Kendall descubrió, del lado exterior de la ventana, el rostro del jardinero, que observaba los hechos sin intervenir.

Por un instante, el rostro del viejo le pareció familiar, como disociado de la situación que lo rodeaba.

Como O'Hosin sonriendo impasible a la cámara de la caja negra, pensó.

Barbara se desmoronó en los brazos de Kendall. Con la ayuda del joven, la recostó en un diván del cuarto.

Un intenso olor a sahumerio se mezclaba en el ambiente con el inconfundible perfume dulzón de Carmen, quien dio instrucciones a su criado en un idioma que sonó más africano que latino. Se agachó con flexibilidad de pantera y recogió una estatuilla rota con forma de mujer.

—Es Iansán, orixá de la furia —comentó mirando a Kendall.

—Podría haber sido peor —reflexionó Kendall.

—Debo entender la ira de una mujer que pierde a su marido... —dijo Carmen comprensiva.

Kendall pensó que ella también lo había perdido.

—Por amor a otra mujer —agregó Carmen, como si le hubiera leído el pensamiento. La norteamericana salió de la conmoción:

—Hija de puta... —masculló Barbara como si estuviera repentinamente bajo el efecto de un sedante.

—Le suplico que se la lleve —dijo Carmen con dulzura, como si hablara de una niña traviesa. Recogió el arma del piso y la colocó sobre la mesa.

—Esto también. No haré denuncia alguna, pero llévesela.

Kendall guardó el arma en su cintura. Se acercó a Carmen.

—Quisiera que habláramos, pero… claro que con más privacidad.

Te estuve buscando. Hay una sonrisa que parece interesarnos a los dos.

Barbara se inclinó en el diván e intentó ponerse de pie con dificultad. Se tomó la cabeza, como si le doliera intensamente.

—Hija de puta... —repetía. Carmen la miró como compadeciéndola.

—Yo lo llamaré, es obvio que este no es un buen momento.

—No tengo mucho tiempo; me marcho mañana por la noche y quisiera sacarme algunas dudas, sobre O'Hosin —dijo, pronunciando el apellido casi en voz baja.

—Insisto en que, después de lo sucedido, la prioridad es acompañar a la señora fuera de esta casa —insistió Carmen—. No creo que pueda hacerlo sola.

Kendall dudó un instante, pero Barbara estaba hecha una piltrafa. La encarnación de una perdedora, aunque uno de los interrogantes que Kendall se hacía era si el trofeo de un marido muerto valía tanto escándalo.

—Yo lo contactaré, le suplico —dijo Carmen con una leve sonrisa, mientras señalaba el camino de salida.

Kendall no le creyó, pero supuso que ese era el mejor modo de ponerle fin al caso. Miró hacia la ventana y comprobó que el jardinero negro ya no estaba; seguramente había ido a explicarle a alguna orquídea el sinsentido de los humanos.

Barbara y Kendall viajaban en taxi de vuelta a la ciudad. Lo hacían en silencio, hasta que Kendall se decidió a hablarle.

—Nunca pensé que el crimen pasional era tu estilo.

Barbara lo miró con una mueca que no alcanzó a ser una sonrisa.

—¿Quién habló de pasión? No me gusta perder y menos dos veces seguidas.

—¿Qué querés decir con dos veces?

Ella encendió un cigarrillo y el gesto fue la primera semejanza con la mujer que había conocido en el avión que los había llevado a Bahía. Se preguntó si él también habría cambiado tanto.

—Perdí con vos... —dijo y dio una larga pitada a su cigarrillo.

—Tu filmación es la noticia del año —agregó—. Hay dos cadenas de televisión detrás del video; digamos además que sus agentes son capaces de muchas cosas por obtenerla. Yo represento a una de ellas —se sinceró.

—Qué novedad —ironizó Kendall mientras abría la ventanilla del auto.

—Es mi única manera de resarcirme. Ese miserable dejó una casa hipotecada y deudas por todas partes. Y yo estoy acostumbrada a vivir bien.

—Ya te dije que no me interesa —dijo Kendall, mientras descubría que ella entreabría las piernas. La situación lo excitó.

Ella se le acercó apoyándole la cabeza en el hombro.

—Si no hacés negocio conmigo, ellos te lo van a quitar como se le quita un juguete a un chico —susurró.

Kendall se sumó al juego extendiendo su mano hasta deslizarla por sus muslos. Ella tuvo un leve sobresalto, aunque enseguida se acomodó como para ser más receptiva.

—¿Y qué hay de Carmen? Lo que decís no aclara el “dos veces” que mencionaste.

Pronunciar el nombre de Carmen excitó a Kendall aún más.

—Sé que también quiere el video. Ella es la competencia, estoy segura —comentó Barbara sin dejar de mover la pelvis tan levemente como necesitaba para sincronizar mejor aún la mano de Kendall con su propio ritmo.

Empezó una vibración intensa y al poco rato sus muslos se tensaron para sostener un clímax duradero y silencioso. Kendall permaneció excitado e insatisfecho. Miró hacia la calle para evitar los ojos del chofer que seguramente había percibido el aroma o la energía del sexo. Se dijo que algo en esa ciudad alteraba a sus compatriotas. Barbara tramaba un crimen como quien prepara una excursión a la playa. O’Hosin se volvía sacerdote candomblé, y él mismo, antes de descubrir a su viuda en el taxi, se sentía en un tugurio callejero de Salvador con más comodidad que en el comando de su avión. Una fiebre intensa llevaba a cometer desvaríos de distinto calibre. No era solo el calor, ni la humedad, ni el susurro de miles de voces en un

idioma inaccesible.

—Sos un yanqui de mierda. ¿Entendés? Fuera de tu avión sos eso: un gringo para ser jodido. Y eso lo saben hasta las plantas, que te reconocen, como las serpientes y los mosquitos. —Los consejos de un viejo instructor que lo había preparado para su misión en Vietnam, veterano de dos guerras anteriores, salieron de algún lugar en el tiempo para repetir su letanía en la cabeza acalorada de Kendall:

—Te reconocen y no solo por el color de la piel. Un ciego de ellos olería el aliento a Coca-Cola, Bourbon o chicle, pero siempre aliento a gringo. Y trabajan para lo que consideran el único lugar adecuado a nuestra naturaleza: seis pies bajo tierra. América va siempre con nosotros, con la estatua de la Libertad y Disneylandia. Es una pesada mochila. Hacer el delivery es la misión y ustedes son la brigada de demolición. Y ellos lo saben. Los atacarán con todo lo que tengan, incluido el calor, sus pestes y sus putas, y mientras acaban les meterán sus herpes.

Lo embargó una sensación de inquietud. Miró desde el auto y vio un grupo de chicos casi todos negros. Corrían detrás de una pelota. Le costaba entender el mundo de ahí afuera mucho más de lo que a esos niños les hubiera costado entender un procedimiento de vuelo.

26

A las cinco de la mañana Kendall se despertó en el hotel, sobresaltado y sudoroso. Había tenido una pesadilla. En una playa de suelo pedregoso había visto a un hombre muerto. Llegó con dificultad hasta él y vio el rostro del hombre congelado y sin vida. Los rasgos estaban borrosos, pero Kendall reconoció al piloto O'Hosin. Junto al muerto el viejo Aarón permanecía en cuclillas y se tapaba los oídos.

Solo guardaba al despertar la imagen de una sonrisa de rostro indefinido. El agua fría de la ducha despejó la resaca del sueño.

Salió del baño desnudo y al instante descubrió que alguien había vuelto a entrar para registrar su habitación. Comprobó que la caja de seguridad estaba abierta y faltaban sus valores, incluido el disco con las imágenes del accidente. La cama estaba deshecha y la ventana de la habitación dejaba entrar el aire cálido de la mañana.

Un fuerte golpe en la nuca lo paralizó. Kendall sintió que su avión se deslizaba por una niebla de mar hasta llegar mansamente al agua. Sobre el vidrio del cockpit estalló una mancha roja que reconoció como la de su propia sangre.

Cuando la mucama ingresó en el cuarto con el carro de limpieza descubrió a Kendall que recién reaccionaba del golpe recibido. Lo que vio le recordó una película de horror. Asustada salió corriendo. Kendall se encontró a su lado con la figura impávida de Barbara Hansen, la viuda de O'Hosin. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos y el inequívoco rictus de la muerte. Se levantó incrédulo creyendo que su pesadilla se prolongaba. Se tocó la cabeza descubriendo su propia sangre, que escapaba de alguna herida en su cuero cabelludo. Se puso de pie con dificultad, como quien espera una respuesta o un consuelo. Al no encontrarlos, se dirigió al teléfono para

descubrir que el cable estaba tan arrancado como la vida de Barbara.

Salió de la habitación y vio dos siluetas en el extremo del pasillo. Dio unos pasos hacia ellos. La mucama del hotel lo señaló a un custodio.

—*Foi ele!* —gritó.

El guardia desenfundó su revólver y avanzó en dirección a Kendall que intentó explicar su confusa situación.

—Espere, ¿qué cree? —El guardia se acercó con cautela. Ya junto a él, apoyó su arma en el vientre desnudo.

—¿Pero qué hace? No soy un asesino... —dijo, sintiendo el frío del metal y el ruido del arma amartillándose. Kendall se convenció de que ese animal con un aliento que le recordó la cachaza de Goldstein iba a disparar antes de averiguar demasiado. El guardia se asomó a la habitación como buscando un cómplice. El norteamericano aprovechó su distracción y lo empujó con fuerza en el mismo momento en que aparecía el conserje escoltado por dos policías. El guardia cayó y disparó desde el piso. Kendall distinguió el balcón como única salida. Corrió hasta él y se asomó, comprobando que daba a una calle lateral y angosta. Desde la puerta del cuarto un policía le dio la voz de alto y disparó, tan cerca como para animar a Kendall a saltar hasta el balcón del piso inferior y de ahí ganar la calle. Cayó sobre el césped de un jardín y sintió un dolor intenso en la rodilla. Otro disparo lo convenció de proseguir la fuga. Corrió hasta una calle de mayor tránsito. Vio venir un ómnibus, lo tomó y, al subir, advirtió que llevaba la toalla como única vestimenta. El chofer lo recriminó y Kendall ignoró si era por su atuendo o porque debía pagar el pasaje.

—*Eu não tenho dinheiro* —balbuceó.

Los pasajeros hacían comentarios burlones. Una mujer de gruesa figura hablaba a los gritos y reía, imponiendo su voz de gallina sobre el resto. Kendall reparó en su reloj pulsera. Se lo sacó y lo entregó al conductor, que miró el Rolex con una mezcla de desconfianza e incredulidad

—*Tá bom...* —murmuró.

La gorda lanzó una carcajada y retomó su arenga mientras Kendall trataba de desaparecer rengueando en el fondo del ómnibus.

—*Aquele americano é louco não. Tira o relógio dele... deixa-o em paz...* —reprochó al chofer la líder del pasaje.

—*Tem que pagar, paga...* —alegó este con lógica inflexible, admirando el Rolex que acababa de recibir.

Sin poder calcular el tiempo ni la distancia de su viaje, Kendall descendió en una avenida que bordeaba un malecón sobre la costa. Supuso que allí su aspecto no llamaría demasiado la atención.

Trató de serenarse y reflexionar. Habían asesinado a Barbara O'Hosin y él era el principal sospechoso. Su fuga del hotel lo comprometía aún más, aunque simplemente había corrido por su vida.

—Todo tiene que aclararse —se dijo.

Pensó en contactar a su consulado antes de que esos policías mal pagos y de dedo fácil lo encontraran. Se preguntó quién podía haber asesinado a Barbara. ¿La gente de la que ella habló de regreso al hotel? ¿Carmen Osuna? Sea quien fuere, no había duda de que había sido elegido como chivo expiatorio de un plan perverso. Debía hacer algo antes de que su situación continuara agravándose. Cruzó la avenida y entró en un hotel de poca categoría. El encargado miró sorprendido la toalla que lo cubría. Reparó en las letras bordadas en relieve: "Hotel Da Bahía".

—Me robaron en la playa. Tendría que hablar por teléfono, urgente —le explicó. El conserje le acercó un teléfono. Kendall llamó a la aerolínea Atlántica.

—Estás en problemas, Kendall —le advirtió Saunders. Kendall comprendió que su compañero de investigación iba a ser el primero en acusarlo: "Es irascible y desde que llegó lo vi muy alterado. Yo mismo evité que agrediera a un periodista".

Hizo un esfuerzo por serenarse.

—Escuchame, todo esto es una locura. ¿Cómo podés pensar que hice un disparate semejante?

El silencio del otro lado de la línea fue una contundente respuesta.

Kendall salió del hotel sin agradecer al conserje, que lo miró extrañado.

—*Oi, senhor, nós aceitamos todos os cartões...!* —le gritó.

Durante más de una hora caminó rengueando por calles, que le

permitían mimetizarse con los bañistas y paseantes. En un par de oportunidades debió esquivar a la policía. Un norteamericano semidesnudo era, en esa ciudad, como un cartel ambulante. Era solo cuestión de tiempo y se lo llevarían de la nariz a algún tugurio policial.

De todos modos, no podía sobrevivir sin ropa y sin dinero. La cabeza le estallaba y la pierna había empeorado por la caminata. Se sentía afiebrado y sediento. Sin darse cuenta empezó a andar por una calle cercana al puerto. La avenida principal se interrumpía en un laberinto de pasajes con galpones, containers y grúas. Había llegado al sector de almacenes portuarios, muchos de ellos abandonados. Era temprano y no se veía gente ni vehículos. Recordó que era domingo. Descubrió una canilla en la pared de un galpón. Bebió con sed de náufrago y se mojó la cabeza y los ojos.

—Debo seguir... —se repitió atontado—, si es posible, hasta Texas... Tengo que irme antes de que esta ciudad acabe conmigo. A O'Hosin se lo tragó el mar y a mí me tragará el asfalto... —deliraba en la calle desierta por cuyo extremo doblaba un auto. El vehículo aceleró con la intención de atropellarlo. Kendall dio un salto y lo esquivó.

En el esfuerzo, perdió la toalla y corrió desnudo tratando de salvarse. Se metió en un callejón más pequeño obstruido por una vieja grúa abandonada. Dos hombres bajaron del automóvil agresor y lo persiguieron. Recuperó su lucidez, por instinto de conservación. No parecían policías. Había alcanzado a reconocer dentro del coche a Girod, el obeso agente de noticias. Buscó refugio en uno de los galpones abandonados. Los matones seguían tras él mientras "el periodista" descendió del auto con otro matón. Ambos se sumaron a la persecución, que continuó dentro del ruinoso edificio atiborrado de desperdicios y escombros.

Kendall, escondido en una oficina derruida, alcanzó a ver cómo se acercaban Girod y sus hombres. En lugar de cámara y micrófonos, llevaban armas como para demoler el galpón.

—Te lo van a quitar como a un niño... —recordó la advertencia de Barbara un día antes de que a ella le quitaran la vida.

Trató de escabullirse por un costado del galpón. Se deslizó entre dos

grandes calderas y sintió en la espalda la aspereza del hierro oxidado. Vio pasar desde allí a uno de los matones con una carabina de cartuchos. Se tiró al piso tratando de mimetizarse entre los trastos de metal. Percibió algo pastoso y húmedo que se le pegaba a la cara y adivinó, por el olor, el uso que algún vagabundo o un perro habían dado al sitio. Alguien golpeó en el lado externo de la caldera. Como si fuera un eco, el mismo ruido se repitió en el otro tanque. Los matones usaban sus armas para sacarlo de su guarida de chatarra.

—No es un lugar para morir. —Pensó en O'Hosin y envidió la muerte de agua y fuego que lo había llevado hasta allí.

Estaba cerca del final del estrecho pasadizo que formaban las calderas. Sintió la respiración de uno de sus perseguidores. Salió de su escondite y embistió como un rugbier al grandote que lo acechaba en el extremo de la caldera. El hombre cayó y Kendall corrió hacia una puerta mientras escuchaba un disparo. Vio que del otro lado de la abertura lo esperaba otro matón.

—¡Imbécil! —insultó el gordo.

Kendall trató de escabullirse entre otros restos de un container oxidado. Los hombres corrieron hacia él y alcanzaron a rodearlo. Girod apareció detrás de ellos caminando despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. El norteamericano quedó arrinconado, sin escape posible, junto a un portón de chapa que le cerraba la salida. Entre dos lo tomaron por detrás. Alcanzó a defenderse con un rodillazo y derribó a uno de ellos. Intentó huir, pero un golpe en la cabeza con la culata de una pistola lo derribó. Cayó al piso atontado y esperando el remate.

—Ahora no, así no... —murmuró.

En lugar del disparo final, sintió los pasos de Girod muy cerca de su cara.

—Lo lamento, Kendall, pero San Salvador es una ciudad muy insegura.

Lo apuntó con su revólver.

—Aquí estamos, míster Kendall. No me va a decir que no le avisé.

—Tanto esfuerzo por tener esas imágenes. Con sus amigos podría filmar sus propios muertos.

—No sería lo mismo. Eso lo consigue cualquiera. Una primicia es una primicia. Y mis clientes no son coleccionistas ni morbosos voyeurs.

—Tampoco amas de casa.

—Las amas de casa aman sus primicias, y mis clientes las hacen sentir más seguras mostrándoles las desgracias del mundo.

—La muerte.

—El miedo, míster Kendall, eso es lo que venden. El miedo es el viejo combustible del poder. La muerte es un bonus. Si son capaces de mostrar la muerte en directo, se vuelven más creíbles y, entonces, pueden colocar su miedo con más facilidad.

—Habla como un jodido izquierdista.

—Digamos que uno termina pareciéndose a sus muertos. El jodido es usted, *mon ami*. Tan desvalido y desnudo como vino al mundo.

Kendall intentó levantarse y uno de los monos de Girod le dio una patada devolviéndolo al piso.

—Franchute de mierda.

—Más respeto por mi cultura, míster. Mis maestros les enseñaron "la question" a los suyos. Debo decirle que no lo hicieron muy bien. Han dejado el planeta lleno de muertes colaterales. Por lo que matar un yanqui, me vuelve, es cierto, un poco subversivo. Precisamente una de las hipótesis que, descuento, va a circular en los medios sobre su final es la del crimen político. Los gringos son un blanco codiciado en todo el planeta.

—Dígame al menos quién le paga...

—La Bastilla...

Kendall lo miró confundido.

—Los reyes del mundo. En vez de castillos tienen canales de televisión como usted y yo pelos en el pecho. Son la monarquía de estos tiempos. Ponen y sacan gobiernos, coronan imbéciles y derrocan obstáculos. Pero algún día caerán, como todo poder. Sospecho que un canal de televisión será la Bastilla del siglo que viene.

—Habla como si los detestara.

—Los detesto, por su propensión a moralizar mientras descartan cualquier ética perdurable. Pero pagan bien, muy bien, y necesitan la

muerte para vender el miedo. Yo vengo a ser un proveedor secundario.

—Un cínico hijo de puta.

Uno de los matones volvió a patearlo. Kendall se retorció de dolor.

—¿Por qué insiste en arruinar una buena conversación?

El "agente de prensa" hizo una seña al matón que Kendall había golpeado. El tipo avanzó con su navaja buscando la revancha. Con la otra mano se tocaba los testículos doloridos.

—Ni siquiera en el hotel uno está a salvo...

Girod hablaba con el tono de una dama protectora y burguesa.

—Mire el caso de la pobre Barbara O'Hosin, desleal competidora. Víctima de un psicópata. Yo ya tengo mis imágenes y ahora usted es un estorbo para que la comunidad se informe y aumente su temor exponencialmente. Si un piloto muere ante sus ojos, ¿qué es seguro? ¿En qué creer? ¿En quién confiar?

Kendall se arrodilló en el piso. La desnudez y la suciedad le daban una apariencia simiesca, como de mandril agazapado.

—¿Quién le paga, hijo de puta...? —susurró sin mirar a su verdugo. Girod sonrió con orgullo.

—El rating —dijo e hizo un gesto al matón de la navaja. En ese instante Kendall cerró los ojos y recibió un puntapié. Un fuerte ruido compaginó en su cabeza con el dolor de la patada. Era el ruido de un gran motor que aceleraba.

Un camión embistió el portón del depósito y arrastró parte del muro que lo enmarcaba. Una nube de polvo se difundió tanto como la luz exterior que invadía el lugar y ocultó los detalles del aplastamiento de Girod y sus sicarios, cuyos cuerpos quedaron debajo del chasis del camión y del muro. La luz descubrió, sobre el agujero abierto en donde estaba el portón derribado, la silueta de una mujer. Al verla, Kendall dedujo por segunda vez su muerte. Siempre había escuchado historias acerca de una luz que precedía el ingreso a la otra vida. El aroma dulzón fue tan intenso como para imponerse a la inmundicia que cargaba en su cuerpo desnudo, embarrado de sudor y polvo.

27

Kendall se tocó la cabeza y descubrió que la tenía vendada. Se levantó con dificultad y sintió un intenso mareo. De a poco se recuperó. Estaba en un dormitorio amplio donde todo era blanco: los muebles, las paredes y el ajuar de la cama, que le pareció más apropiado para una noche de bodas que para un fugitivo herido como él. Se acercó a una ventana y vio el mar poco más allá de una playa de arena fina y también blanca. Descubrió su figura en un espejo: seguía desnudo, pero estaba limpio y olía a una fragancia suave, que lo llevó a un instante en el verano de su niñez. Abrió un ropero, donde descubrió como única prenda un uniforme de aviador de aerolínea. Comprobó que correspondía con su talle.

Salió de la habitación vestido de comandante. En el lugar se imponía un silencio respetuoso del rumor del mar. Las paredes del resto de la casa también eran blancas, sin adornos y sin cuadros.

Bajó por una escalera de madera y en el salón inferior de forma romboidal encontró varias puertas. Se dirigió a una y la abrió: conducía a la cabina de un avión. El piloto se dio vuelta y le sonrió.

Kendall despertó en un dormitorio amplio y blanco. A los pies de la cama estaba Carmen Osuna.

—Se va a recuperar... —le dijo, mientras apoyaba una bandeja con café y frutas.

—¿Dónde estoy? —indagó Kendall.

—A algunas millas de San Salvador, en una playa de pescadores. George adoraba este sitio. Yo en cambio prefiero la privacidad de la casa que usted visitó, sin avisar.

—Tenía la dirección equivocada, alguien me la dio mal... —dijo y miró hacia la ventana cerrada, imaginando por el ruido, el mar que se agitaba detrás de la pared.

Observó con atención a la morena. Olía como siempre a ese

perfume único e inconfundible. Ella le mantuvo la mirada, de pie frente a su cama, como una enfermera sumisa. Kendall sintió una puntada en la cabeza y, al tocarse, descubrió un vendaje más pequeño que el de la pesadilla. También le dolía el torso. Recordó el rostro adiposo de Girod sonriendo mientras sus esbirros lo pateaban. Ella se le acercó con una pastilla y con un vaso.

—¿Qué es? —dijo Kendall con desconfianza.

—No me tomé todo este trabajo para envenenarlo. Una aspirina —aclaró con una sonrisa de Gioconda morena que hizo que Kendall abriera obediente la boca.

Tragó la tableta y bebió hasta el fondo el vaso de agua.

—¿Por qué se lo tomó entonces? —preguntó.

La joven acomodó las sábanas sin responder. Fue hasta una cómoda y sacó un sobre de papel madera grande, que enseñó a Kendall como un trofeo. Reconoció el membrete que contenía el disco con la grabación de la caja negra.

—Esto le pertenece. Yo ya vi lo que quería ver. No volverán a molestarlo, al menos ellos —aclaró sin que él entendiera muy bien de qué le estaba hablando. Pero le dolía mucho la cabeza como para hacer más preguntas. Ya habría tiempo. Tal vez después del desayuno, pensó mientras aumentaba su interés por el plato con frutas que tenía a su lado.

—Allí tiene ropa de su talle —dijo la joven señalando el ropero y salió del cuarto.

Kendall miró hacia el mueble. Le habían salvado la vida y además le ofrecían desayuno y vestimenta. Sentía una extraña familiaridad con el lugar y con la situación. Tomó un pedazo de fruta y la mordió. Encaró el resto con el apetito de quien ha ayunado largamente.

Salió de la casa con una sensación de bienestar. Le dolía cada rincón del cuerpo, pero un baño de agua fría y la ropa ligera y blanca fueron algo así como la purificación de quien se había arrastrado hacía muy poco entre la podredumbre y la muerte.

El lugar estaba muy cerca del mar. Respiró profundamente y sintió

su aroma sulfuroso y benefactor de algas y peces. Caminó unos pasos y se detuvo para observar la casa de donde había salido: una construcción modesta, de dos plantas, que a diferencia de la del sueño tenía las paredes pintadas de color carmín. Su forma cuadrada le recordó un fortín en el norte de África. Él mismo parecía un legionario de licencia por sus heridas de combate. Junto a la casa había una cabaña con techo de hojas de palmas de menores dimensiones. La impresión de lugar norafricano se acentuó, de espaldas al mar, con la visión de las palmeras y arbustos que la rodeaban, como si la protegieran del avance de las dunas. Los morros aledaños delimitaban la arena por ambos extremos, formando una playa privada y pequeña.

Durante un tiempo, la contemplación del lugar y el murmullo del mar lo distanciaron de lo vivido. Una idea creció en él: O'Hosin había estado allí, había habitado esa casa y caminado por donde él ahora caminaba. Vio su sombra larga en la mañana como debía haberla proyectado el piloto muerto en esa playa, no hacía mucho tiempo.

—Realmente usted se le parece.

Quien hablaba era el viejo jardinero negro que había visto en la otra casa de Carmen, hablando con las orquídeas:

—Usted es muy parecido, si... —insistió.

Kendall supo con quién lo comparaba.

—¿Cómo era él?

El anciano levantó los hombros.

—¿No le dije que era como usted? ¿Acaso usted no sabe cómo es?

Volvió en seguida a su trabajo de acomodar un trasmallo de pesca. Kendall se le acercó.

—Me refiero a cómo lo veía usted.

El negro habló sin dejar de extender sus redes en la arena.

—Un hombre valiente, un cazador. Dueño de los atributos. Usted realmente se le parece. Tal vez ella está en lo cierto, le costó mucho encontrarlo. —El monólogo continuó, pero con una serie de frases incomprensibles para Kendall, en una jerga que entremezclaba el portugués cerrado del nordeste con dialectos remotos y africanos. El viejo parecía hablar ahora con la red, o con los restos de algas que quedaban en ella, como antes lo hiciera con las plantas de jardín.

—Viejo loco... —murmuró.

Carmen llegó desde la orilla. Tenía el vestido mojado y era evidente que no llevaba ropa interior. Cargaba un balde del que asomaban las tenazas de un enorme cangrejo. Había otros en el recipiente que llevaba con la naturalidad de quien toma del mar lo que necesita. Se la veía aún más bella que en la ciudad.

—Buen día. Los pescadores me regalaron siríes para el almuerzo... ¿le gustan?

Kendall asintió sin saber por qué y reprimió al mismo tiempo las preguntas que se juntaban en su cabeza, en relación con un cuarteto de asesinos y un camión justiciero. Lo habían salvado, pero seguramente no para llevarlo a desayunar al paraíso. Se preguntó también por qué le habían devuelto los discos de la caja.

En su cabeza resonaban las preguntas:

—¿Me parezco a ese demente de O'Hosin, como dice el viejo? Tal vez sí. Algo parecido le había dicho Saunders, y entonces, ¿por qué no esperar allí un tiempo hasta que alguien le aclarara lo sucedido con Barbara?

Carmen le dio los cangrejos al viejo. Sonriendo tomó a Kendall de la mano, como si fuera una rutina de meses.

—Vamos a caminar, le hará bien. Con esta ropa se le parece.

—Ya me lo han dicho...

Kendall recordó la fecha de nacimiento de O'Hosin en el primer informe que le había dado Jones en el aeropuerto.

—Conservé su ropa... —le confesó la joven.

Kendall ya lo sabía. Había descubierto en el ropero el uniforme de comandante, una docena de trajes y una exótica prenda ritual que parecía un disfraz de carnaval. Al verla había recordado los dichos de Goldstein: el piloto muerto se habría iniciado como pai candomblé. Le costó creer que un norteamericano experto en aviónica se disfrazara de brujo africano.

—Usted es muy joven, mucho más que él… —dijo mirando a la muchacha.

—No crea, lo aparente suele engañar. Además él era un niño, un espíritu sin sombras.

Más allá de la desmentida, Kendall sintió que caminaba por la playa con una jovencita. Todas las suposiciones anteriores le parecían tonterías de Halloween, como si el aire de mar le hubiera acomodado el sentido común. Le costaba creer que había elevado a esa chica a la categoría de misterio.

Empezaba a olvidar la larga cadena de asociaciones relacionadas con la caída del vuelo 655. Era difícil convocar imágenes de muerte, en ese lugar y con la compañía de Carmen.

—Es inconveniente rivalizar con...

Carmen le tapó la boca con un rápido movimiento de su mano y él sintió por primera vez, en ese día, el perfume del pañuelo.

—...con un recuerdo hermoso... —completó ella.

El cuerpo de esa maravilla era lo adecuado para compensar el calor de Bahía, dos garrotazos en la cabeza, varias patadas en las costillas y una acusación de asesinato.

—No tiene por qué competir —aclaró la joven—. Ello implicaría rivalidad, diferencia. Y yo prefiero, en cambio, la semejanza.

—Eso no es fácil... —dijo Kendall, como para ocultar lo que en realidad pensaba: "Niña perversa, la muerte te es tan ajena como el luto y, si me parezco en algo a ese sonriente, es porque le conviene a tu instinto".

—Pero no se preocupe, en este caso el mayor esfuerzo corre por mi parte —dijo ella, con una sinceridad que confirmaba las sospechas más maliciosas de Kendall. De inmediato, se levantó la falda y corrió hasta el mar. Se sacó el vestido con la gracia y la habilidad de quien lo hacía a menudo, y se zambulló en la rompiente.

Kendall comprendió que podría sonreír rumbo a la muerte, con solo recordar esa visión.

El viejo cocinaba en un tradicional espiedo de madera. Con paciencia de jardinero daba vuelta los cangrejos en un caldo amarillento. Con un cucharón de cobre bañaba esos monstruos que, se suponía, Kendall debía saborear. La joven se acercó con dos tragos de caipirinha. El norteamericano supo entonces que los tragos de Goldstein eran

propios de un aficionado.

Dos muchachos negros cuya presencia solía ser imperceptible se sentaron a la mesa en silencio. Nunca hablaban y, en realidad, parecían comunicarse entre sí con la mirada. A veces Carmen parecía intercambiar con ellos algún hermético mensaje con solo pestañear.

El viejo trajo el cangrejo, que los bahianos comieron con las manos y en silencio. Kendall se limitó a imitar el procedimiento de romper las durezas para encontrar la sabrosa carne blanca.

Sintió extrañamente que formaba parte de rutinas iniciadas mucho antes. Volvió a imaginar a O'Hosin en su lugar.

Cerca de allí, desde las casillas de paja y madera, sonó un ritmo de percusión. La joven miraba a Kendall fijamente, mientras comía. Sin mediar palabra, como leyéndole el deseo, le sirvió más cachaza. Un intercambio de parpadeos dio lugar a que los morenos y el viejo se levantaran y se fueran sin siquiera saludar. La chica se echó a reír.

Kendall entendía de pronto que la situación era, efectivamente, muy graciosa: estaba perdido en un lugar de ensueño, con la amante y la ropa de un muerto, sin posibilidad de que sonara algún teléfono y le avisaran que un avión había caído en los alrededores de Madrid o en la costa de Tasmania. Era muy divertido, se convenció y rió como la joven. Así siguieron durante un largo rato. Bebían, comían y reían acompañados por el fondo de la música cercana, hasta que ella se puso de pie y, extendiendo la mano, propuso a Kendall que la siguiera.

Ambos entraron en la casa y subieron hasta la habitación de la joven. Kendall intentó acariciarle la cabeza y enredó su mano en el pelo crespo y largo.

—Sonrió, lo vi en el video —dijo ella, mientras él comenzó a sacarle la blusa.

—¿Por qué? ¿Qué significa?

—Que aceptó su destino... se reunió con Yemanyá y, ahora sí, yo puedo reunirme con vos.

Kendall se dijo: "Si Yemanyá o el diablo quieren que me revuelque con esta mujer, que así sea".

Una lucidez intensa y voluptuosa lo atravesó; desfilaron, en una sucesión de imágenes, la caída del vuelo 655, un relámpago, Barbara

O'Hosin haciendo el amor con él y de pronto muerta a su lado, una navaja que buscaba su cuello, un paisaje submarino visto desde la cabina de un avión que se hundía, la sonrisa de O'Hosin y Carmen desnuda, que abría las piernas y recibía su sexo. Ahora, él se disolvía en el aroma intenso de la joven que entonces se le reveló: era el olor primigenio de la vida surgida del mar, como Carmen, esa, su primera mañana en el paraíso.

Cerca de allí, el baile ritual que acompañaban los tambores llegó a su apoteosis. En el centro de los que bailaban formando un círculo estaba el viejo pescador y jardinero agitando al aire su bastón de caoba.

Un chaparrón tropical despertó a Kendall. Descubrió que estaba solo en la cama donde había hecho el amor con Carmen. Abandonó el cuarto y llegó hasta el porche de la casa. La muchacha estaba allí, desnuda, hecha un ovillo y mirando hacia la cortina de agua, que impedía ver más allá de la casa. El rumor del chaparrón tapaba el del mar y cualquier otro ruido de los alrededores. El nuevo día apenas se adivinaba en una franja naranja que competía en desventaja con el agua.

Se aproximó a la joven y la abrazó. Ella lo miró como descubriendo su proximidad. Juntos se quedaron un rato mirando la lluvia.

Kendall hubiera querido transformar en palabras y preguntas sus sensaciones, pero entre él y ese cuerpo húmedo y terso había un abismo de códigos distintos. Detestaba toda forma de romanticismo y, en particular, el lugar común de los enamorados. Se odiaba a sí mismo deseando a esa chica más de lo que había deseado alguna cosa en su vida.

—Ya pasará —se dijo sin creérselo y volvió a besar la piel morena.

28

En las últimas semanas, Kendall se había transformado en un hombre sin preguntas. Tendido en una hamaca colgante, junto a la casa, parecía un pez en una red. Llevaba en el lugar los días suficientes como para lucir una barba más que incipiente. Pero el tiempo tampoco le preocupaba, como no le habían preocupado los espejos o los recuerdos. Lo que más necesitaba lo tenía en su mano, que colgaba de la hamaca hasta las baldosas del piso: una botella de cachaza. Cualquier otra necesidad, de las pocas que tenía, le sería arrimada por el viejo o la muchacha. Pescados y cangrejos bien condimentados o sexo, todo llegaba hasta él como por una ley de gravedad que tenía su voluntad como centro de atracción.

Por lo demás, su deseo se había simplificado y él mismo era parte de ese lugar al extremo de mimetizarse con una de las frecuentes lluvias tropicales o ignorar el paso del día a la noche. Allí, tan al sur de su país, todo desmentía a su jefe de adiestramiento en la marina. Las avispas pasaban cerca de él con mansedumbre de picaflores, mientras el viejo reparaba una y otra vez sus redes, cantando una canción en el idioma yoruba de sus ancestros. Relataba en ella, la historia de Okó, un orixá casi olvidado en el Brasil. Dios propicio a la agricultura, que había sido despreciado por los esclavos negros que lo consideraban sospechoso de servir al dueño de la tierra. Extraña religión la de un pueblo que condenaba al olvido por traición o incapacidad, a sus propios dioses.

Kendall, que conocía el relato por boca de Carmen, dormitaba con la letanía de Okó, deseando ser beneficiario de un olvido semejante. Sobre su deseo cayó de pronto una amenaza. Por el camino de acceso a la playa se aproximaba un automóvil negro.

Kendall abrió los ojos y lo vio acercarse con la misma indiferencia con que alguna vez había mirado desde esa misma hamaca el paso de

un jet de línea dejando su estela de condensación a diez mil metros de altura. Autos, aviones eran para entonces objetos distantes y ajenos. Solo le era familiar un jeep amarillo que Carmen o alguno de sus servidores usaban para salir algunas tardes y regresar con las necesidades que no les brindaban ni el mar ni los frutales. Había visto también en el galpón un viejo Fusca VW, tapado de redes y oliendo a pescado.

El auto llegó hasta la casa y se detuvo. Del vehículo descendieron Saunders y su socio Jones, quien se apresuró a llegar hasta el norteamericano, quien seguía en la hamaca con su aspecto de mendigo y su botella. Lo abrazó y no obtuvo más respuesta que un fuerte aliento a cachaza.

—¡Peter...! —dijo, como dudando de que ese barbudo taciturno y borracho fuera su amigo—. Debí creerte cuando dijiste que odiabas el calor.

Saunders se mantuvo algunos pasos atrás, respetando la privacidad del viejo amigo. Kendall miró a su socio como si fuera un intruso.

—Fuiste involucrado injustamente en el asesinato de Barbara, pero ahora todo se aclaró.

—¿Barbara? —preguntó Kendall, como si le hablaran a un número equivocado. Saunders lo miró desconcertado.

—Barbara O'Hosin, la mujer del piloto del vuelo 655... —aclaró Jones con paciencia—. Ella le prometió las imágenes de la caja negra a un inescrupuloso enredado en todo aquello que se pueda traficar. Cobró adelantado, pero no entregó la mercadería. Lo demás ya lo sabés.

Kendall no parecía aliviarse ni conmoverse por las revelaciones de su amigo. Menos aún percatarse de que había venido desde Washington a buscarlo.

Solo miraba en dirección al mar, donde distinguió la silueta de Carmen. Jones, con un gesto, convocó a Saunders para que lo ayudara a levantarlo. Lo trataba con delicadeza, como si ese hombre de apariencia quebrada se pudiera terminar de romper. Le costaba creer que era la misma persona que había dejado en un avión rumbo a San Salvador de Bahía.

Nadie percibió la sutil señal que Carmen intercambió con uno de los muchachos negros de la casa. Este desapareció para volver con un maletín y documentos que entregó a Kendall. El norteamericano miró su delgada billetera. ¿De dónde había salido? Había escapado desnudo del hotel. No le interesó hacerse más preguntas. La guardó en el bolsillo de su guayabera.

—Vamos, Peter. Una semana en casa y todo será como antes.

Kendall se dejó llevar. Subieron al auto y partieron rumbo al vehículo sin despedirse del viejo negro, que había dejado de arreglar sus redes y de cantar.

Saunders lo ayudó a sentarse en el asiento del acompañante. Jones se ubicó atrás con el maletín.

Carmen siguió la escena a cierta distancia y permaneció de pie, inmóvil, hasta que el auto se perdió por donde había llegado. Kendall alcanzó a ver la silueta de la joven por el espejo retrovisor externo mientras la distancia se lo permitió.

El vehículo se internó en los morros. Jones insistió en alentar a su amigo.

—Solo necesitás un buen baño y afeitarte —le dijo sin creérselo, mientras evaluaba la cicatriz de la cabeza.

—Tenías razón cuando dijiste que era mejor pilotear un avión en emergencia que visitar una de estas ciudades.

—¿Cómo supieron? —indagó Kendall saliendo de su mutismo.

—Te busca toda la policía del Brasil. A decir verdad, te suponíamos en el fondo de la Bahía.

—Como O'Hosin... —dijo Kendall sin mirarlo.

—No del mismo modo.

—¿Cuál es la diferencia? Además, yo me le parezco. ¿Lo sabías? —dijo con una enigmática sonrisa.

—Es una suerte que te encontráramos nosotros. No habrá prensa ni escándalo.

—¿Cómo dieron con el lugar? —preguntó Kendall.

—Recibimos una llamada anónima, una mujer. Nos dio referencias muy precisas para llegar hasta aquí. Llegué a pensar que era un falso aviso o una broma, pero ¡por Dios que no lo era! —dijo con

entusiasmo y apretó el hombro de su amigo—. Preferimos venir nosotros mismos. En el consulado nos dijeron que no era conveniente confiar en la policía.

Kendall continuó impasible.

—¿Alguien más sabe dónde estaba?

—No, solo Saunders y yo. Nos manejamos con la mayor reserva. Era solo una apuesta, y ahora, aquí estás.

—Este asunto trascendió demasiado... —comentó Saunders—. Podrías haber envejecido entre esos morros.

—Sí... —murmuró Kendall y pensó en ello.

El viaje transcurrió en silencio un largo trecho hasta que algo rompió la monotonía del camino: un campesino hacía señas en la angosta banquina. Saunders pasó junto a él, ignorándolo. Kendall lo miró con interés, como si lo conociera.

—¡Pará! —dijo con la vehemencia de una orden.

Jones y Saunders lo miraron sorprendidos.

—¡Vamos a llevarlo! —exigió saliendo de su abulia.

—¿Pero qué decís...? No somos un taxi... —se quejó su socio.

—¡Dije que pares!... —insistió con firmeza.

Saunders frenó indagando a Jones con la mirada. El campesino corrió hasta el vehículo. Kendall abrió la puerta de su lado y el nuevo pasajero subió sobreactuando su agradecimiento. De rostro caucásico, en otra vida y con otra vestimenta hubiera podido pasar por un compatriota. Al dar las gracias, sonreía sin ocultar su boca desdentada. Como resultado del breve diálogo, el paisano arrojó la colilla del cigarro barato que fumaba. El auto retomó la marcha.

—A propósito, Kendall, ¿sabés algo de la grabación? —preguntó Jones.

Kendall no le respondió.

—Después de todo, eso fue lo que te trajo aquí —continuó, con un dejo de ironía—. No te preocupes. Las copias están bien a salvo en casa. No ha habido ninguna evidencia de que volvieran a caer en manos equivocadas —agregó.

—Nos trajo aquí... —murmuró Kendall— y no, no sé nada...

Jones comprendió que el estado de su amigo era peor de lo que

suponía. Ese no parecía el hombre que se olvidaba de comer por su trabajo. De todos modos, se resistió a tratarlo como un tonto. La presión había sido muy dura. Un mes había pasado desde que le habían avisado del asesinato de Barbara con la certeza de que su socio era el criminal. Lo habían encontrado junto al cadáver en el baño donde se había producido el crimen. Ahora lo tenía a su lado, ebrio y lastimado. Casi un lunático extraviado por circunstancias ajenas a su profesión. Quedaban muchas incógnitas, en especial la identidad de la llamada y el extraño refugio de donde lo habían rescatado. El original de la grabación estaba a salvo en Washington y, en relación con la copia perdida, Girod no estaba en el mundo de los vivos para dar explicaciones sobre su destino. Lo habían encontrado tan aplastado que parecía víctima del tratamiento más radical de adelgazamiento. Y el vuelo 655 era ya una noticia que no interesaba demasiado.

Tanta codicia para difundir la muerte en directo no dejaba de sorprenderlo. Algo le decía que, tarde o temprano, esa filmación vería la luz pública.

De pronto, una vieja camioneta desvencijada apareció de frente en una curva, por la misma mano que el auto. Saunders maniobró para evitar la colisión.

—No sé nada de esa grabación —repitió Kendall y en una inesperada reacción estiró la mano y torció el volante con fuerza. El vehículo impactó contra la pared rocosa que se elevaba desde la ruta. Kendall alcanzó a abrir la puerta. Sintió un tirón muy fuerte y salió despedido. Dio un par de revolcones y luego oyó un violento impacto seguido de un chirrido de ruedas. Estaba tirado en la banquina. Descubrió que el vehículo que había generado el accidente se había detenido a unos cien metros y de pie junto a él un hombre moreno miraba en dirección al siniestro. Kendall creyó reconocer a uno de los jóvenes sirvientes de la casa de Carmen. El mulato alzó la mano como si lo saludara, subió a la camioneta y partió raudamente, perdiéndose en una curva. Kendall quedó un instante aturdido en la ruta vacía. Se incorporó y avanzó hacia el estropicio de chapa que poco antes era un impecable Sedán negro: adentro yacían Saunders y el campesino. Una rueda giraba en el aire, sobre el precipicio lateral. Por la puerta del

acompañante asomaba el cuerpo ensangrentado de Jones. Le tomó el pulso en el cuello y comprobó que había muerto. No sintió pena alguna por quien había sido su socio y amigo durante muchos años.

Cuando el eje de la rueda se detuvo, el silencio fue absoluto. El graznido de un pájaro lo hizo reaccionar. Abrió con dificultad la puerta trasera y sacó afuera el cuerpo del campesino. Como si hubiera tenido un plan calculado empezó a desvestirlo, apartando cada una de las prendas con cuidado. Consistían tan solo en una camisa de trabajo descolorida y un pantalón desgastado.

Se desnudó y vistió al cadáver con su ropa. Miró su boca despoblada. Pensó un instante y, tomando una roca, la estrelló en su cara arruinando lo que quedaba de su dentadura y sus facciones. Arrojó la roca al precipicio.

Cargó al desconocido y lo depositó en el asiento delantero. Revisó su nueva camisa y encontró su documento de identidad.

Distinguió el maletín cerca del cuerpo de Jones. Al revisarlo, reconoció su celular y el disco de la grabación de cabina del vuelo 655. Lo cerró y lo ubicó sobre las piernas inertes del campesino. Arrancó un girón de la ropa que llevaba puesta y la empapó con el combustible que chorreaba del tanque. Buscó en la guantera, pero enseguida la cerró, molesto por no hallar lo que precisaba. Revisó los bolsillos de Saunders y descubrió que aún estaba vivo. El negro abrió los ojos y murmuró:

—Por favor, ayudame por favor...

Hurgó en los bolsillos de su recién adquirido pantalón y no tardó en encontrar una caja de fósforos. Colocó el trapo embebido en la toma de combustible y le prendió fuego. Caminó unos pasos y arrojó su pasaporte cerca del auto. Empezó a alejarse sin tornar la vista hacia el vehículo, que ardió hasta explotar. Volvió al lugar en donde lo habían recogido, con otra ropa y un nuevo nombre.

Al llegar a la casa en la playa, Carmen lo estaba esperando. Una humareda negra se recortaba sobre el cielo rojizo del atardecer.

29

Esa noche tuvo lugar la ceremonia. Kendall vistió, a propuesta de Carmen, el traje azul de comandante de aerolínea. Ella lucía su ropa más llamativa, con bordados color rosa, oro y azul. Llevaba también un abanico de metal amarillo y un sombrero de flecos dorados que le cubrían parte del rostro.

Salieron de la casa precedidos por el jardinero, ataviado de blanco y enjaezado por un collar de cuentas.

Un resabio de su habitual fastidio ante las fiestas y la vida social renació en Kendall al ver en la puerta de la casa a una veintena de hombres y mujeres saludándolos. Caminaron hasta el borde del mar y, al llegar a la arena endurecida por el agua, dieron comienzo la música y el baile. El viejo negro agitaba al aire el bastón de caoba con mango de plata.

Obnubilado por la bebida, Kendall bailó con gracia de blanco entre cuerpos morenos de mimbre que se movían hasta la extenuación. Carmen tomó al norteamericano del brazo y lo arrastró hasta el mar. En la rompiente se abrazaron. Aturdido y empapado, él parecía el sobreviviente de un naufragio.

Kendall abrió los ojos en el pórtico de la casa. Era de día y tenía una fuerte resaca. En el cielo, un avión dejó la estela blanca de su rumbo hacia el océano. Lo miró como quien observa un recuerdo. Carmen reparó en ello.

—¿Extrañás? —le preguntó y, sacudiéndole la arena del pecho, vio cómo el primer tramo de la huella aérea se deshilachaba.

—No, creo que no... —dijo por decir algo.

—Hoy cumplís un mes de nueva vida...

—¿Un mes? —se sorprendió Kendall.

—Sí...

Volvió a recostarse sin dejar de mirar la estela que se deshilachaba. Sabía que eran efímeros cristales de hielo.

—No controlo muy bien el tiempo. Perdí mi reloj en un ómnibus.

—Deberías ser más cuidadoso... —dijo ella y apoyó el oído en su pecho.

—Lo soy, ya no tomo ómnibus ni aviones.

Ella miró de reojo el cielo.

—Sin embargo, fue como si te hubieras ido detrás de ese pájaro... —le dijo en relación con el avión que acaba de pasar a diez mil metros de altura.

Tenía razón. Kendall había imaginado el paisaje que se veía desde la cabina. Una geografía serena y sin personas.

—No, no extraño ni mi reloj ni esos aviones.

Kendall se inclinó y vio cerca de él la botella de cachaza. Iba a beber, pero Carmen lo detuvo:

—Es suficiente, Peter.

Kendall la contradijo sirviéndose un vaso, que bebió de un trago.

—Ya no es más mi nombre —dijo con calma—. Me llamo Jahir, no deberías olvidarlo, Jahir Vissen, campesino o pescador. Tengo un remoto pasado holandés o alemán. Quién sabe cómo llegaron mis huesos a estas tierras… Tal vez algún marinero desertor de un barco que traía en las bodegas a tus antepasados.

Carmen no pareció molestarse por la ironía. Le acarició el rostro compasivamente:

—En esas bodegas vinieron algo más que esclavos. La libertad tiene formas curiosas de propagarse. Hoy no hay en América pueblo más libre que el mío.

—Eso podés decirlo porque no naciste en Chicago. Muchos de tus hermanos negros de allí son libres hasta que tropiezan con una patrulla policial. Y claro que es más fácil vivir sin dinero en las playas de Bahía que en los suburbios de Detroit.

—No son mis hermanos solo por el color de la piel. Y el dinero no hace libre a nadie.

Kendall tomó la botella y entró en la casa.

A la mañana siguiente caminó por la playa con Carmen. Ella llevaba una canasta con flores y frutos. Él se detuvo mirando el horizonte.

La joven arrojó las ofrendas al mar. Recitó una letanía en lengua yoruba.

—¿Qué es lo que decís? —preguntó.

—Hago pedidos... a Yemanyá.

—No hay duda de que tus dioses están más a mano que los míos.

—¿Tenés otros dioses? —indagó mientras se le acercaba.

—Se supone que un norteamericano respetable tiene un dios único. Alguien dijo que lo llevo puesto como mi corbata.

Carmen tocó con suavidad el cuello desnudo de Kendall.

—Ahora tenés, como yo, muchos dioses. Los que necesites —dijo ella mientras le tomaba la mano y la llevaba hasta su vientre—. Y muy pronto tendrás algo más.

Kendall miró a Carmen incrédulo.

—Tendremos algo más —agregó la chica.

Él tocó el vientre de la muchacha, como buscando confirmación a lo que acababa de insinuarle.

—Esperamos un niño —dijo sin más vueltas.

Él la abrazó con fuerza. Cayó de rodillas y le besó varias veces el vientre.

—Alguien me dijo que eras una diosa.

Ella sonrió provocativamente.

—¿Sabés qué haría si lo fuera?

—No.

Se sacó la ropa y se introdujo desnuda en el mar.

30

—¿Que cómo llegué aquí?

El tono del psiquiatra Goldstein era tan desbordante como la guayabera que llevaba puesta, poblada de caracoles, erizos, estrellas de mar y langostinos, estampados sobre un fondo verde esmeralda.

—Mejor pregunta sería qué hace usted en el mundo de los vivos, Kendall. Últimamente, ha sido el norteamericano más nombrado del Brasil.

Kendall se sentó en la hamaca resignado a enfrentar ese encuentro inesperado. El analista de pilotos había llegado solo hasta la casa de la playa.

—¿Tan famoso, como estos? —ironizó mientras extraía un cigarrillo de una caja de Marlboro sin convidar a Goldstein.

—Más de lo que imagina... —El psiquiatra sacó de su camisa un charuto artesanal, que encendió aprovechando el encendeor de Kendall. Miró la marca que lo identificaba.

—Estos los regalaba Atlántica antes de que se prohibiera fumar en los vuelos.

Kendall recordó a quién pertenecía. Se preguntó qué más sabría el analista.

—¿Y quién me nombra?

—Periodistas, policías, adivinos y compañías de seguro... —dijo, lanzando una bocanada de reconocible aroma a marihuana.

—¿Qué hay de los psicoanalistas?

—Los psicoanalistas lo encontramos —se jactó siguiendo el juego de ironías.

Kendall miró por encima del hombro del argentino.

—No tema, vine solo —aclaró Goldstein.

—No hay secuestradores, quédese tranquilo —le dijo el norteamericano mientras tomaba sin pedir permiso el porro de

Goldstein. Aspiró profundamente y continuó:

—Se lo puedo probar con una cerveza, pero dentro de la casa.

El terapeuta lo siguió rumbo al living de la vivienda. Había observado desde su llegada los cambios producidos en la apariencia de Kendall. Su barba desprolija, como las uñas. La ropa manchada y el aliento a alcohol. La mirada extraviada. El ejecutivo pulcro e impasible que había conocido en San Salvador era ahora un ermitaño borracho que fumaba marihuana con la experiencia de un jamaiquino. En contraste, el interior de la casa lucía pulcro y ordenado. Percibió también un agradable perfume dulzón que competía exitosamente con el aroma de su buena *maconha*. Kendall llegó hasta la mesa con una botella de cerveza. Sirvió en silencio, proponiendo el brindis con un leve choque de los vasos.

—Por un reencuentro sin preguntas inoportunas.

—No hace mucho, ambos queríamos saber cosas sobre un piloto norteamericano muerto —dijo Goldstein mientras miraba a su alrededor la habitación, como esperando una sorpresa indeseada.

—¿Y ahora no?

—Ahora, siento más curiosidad por un investigador aeronáutico que parece estar en dificultades.

—¿Cómo me encontró? Suponía que le interesaba más la pesquisa de traumas y atavismos.

Goldstein llevó el vaso a su boca y comprobó que la cerveza se entibiaba.

—Precisamente, el resto de las investigaciones han considerado lo aparente. Un crimen en un hotel y un accidente en una ruta secundaria donde usted al fin aparece, pero muerto y tan chamuscado que no se le puede hacer ni el ADN.

—No me responde la pregunta —insistió Kendall.

—¿No brindamos por un reencuentro sin preguntas?

—Usted rompió mi propuesta.

El charuto iba y venía, generando breves pausas en la conversación.

—*Cherchez la femme*. En este caso, una mulata ligada a la leyenda de

un pai blanco. En realidad, lo que hice fue seguir la investigación que usted inició y, aunque le cueste creerlo, de pronto estaba buscando a O'Hosin y su mujer bahiana. Hace poco un pai me contó que el piloto estaba vivo y con la chica de sus sueños, al margen del mundo.

—Y ya ve, no encontró a O'Hosin. Solo su ropa y mi cadáver…

—El más saludable que he visto en mi vida, aunque no abuse de la intemperie y use protector, el sol del hemisferio sur es malo para los gringos. Se lo dice un asquenazí portador de daño solar irreversible.

—¿Es dermatólogo también?

—Ganan más plata que los psiquiatras, le aseguro. Pero ya es tarde para volver a empezar.

Kendall repartió entre ambos la cerveza que quedaba.

—Nunca es tarde —dijo, mientras se señalaba a sí mismo con gestos de monigote.

—También confirmé que era cierto que O'Hosin había sido iniciado como pai candomblé hace unos meses...

—Y después retomó el trabajo de piloto como quien vuelve de unas merecidas vacaciones, aunque no por mucho tiempo.

—¿Y qué hay de sus vacaciones, Kendall?

—Lo mío es retiro voluntario y definitivo. Y espero que lo comprenda. No me llamo Kendall. Ese tipo murió en un accidente en la ruta, a unas millas de aquí —dijo y fue por más cerveza.

—Cinco kilómetros, para mayor precisión. Demasiado cerca de donde alguien había visto al sacerdote blanco —dijo Goldstein.

Kendall perdió la calma.

—¡Yo no maté a nadie!, con excepción de una vieja identidad que ya no me servía para nada, salvo para espiar a pilotos asustados. Uno puede descubrir que la vida que lleva es una mierda en el momento menos pensado y yo lo hice aquí... ¡Y usted no va a...!

Goldstein sujetó la mano con que Kendall lo señalaba, haciéndole sentir su fuerza de leñador.

—Quédese tranquilo. No es mi intención revelar que está vivo. A nadie. Tomo nuestra conversación como secreto profesional —explicó con una sonrisa de complicidad—. No estoy en tren de psicoanalista, solo soy un curioso. Este lugar... —dijo dando un amplio giro con el

cuello y la cabeza— tiene la virtud de modificar las vocaciones más firmes. Un piloto de línea se hace pai, otro desaparece, un estudiante judío murmura frases en yoruba y el resto es asesinado en la ducha o se calcina en la ruta. Y cerca, siempre muy cerca de los hechos, hay una jovencita negra que se mueve con gracia... divina gracia. —Goldstein iba por su segunda botella de cerveza. El alcohol lo volvía aún más sarcástico y locuaz.

—Esta región es como un gigantesco pantano que traga lo previsible, lo lógico. Esta es una zona de colisión y usted lo sabe. Hace cuatro siglos chocaron los portugueses y los holandeses, entre sí y juntos, con los tupí. Luego vinieron los africanos con sus dioses. A diferencia de otros esclavos, los que aquí llegaron encontraron algo propicio en el clima y la tierra. Y a pesar de la esclavitud y sus horrores, sus dioses prosperaron, al punto de ser más poderosos los clanes del Brasil que los de Nigeria. Hoy el mestizaje de culturas continúa, aunque sean otros los protagonistas.

Kendall miró hacia la ventana.

—Yo, en cambio, siento que este es el sitio más apacible del planeta. Vamos, asómese y dígame si no estamos en el paraíso. Aquí el ruido más fuerte es el del hielo moliéndose para hacer caipirinha, que, dicho sea de paso, hay alguien que lo prepara mejor que usted. ¿De qué impacto me habla?

Goldstein persistió en su teoría:

—Usted es el mejor ejemplo de ese choque, con sus deidades de aluminio y plástico, con sus chips y ordenadores y sus cámaras. Todo eso se desintegró como el vuelo 655. Esa juguetería es solo la prótesis de una cultura lisiada.

—¿En qué llegó a Brasil, Goldstein? ¿Lo hizo caminando o con la ayudita de un Boeing?

—Yo llegué en avión, Kendall. Uno parecido al que partió un rayo sobre el mar de Bahía... —se puso serio y señaló hacia arriba—. A propósito, esa es una señal de la batalla... —agregó enigmático.

—Perdone, ¿pero con quién estoy hablando? ¿Con un discípulo de Freud o con un rabino candomblé? —preguntó Kendall con un dejo de fastidio.

—Con ambos. Del mismo modo que yo estoy ahora conversando con dos pilotos yanquis, uno desaparecido y el otro muerto —replicó Goldstein—. Si ve a esa chica negra, dele mi enhorabuena —agregó, dispuesto a emprender la partida.

—¿De qué habla? —indagó el norteamericano sin moverse de la mesa.

—Ella va a ser madre... me lo contó el pai que me dio información sobre O'Hosin. Ambos esperan un bebé. Ya lo ve, todo se transforma y se recicla... Algunas creencias lo llaman reencarnación —dijo.

—¿No me va a decir que cree en la reencarnación? Supongo que estudió la fisiología del cerebro como yo la mecánica de las turbinas. Cuando la materia gris muere, la vida "se cae". No me lo va a negar.

—Usted quisiera que todo fuera tan lógico, como los chips de una computadora. Y la muerte, tan explicable como un accidente aéreo.

—¿Y no lo es? —Señalándose la cabeza—: Aquí arriba está el disco rígido. Cuando morimos se apaga.

—Sí, la computadora se apaga, pero la web sigue estando. ¿Nunca se le ocurrió pensar en eso? Durante mucho tiempo estuve convencido, como buen médico psiquiatra, de que el cerebro albergaba lo que suele llamarse el alma, eso que, desde Freud en adelante, organizamos en partes específicas como la conciencia, el inconsciente, el superyó...

—¿Y no es así?

—Hay otra posibilidad, complementaria.

Se puso de pie como para abandonar el lugar cuando preguntó:

—¿Por qué no pensar que el cerebro, con toda su complejidad, en lugar de ser el emisor de la mente o el alma es solo su receptor? Una compleja antena que, mientras funciona, la alberga, y cuando se funde, otro receptor se ocupará de la tarea.

—¿Cómo se le puede ocurrir algo así? Es un disparate...

—Todo es posible en esta tierra de impactos —dijo y salió de la casa mientras aspiraba el último resto del porro.

Carmen dormía desnuda junto a Kendall. Él le acariciaba el vientre. En

realidad, más que ternura, lo que sentía era la necesidad de develar la duda que le quitaba el sueño.

Bajó la escalera hasta la cocina. Abrió un armario y sacó una botella de cachaza. Se sirvió un largo trago y levantó el vaso a modo de brindis solitario, sin soltar la botella. Reparó en que estaba casi vacía y sacó otra del armario. Algo llamó su atención. Una contratapa de libro sobresalía escondida en un costado de la alacena.

31

Era un álbum de fotos. Lo sacó de su escondite y lo llevó hasta la mesa de la cocina. Al hojearlo descubrió fotos de Carmen con O'Hosin.

—Realmente me parezco... —pensó. Eran instantáneas cotidianas en el Pelourinho, en una habitación que se parecía a la casa abandonada donde había encontrado la primera foto de ambos, otras en la casa de la playa. En algunos registros, O'Hosin llevaba barba de días, en otro languidecía en la hamaca de cuerdas sin soltar la botella de cachaza. En una de las tomas, que parecía una foto nupcial, vestía el uniforme de aviador, junto a Carmen y el viejo jardinero. Llevaba encima de la chaqueta un collar ajustado.

Kendall recordó el *kelé*, el collar de iniciación que mencionó Goldstein. Se preguntó por qué no lo había usado él mismo en la ceremonia ritual. Una de las últimas fotos le llamó poderosamente la atención: O'Hosin estaba arrodillado y tocaba ostensiblemente el vientre de la joven con gesto de orgullo. Kendall se sirvió al tope otro trago de cachaza. La bebida desbordó mientras seguía revisando el álbum, que después de las fotos contenía solo páginas vacías. Iba a guardarlo cuando cayó de entre las hojas una foto suelta. En ella estaba Carmen exhibiendo su panza henchida, del mismo modo que había hecho con él para comunicarle su embarazo. Dio vuelta la foto y leyó la fecha: era anterior al accidente del vuelo de O'Hosin. Se tomó fuertemente de la mesa como queriendo contener su rabia. Se sentó y bebió lentamente el resto de la botella.

Volvió al dormitorio. Carmen dormía y su rostro, relajado, tenía un gesto de niña desmentido por la plenitud de su cuerpo desnudo. El norteamericano sintió un intenso deseo. Se montó sobre ella y le abrió las piernas. La tomó de los pelos con fuerza y la penetró. La muchacha gritó.

—¡Perra mentirosa...!

Atontada, ella intentó resistirse. Kendall le dio un fuerte cachetazo.

—Vas a escupir eso...

—¡No, por favor, mi bebé! —suplicó.

Kendall dejó de moverse, cayó como peso muerto sobre el cuerpo también inerte de la morena.

—*Meu bebê*... —murmuró ella una vez más.

Kendall se separó de la joven. Aturdido por el alcohol y la rabia se puso de pie. Ella también se levantó y caminó hasta la puerta, como tratando de salir del cuarto. Él la empujó haciéndola trastabillar y caer. Quedó en el suelo, mirándolo con los ojos bien abiertos y con la mano derecha sobre el vientre.

La furia de Kendall volvió a estallar. Le dio un puntapié en el brazo y otro al azar que le pegó en el muslo. La chica se hizo un ovillo para protegerse y evitó apenas que otro puntapié le diera en el vientre. Al final dejó de golpearla. Ella lloriqueaba en el suelo.

Kendall, ebrio y desquiciado, se arrodilló a su lado.

—¿Por qué? ¿Por qué? No tiene sentido... —repitió varias veces. Por toda respuesta, la morena dejó de quejarse y comenzó a esbozar una sonrisa, sutil, maliciosa, tan disonante como la de O'Hosin en la cabina del vuelo 655.

—¿Por qué? —balbuceó Kendall y salió de la habitación trastabillando. Caminaba tambaleándose por la playa. Llegó hasta el borde del mar y cayó a plomo, como un guerrero vencido, junto al agua.

El primer rayo de luz de la mañana lo encontró en el mismo lugar, aunque más lejos del mar a causa del descenso de la marea. La cabeza le estallaba y lo ocurrido la noche anterior se le mezclaba con las pesadillas de su sueño de borracho. Se levantó y caminó hasta el agua. Se mojó la cabeza y al agacharse lo derribó una ola.

Caminó hasta la casa empapado, con su sombra de madrugada alargándose hasta los médanos cercanos. Subió hasta el dormitorio y lo encontró vacío y limpio. Bajó corriendo la escalera y siguió hasta el porche. Buscó a Carmen, pero solo encontró al anciano negro

reparando sus redes. Fue hasta él y lo zamarreó.

—¡¿Dónde está? ¿Dónde...?!

El viejo lo miró impasible y alcanzó a sonreír.

—¡Conmigo no juegues, negro de mierda! ¡Nadie va a jugar más conmigo! —gritó ofuscado.

Le dio un empujón, pero el viejo ni se inmutó. Solo sonreía irritando cada vez más a Kendall, que al final lo derribó de un puñetazo. Desde el piso murmuró:

—Ella fue a buscarlo, dijo que ya era tiempo...

—¿A quién fue a buscar?

El viejo volvió a callar.

—¡¿A quién?! —insistió Kendall furioso. Iba a golpearlo nuevamente, pero alguien se lo impidió: una negra regordeta lo tomó del brazo con fuerza. Señaló en dirección a la ruta.

—*Foi embora... pra lá, deixa o velho, pra lá...* —insistió.

Kendall entró en el galpón cercano a la casa. Allí estaba el viejo escarabajo Volkswagen. Nunca lo había visto funcionar; sin embargo, estaba limpio y sin huellas de arena, ni redes apoyadas en la carrocería.

Sin reparar en ese detalle subió y trató de arrancarlo. Lo logró en el tercer intento. Salió del galpón a marcha forzada, llevándose por delante algunos trastos, y se alejó rápidamente de la casa.

La mujer ayudó al viejo a levantarse. Ambos vieron cómo el auto tomaba por el sendero que conducía a los morros.

Kendall manejó a toda velocidad por el camino de cornisa que había recorrido un mes atrás con Saunders y su socio Jones. Un campesino le hizo señas. El norteamericano aceleró y el mestizo quedó atrás envuelto en una nube de polvo rojizo. El sol se asomaba más allá de los morros y empezó a encandilarlo. Sabía que tenía que ir en esa dirección. No había otro rumbo, como si ya hubiera transitado un centenar de veces esa ruta secundaria que bordeaba plantaciones de cacao y hondonadas.

Un cartel indicaba el camino a San Salvador. Tomó por una ruta pavimentada. Siguió manejando al máximo de velocidad que le permitía el ruinoso Fusca. Ingresó en una autopista y descubrió que

había llegado al suburbio de San Salvador. La misma ruta que había recorrido en sentido inverso a su llegada a la ciudad. Vio sobre la autopista el cartel que indicaba la proximidad del aeropuerto. Reconoció delante de él al jeep amarillo de la joven. Logró alcanzarlo al límite de velocidad que le permitía su motor. Ella aceleró alejándose con facilidad del escarabajo de Kendall.

El jeep llegó a la estación aérea. La joven bajó y entró en el edificio principal. Caminaba sin prisa, como conociendo con exactitud el camino.

El auto frenó bruscamente y Kendall, sin cerrar la puerta, se introdujo en el aeropuerto.

La joven chequeó su pasaje mientras Kendall la buscaba entre la gente. La descubrió a la distancia, en el otro extremo del hall de embarque. Se apresuró y, en su afán de alcanzarla, se llevó por delante a una pareja de turistas.

Carmen atravesó la puerta. Su armoniosa silueta se perdió en la manga que llevaba al avión.

Kendall intentó seguirla, pero un policía le salió al paso. Volvió al salón principal desesperado.

Pensó en comprar un boleto, pero recordó que no llevaba dinero ni pasaporte. Solo encontró en el bolsillo un documento con la foto de Jahir Vissen.

—Tengo que subir a ese avión. Ahora. Es preciso. Soy piloto profesional... —suplicó a la empleada de la aerolínea.

La gente del lugar miró con desconcierto al norteamericano indigente que alborotaba frente al mostrador de la aerolínea. Un guardia se acercó y Kendall dejó de insistir. Buscaba nervioso otra alternativa cuando pasó a su lado un atildado comandante de aerolínea. Comenzó a seguirlo a cierta distancia, hasta que lo vio entrar en el baño de hombres.

El piloto orinaba en uno de los mingitorios. Kendall se puso a su lado. El tipo le hizo uno de esos gestos amables, propios de la más vulgar de las camaraderías. Se lavó las manos y no tuvo tiempo siquiera de responderse qué buscaba ese excéntrico norteamericano de apariencia desprolija. Recibió un fuerte golpe en la nuca y pegó con la

frente en el lavabo. Su sangre se mezcló con el agua, mientras Kendall lo arrastraba a un reservado.

Salió del baño afeitado y limpio con su nuevo uniforme y el equipaje de mano de comandante. Después de pasar los lábiles controles, caminó sereno hasta la manga del avión y fue saludado con familiaridad por la empleada que recibía los pasajes. Al fondo de la manga estaba Carmen. Se había detenido justo en la entrada del avión como si hubiera estado esperándolo. Él caminó sin prisa mientras ella ingresaba en la cabina de pasajeros. Kendall siguió los pasos de la morena. Cuando iba a entrar en el avión tropezó con el comisario de a bordo.

—Hola, comandante... —le dijo a Kendall, que siguió su marcha dentro del avión y atravesó la clase principal rumbo a la cabina de comando. Se detuvo un instante frente a la puerta. A su lado otra azafata lo recibió sonriente.

—Hola... que tengas un buen día... —le dijo, para retomar en seguida su tarea de atender el pasaje en la cabina.

Kendall entró en el comando de la nave. Al sentir su llegada, el copiloto le dio la bienvenida.

—Ya era tiempo... ¿Estás bien? Pensábamos que abandonabas la partida... —bromeó.

Kendall tuvo la sensación de que ya había oído esas palabras. El aura se esfumó mientras se acomodaba en el sitial del comandante. El copiloto se comunicó con la torre de control:

—Atlántica 655, listo para partir...

La voz de la torre sonó metálica y rutinaria, como tantas otras veces en su vida de piloto. Solo variaban los números de vuelo, el clima, los aeropuertos. Pero esa voz era siempre la misma, anónima, protectora y distante.

—OK, Atlántica 655... autorizado a iniciar el decolaje...

Las turbinas del avión desplegaron su potencia anticipando el despegue.

Sabía que todo estaba en orden, como siempre, aunque echó una mirada a ese ojo intruso y novedoso que lo filmaba desde la parte anterior de la cabina, por encima del parabrisas y la máscara de

oxígeno. Imaginó cómo se vería su rostro desde arriba.

El DC-10 culminó sus maniobras de despegue. En el extremo de la pista recalentada por el sol, su silueta se desdibujó como si hubiera sido una gigantesca ilusión. Pero el espejismo tomó la fuerza suficiente, carreteó y despegó hasta perderse en un cielo algo nublado esa mañana sobre la ciudad de San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

Epílogos

I

Una tormenta se desplegó sobre el horizonte. Un rayo atravesó el cielo y empezó a llover torrencialmente sobre la playa. Un hombre blanco y una mujer morena caminaban disfrutando de la lluvia.

Ella estaba embarazada y llevaba su panza con orgullo primerizo.

Él parecía feliz. El agua que lo empapaba terminó de sacarle la resaca de un mal sueño. Sabía que, al fin, todo estaba bien. Ese era, sin duda, el paraíso para un gringo que había renunciado al pasado y había perdido hasta su nombre.

Junto a la casa, un viejo negro cantaba una canción que había aprendido de su abuelo Baba, nieto a su vez de un pai de Jigawa, en Nigeria.

II

En una oficina de Washington D.C. expertos en seguridad aérea miraron conmovidos el video registrado en la cabina del vuelo de Atlántica 655. Uno de los técnicos congeló el rostro del piloto Peter Kendall en el mismo instante en que este hacía una mueca de espanto ante la inevitable colisión.

En la acera de una gran tienda de San Salvador, el rostro y la mueca del piloto se multiplicaban en una decena de televisores encendidos, que reproducían la nota periodística del año. En la fría mañana, varios transeúntes se agolparon junto a la vidriera. Entre ellos, el psiquiatra argentino Víctor Goldstein, que caminó hasta el bar más cercano. Allí también, un televisor encendido mostraba el rostro sin artificios de un hombre que iba a morir. Con calculado sensacionalismo, la imagen se reiteraba en un sinfín, que alternaba versiones del gesto en cámara lenta. El piloto miró a cámara como si allí estuviera el objeto principal

de su temor. La imagen volvía una y otra vez a empezar.

Goldstein se sentó en la barra del bar sin dejar de observar la pantalla. La voz del locutor era un murmullo inaudible. Solo se escuchaba en un reproductor de música una canción de Lou Reed que decía: “Quiero un poco de magia para desvanecerme. Quiero contar hasta cinco, volverme y encontrarme con que no estoy. Volar entre la tormenta y despertarme en la calma…”. En el mostrador, Goldstein se acomodó y, lentamente, mientras contemplaba la noticia del día, decoró su hamburguesa con un círculo de mostaza. Pensó en las advertencias de su cardiólogo sobre el colesterol y se dijo que, después de todo, la de ese piloto no era una mala muerte.

—Lástima el pasaje —pensó.

Tenía que comer rápido. El caso del vuelo 655 daría mucho que hacer en la aerolínea para la que trabajaba como psiquiatra. En una hora iba a tener una cita con uno de los investigadores norteamericanos del accidente.

Agradecimientos y algunas consideraciones

La primera persona que debería mencionar me pidió que no lo hiciera. Falto, en parte, a mi palabra. Sin la lectura y los comentarios críticos de OSS, *La caja negra* no hubiera levantado vuelo.

A mis editoras de Penguin Random House, responsables principales del despegue: Glenda Vieites, afectuosa patrocinadora (el tercer libro que compartimos); Gabriela Vigo, cuyas observaciones me enriquecieron tanto como al relato. Y a todo el cálido y eficiente equipo de la editorial, que desde la torre de control espero oriente la novela hacia aeropuertos tan distantes como Fráncfort o Guadalajara.

A mi hermano Carlos por su permanente solidaridad y, además, porque al vivir en Texas, como la mayoría de mi familia, me permitió un acercamiento con la "deep América" de la que surgiera Peter Kendall. No hubiera podido, de otra forma, tener un protagonista norteamericano. En su casa de Fort Worth compartí alguna charla con su vecino, un piloto de B-52 en los tiempos de la Guerra Fría.

A Víctor Bassuk, inspirador desde su *physique du rol* y su amor por Brasil de mi personaje predilecto, Víctor Goldstein, el psicoanalista argentino, judío y jungiano. Personaje que actúa de intérprete y mediador entre los mundos antagónicos que se enfrentan en la trama.

A Claudio Averbuj, también argentino porteño y judío, que eligió vivir y morir en San Salvador de Bahía, no sin antes hacerme llegar una cinta del Señor de Bonfim, que recibí cuando él ya había iniciado su último vuelo.

A Wanda Epstein, cuyo amor por Brasil, y en especial San Salvador de Bahía, es contagioso.

A mi primer lector y corrector, Julio Fernández Baraibar, cuando *La caja negra* se debatía entre ser una novela o una película.

A Francilene Martins, *filha do santo*, del *terreiro* Opó Afonja (Lugar de Xangó), de San Salvador, quien vive gran parte del año en Buenos

Aires y la engalana con su gracia y sus blanquísimos vestidos tan bahianos.

A Marta Carreira, in memóriam, quien pasó en limpio los primeros borradores.

A Fabián Blanco y su familia, que escuchan mis relatos antes de que sean publicados.

A Aníbal Jozami y Martín Kauffman, que desde la UNTREF me respaldaron.

A Juan Carlos "Tano" Biani, que, como amigo y médico, resguarda siempre mis despegues y aterrizajes.

A mis compañeros de Formosa, tierra de mitos y leyendas que motiva mi acercamiento al mundo mágico de la América profunda.

En nombre de todos ellos, en especial a Antonio Ferreira y Fredy Jara.

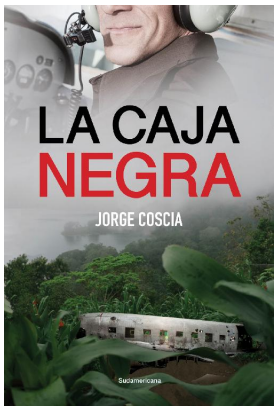
Y a quienes admiro por su experiencia de vuelo y sus recorridos por territorios ficcionales, sean estos reales o mágicos. (Después de todo, ¿quién puede definir la diferencia?): Miguel de Cervantes, Antoine de Saint-Exupéry, Roberto Arlt, Jorge Amado, Graham Greene, Mário de Andrade, Leopoldo Marechal, Gabriel García Márquez, Henning Mankell, Julio Cortázar, Marcel Proust, Edgar Allan Poe, Horacio Quiroga, Leonardo Favio, Ricardo Piglia, Luis Buñuel, Patricia Highsmith, Leonardo Padura, Juan Sasturain, entre otros.

Al director de cine que decida adaptar y filmar *La caja negra*.

A San Salvador de Bahía de Todos los Santos.

A sus orixás y santos, que conviven mansamente.

JORGE COSCIA



Un avión que viene de Nigeria desaparece en el mar frente a Bahía, Brasil. La aeronave tiene un moderno sistema de caja negra con video que permite monitorear los instantes previos al accidente dentro de la cabina. Al revisarlo, la escena es perturbadora: el comandante esbozó una sonrisa antes de estrellarse.

Jorge Coscia ha escrito una alevosa novela de película que no niega su condición anfibia, sino que nos permite disfrutarla: imagen, secuencia, diálogo, puesta en escena y soberana escritura.
La fábula del hombre blanco devenido en presa de las circunstancias tropicales que lo dan vuelta como un guante tiene raíces literarias nobles, de Conrad a Somerset Maugham. Pero son otros los tiempos, y acá no faltan el impagable psicólogo argentino que da la nota y la distancia interpretativa, un Jorge Amado que pone el clima y un Cortázar que firmaría el final. Valiente, Coscia.

Juan Sasturain

JORGE COSCIA

Es un reconocido cineasta y escritor. Entre sus films se destacan: *Mirta, de Liniers a Estambul*, *El general y la fiebre* y *Luca vive*. Condujo el programa de televisión *Puerto Cultura*. Publicó *Del estallido a la esperanza*, *La esperanza sitiada*, *La encrucijada del Bicentenario*, los libros de poemas *Che Cuba* (con Ariel Mlynarzewics), *Balada del árbol que fue rosa* y las novelas *Juan y Eva* y *El bombardeo*. Se desempeñó como Secretario de Cultura de la Nación entre 2009 y 2014. Fue condecorado con la Orden de Caballero de las Artes y las Letras de Francia.

Foto: © Alejandra López

Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

Coscia, Jorge
La caja negra / Jorge Coscia. - 1ª ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Sudamericana, 2019.
(Narrativas)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-07-6251-9

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Diseño de cubierta: Raquel Cané
Foto del autor: © Alejandra López

Edición en formato digital: febrero de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-6251-9

Conversión a formato digital: Libresque

Índice

La caja negra
Dedicatoria
Epígrafe
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24

25
26
27
28
29
30
31
Epílogos
Agradecimientos y algunas consideraciones
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos